

Clickbait



Sonia Martínez Martín

CLICKBAIT

Sonia Martínez Martín

Copyright © 2018 Sonia Martínez Martín
Todos los derechos reservados.
Depósito legal: M-003766/2018

A todos los que alguna vez han esperado sentados en la oscuridad.

Prólogo

Tomé aire despacio para evitar la sensación de claustrofobia, mientras tocaba las paredes con las manos para asegurarme de que no se echaban sobre mí. No me gustan los espacios cerrados, ¿vale?

¿Sabéis esa típica niña tonta de las películas y series americanas a las que encierran en un armario con los ojos vendados, en el sótano de alguna de ellas, para que un chico entre y las besen?

Pues yo era la niña tonta.

Salvo que ya no era una niña, iba a la universidad y hacía un año y medio que no vivía con mis padres. Aun así allí estaba, con una venda negra cubriéndome los ojos.

Me gustaría poder contar que me habían secuestrado y forzado a aquello, de verdad, me gustaría. Pero el nudo torpe que mantenía la venda sobre mis ojos lo había hecho yo. Yo había cerrado la puerta del armario y me había sentado en el

suelo de este.

¿Y cómo había llegado allí? Si esto fuera una película ahora pasarían una serie de diapositivas de mi triste y patética vida, pero no lo es, así que tendréis que imaginárosla.

Y sí, esa era yo: la triste y patética, acojonada en un armario en el que me había metido sola, abrazándome a mis rodillas y comprobando cada tres latidos que las paredes seguían a la misma distancia. Esperando.

¿Y a que esperaba? Pues a él. A mi beso perfecto.

Porque puede que yo fuera una niña tonta, pero aquella noche recibiría el beso perfecto, y entonces, sería feliz y comería regaliz. No me gustan las perdices.

Oí la puerta del armario abrirse y esperé reconocer el sonido de su calzado sobre el suelo, el aroma de su colonia, su respiración perfecta y acompasada.

Pero esto no es una historia de amor.

—Oh, perdón, creí que esto era otro baño, el de arriba está ocupado... —
Una voz femenina me sobresaltó.

Bienvenidos a *Pateticland*

Quizá os estáis preguntando que tipo de decisiones toma alguien en la vida para acabar metiéndose en un armario en medio de una fiesta con los ojos vendados. Pues tomad nota, porque esto es todo lo que no debéis hacer en vuestra vida:

—¿Por qué no miras por dónde coño vas? —me acusó mi *querida* compañera de trabajo, aunque había sido ella la que acababa de derramarme el café ardiendo por encima.

Quise decirle que sabía que lo había hecho a propósito, nadie se choca así con otro alguien en un pasillo despejado sin más distracción que las paredes sucias de salpicones de comida. Pero no dije nada. Tiré de mi camisa para apartarla de mi cuerpo, para evitar las quemaduras, y traté de secarme con el trapo que llevaba colgado del brazo.

Me metí en el baño para empleados que había justo al lado de la cocina y desabroché un par de botones de la camisa para poder mojarla y sacar la mancha, o al menos, hacer que dejase de arder.

Mi jefe entró cuando estaba en aquella tesitura: inclinada sobre el lavabo, con la camisa a medio abrochar, manchada de café hasta las cejas.

—El bar está lleno, no hay tiempo para que te retoques el maquillaje —me regañó.

—Me han tirado un café encima. —Señalé mi *uniforme*. En realidad, él se había limitado a decirme que debía llevar pantalones negros y camisa blanca y yo había tenido que poner la ropa.

—¿Y no has traído una camisa de repuesto? —Alzó sus pobladas cejas con desaprobación—. Esto es un bar, no una peluquería, lo normal es mancharte con cosas...

—No lo había pensado —reconocí.

—¿Esperas una maldita invitación o vas a volver al trabajo? —Subió el tono hasta convertirlo en un gruñido, así que salí de allí casi corriendo, abrochándome la camisa.

Si no fuera porque necesitaba el dinero para poder pagar el piso ya habría dejado aquel antro tiempo atrás. Quizá la semana anterior, cuando en mi primer día mi *amable compañera* me había quemado el pelo «sin querer» al encender

los fogones en la cocina cerca de dónde yo estaba secando los platos.

Éramos cuatro camareras y ninguna me hablaba más de lo necesario. No estaba segura de que había hecho para que me odiasen tanto, pero las había oído hablar de mí a mis espaldas, me llamaban «la barbie» o «la princesa» y tampoco se cortaban mucho a la hora de hacerlo.

Lo que quedaba de los desayunos no fue mucho mejor, aunque no volvieron a derramarme nada encima. De alguna forma ellas se apañaban para estar cerca de mis clientes cuando querían pagar para quedarse con las propinas, que eran gran parte del sueldo. Había intentado quejarme de ello al jefe, pero me había ignorado descaradamente, así que decidí pasar del tema y buscar otro trabajo mientras tanto.

No es que yo hubiera elegido aquel trabajo por gusto. Después de perder mi anterior empleo a principios de verano había buscado en todas partes algo relacionado con él. Antes trabajaba en una revista de moda, como secretaria. Pero después de meses sin encontrar nada me había resignado y había empezado a buscar de cualquier cosa. Así acabé de camarera.

La cafetería se vaciaba significativamente cuando se acercaba la hora de entrar a la universidad, porque la mayoría de los que desayunaban allí eran estudiantes. Así que acabé de limpiar y recoger mis mesas y corrí a cambiarme el uniforme por la ropa para ir a clase.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —me preguntó Gema, la reina de las arpías y la que me había derramado el café encima.

—A clase.

Me sujetó el brazo cuando traté de pasar por su lado para entrar en el vestuario.

—Te toca limpiar la plancha de la cocina —me dijo, plantándome un trapo sucio en el pecho y manchándome, aún más, la camisa de grasa.

—No puedo, tengo que ir a clase —me negué.

—¿Quieres que preguntemos a Frank? —Alzó una ceja mal depilada con crueldad.

Supe que el jefe se pondría de su parte, así que cogí el trapo que me tendía y cambié de rumbo para ir a la cocina.



Conseguí llegar a clase, después de una carrera para coger el bus, cuando el

profesor acababa de llegar. Por suerte no reparó en mi demora, o si lo hizo no dijo nada al respecto. Me senté junto a mi mejor amiga y suspiré casi aliviada.

—¿Estás bien, Kath? —me preguntó mientras yo colocaba mi portátil delante de mí, como el resto de alumnos, y abría un documento en blanco para tomar apuntes.

—Sí —mentí, forzando una sonrisa.

Tamy no entendía porque me empeñaba en trabajar de camarera. Y cuando había tratado de contarle lo que mis compañeras me hacían se había limitado a aconsejarme que dejase el trabajo y les pidiera el dinero del alquiler a mis padres. ¡Cómo si fuera tan fácil!

—Tienes el pelo hecho un asco —me regañó.

No pude evitar una risilla entre dientes. Tamy siempre había sido igual, desde que éramos niñas. Ella vivía en la casa de al lado, y mientras yo me dedicaba a jugar a fútbol con mis primos y a revolcarnos por el barro o hacernos ahogadillas en la piscina, ella solía mirarnos desde arriba, con su ropa perfecta, su pelo brillante y su naricilla arrugada.

Mis primas gemelas, con las que me había llevado siempre como si fueran mis hermanas, se parecían bastante a ella. Así que en la adolescencia, cuando mis primos habían crecido demasiado y habían empezado a fijarse en chicas y a *madurar*, yo empecé a meterme en el mundo de maquillaje y moda de Tamy y mis primas. Al final, me había dejado seducir por su forma de vida.

—Me ha caído café encima —reconocí, sujetando un mechón de pelo entre mis dedos. De verdad lo tenía asqueroso, antes era rubio, ahora estaba de un color marrón sucio y pegajoso.

—¿Y trabajar de camarera es una excusa para no hacerte las uñas? —Cogió mi mano entonces, aunque por su sonrisilla supuse que solo trataba de hacerme reír. Debía tener mala cara de verdad.

—Sí, hoy he tenido que limpiar una plancha ardiendo... —suspiré.

Ella fingió un estremecimiento, o quizá no fue fingido.

—No sé por qué te empeñas en jugar a Cenicienta, pudiendo ser la reina mala. —Arrugó la nariz, de una forma idéntica a la que lo hacía cuando éramos niñas.

Me limité a negar con la cabeza y tratar de prestar atención al profesor. Cuando antes acabase la carrera antes podría dejar de trabajar en esa cafetería horrible.

Lo peor de todo es que mi jornada laboral no acababa con los desayunos, después de clase tenía que volver para las comidas. Lo único bueno de aquel

trabajo era que no tenía que ir ni sábados ni domingo, lo que me permitía mucho tiempo libre para estudiar y descansar.

Piso compartido

¿Creéis en el karma? Yo empecé a hacerlo después de conocer a Dani.

Llevaba casi dos semanas viviendo en mi piso compartido cuando vi por primera vez a mi segundo compañero. ¿Cómo es posible? Al parecer había pasado un tiempo en algún sitio... Estaba segura de que el casero me lo había comentado cuando firmamos los papeles, o quizá había sido Marla, mi otra compañera, pero la verdad, suficiente tenía con mi drama de vida como para pensar en otra cosa.

El año pasado, durante mi primer año de universidad, había compartido piso con mis primas. Un piso enorme que podíamos costear gracias a sus buenos trabajos. Su padre las enchufó en su empresa, en puestos de directivas, así que realmente casi todo lo pagaban ellas, y yo simplemente era una acoplada.

Pero mi nuevo sueldo no me llegaba para un piso para mí sola lo suficientemente cerca de la universidad para poder ir sin coche. Ni siquiera para uno enano. Diminuto. Ni para uno de treinta metros cuadrados. Así que acabé en uno de sesenta con dos compañeros de piso. Debíamos tocar a veinte metros cada uno, ¿no? Suena lógico... Pues no era así.

Mi dormitorio era un cuchitril enano con una cama de setenta (sí, existen) un escritorio pegado a la ventana y un armario desvencijado. Los dormitorios de mis compañeros eran algo más grandes, pero claro, yo había sido la última en llegar..., y la que menos pagaba, o al menos eso quería pensar.

No es que hubiera tenido mucho dónde escoger, al igual que me había pasado con el trabajo. Al parecer, los jóvenes de hoy en día no podemos elegir, debemos aceptar lo que nos llegue y dar gracias.

Había visto varios pisos antes que aquel, y creedme, era lo mejor que había encontrado. En el primero el dormitorio no tenía puerta, ni ventana, solo una cortina que daba al salón. Estaba segura de que había sido alguna clase de trastero reconvertido en dormitorio. El escritorio estaba en el pasillo, porque no cabía con el sofá cama enano que había por cama.

En el siguiente piso, el dueño me ofreció vivir gratis a cambio de sexo, y yo no es que fuera una mojiata, pero aquel señor mayor no me convenció ni un poquito.

El quinto que vi, desestimando más por el camino, olía a porro tanto que me

mareé y el chico que me lo enseñó me comentó que su compañero de piso había desaparecido y que necesitaba a alguien que pagase las facturas. Su compañero apareció durante la entrevista, y casi me echaron de allí.

El décimo era perfecto, salvo porque estaba lleno de gatos y perros a los que era terriblemente alérgica.

Acabé en el número trece.

Al menos Marla era simpática y no me derramaba cosas por encima ni nada parecido. Su único defecto, si se podía considerar como tal, es que la encantaba llevar a tíos de la universidad a casa, hacían bastante ruido y luego los echaba de mala manera. Un par de veces me había topado con un tío medio en bolas por la casa, pero por lo demás era una buena compañera de piso. Ordenada y simpática. Y tampoco tenía mal gusto, así que no podía quejarme.

¿Por dónde iba? Oh, sí, Dani. Mi infierno particular. Si el karma existía yo tenía que haber sido una horrible criminal en otra vida, o en la siguiente sería la princesa del mundo.

Aquel día al volver del trabajo, con un dolor de pies terrible después de toda la semana (y aún me quedaba el viernes) y meter la llave en la cerradura, esta no entró. Nunca me había pasado nada parecido, al contrario, una vez incluso me encontré que en medio del calentón Marla se había dejado la puerta abierta...

Llamé al timbre extrañada después de comprobar el piso y la letra de la puerta. ¿Me había equivocado? No me sentí menos extrañada cuando un tipo me abrió. ¿Era uno de los ligues de Marla?

Era altísimo, me sacaba fácilmente una cabeza, tenía el pelo negro y revuelto y los ojos más azules que yo había visto jamás. Además, llevaba los brazos (que sobresalían de su camiseta de Iron Man) repletos de tatuajes hasta el dorso de la mano.

—Ya tengo Biblia —me dijo con una sonrisa burlona, antes de cerrarme la puerta en la cara.

Me quedé un rato mirando la madera como una idiota. ¿Qué acababa de pasar? ¿Ese idiota me había confundido con...? ¿Con qué exactamente?

Miré hacia abajo para entenderlo, aún llevaba el uniforme del trabajo y me había manchado de grasa al limpiar la cocina. Estaba segura de que mi cara no tenía mejor aspecto. ¿Por qué iba a vender Biblias?

Volví a aporrear el timbre y esta vez no paré de apretarlo hasta que ese imbécil me abrió de nuevo, su gesto curioso ahora parecía hastiado.

—Yo vivo aquí, idiota —le dije sin dejarle hablar y empujándole para pasar.

—¿En serio? —Le oí reírse a mi espalda, aunque no trató de pararme ni nada

parecido.

—¿Te molesta? —Me giré hacia él cruzándome de brazos.

—No, no. —Pese a sus palabras exhibía una sonrisa de idiota—. Soy Dani, encantado —se presentó.

No me molesté en responderle. Mis días en el trabajo cada vez eran peores, solo quería ducharme con agua caliente y meterme en la cama. Pero aún tenía que estudiar y acabar un trabajo.

No lo sabía entonces, pero probablemente si hubiera sido más simpática con Dani en ese momento no me hubiese declarado la guerra. Y aunque en mi defensa he de decir que empezó él, yo seguí.

Torturas que deberían ser ilegales

Me había duchado con agua helada los tres primeros días que pasé en el nuevo piso, el cuarto me negué a ello y pregunté a Marla por el agua caliente. Al principio de la ducha siempre salía bien y luego de repente, salía fría. Ella me explicó que la caldera estaba mal y que, al parecer, tenía truco. Si la apagabas y encendías antes de entrar solía durar toda la ducha si esta no era demasiado larga.

Por eso, cuando después de conocer a Dani me había metido en la ducha (tras el ritual de apagar y encender la caldera) y el agua se congeló cuando aún me estaba empezando a enjabonar supe que había sido él.

Me negaba a ducharme con agua fría otra vez, no después de otro día de mierda en el trabajo, ni antes de tener que ponerme a estudiar. No quería pasarme moqueando la tarde mientras hacía un trabajo para clase.

Me envolví en una toalla, aún con el pelo lleno de jabón, y salí de allí para ir a encender la caldera de nuevo. Dani estaba cómodamente sentado en el sofá, con el mando de una consola entre las manos y concentrado en la pantalla. Su sonrisa inocente no me engañó. ¿Qué le había hecho yo para que tuviese que fastidiarme así?

No me dijo nada mientras iba hasta el cuartucho de la cocina donde estaba la caldera, ni cuando volví hacia la ducha. Pude ver como masacraba soldaditos en un juego de guerra y pareció totalmente concentrado en ello.

Me aseguré de que el agua salía caliente antes de volverme a meter en la ducha y traté de hacer aquello lo más rápido posible. Estaba enjabonándome el cuerpo cuando sentí el agua de la alcachofa fría contra mis pies de nuevo. Grité frustrada y salí de allí, envolviéndome en la toalla. Volví al salón chorreando agua y jabón.

—¿Qué te crees que estás haciendo?! —le grité.

—Matar a niños de diez años... —explicó sin dejar de sonreír.

Le miré sin entender, pero él seguía con la vista fija en la pantalla.

—¿Con la caldera! —aclaré.

—Está hecha una mierda, ya le he pedido al casero cuatro veces que la cambie. —Me miró un segundo antes de volver al juego—. Vas a resfriarte, *Princesa Peach*.

—¡Pues deja de apagar la caldera! —Ignoré el modo en el que me había llamado, más que nada porque no entendía por qué lo había hecho, aunque era capaz de reconocer al personaje.

—¿Yo? —Le oí reír con ganas, mientras volvía encenderla.

No le respondí. Volví al baño, cerré de un portazo y me aclaré lo más rápido que pude, aunque esta vez no volvió a enfriarseme el agua. La toalla estaba empapada cuando me envolví de nuevo con ella y odié mucho a Dani por fastidiarme con aquello. ¿De qué iba? Yo no le había hecho absolutamente nada. No había nada que me desagradase más que el agua fría para ducharme, la calentaba incluso en verano.

Acabé de secarme y me metí en mi pijama gordito y calentito (no pensaba salir de mi habitación en lo que quedaba de día) luego me sequé el pelo y me lo recogí en un moño muy cutre.

Por suerte para ir a mi habitación no tenía que pasar por el salón, dónde oía a Dani gritar a la pantalla o lo que fuera. Ese chico no podía estar bien de la cabeza, ni siquiera era lógico el odio que parecía proferirme sin motivo alguno. Me planteé que quizá fuera alguna clase de psicópata. Tal vez debía atrancar la puerta, que por desgracia no tenía ningún tipo de cerrojo, para dormir.

Me senté en mi escritorio enano. Todo en mi nueva habitación parecía hecho a medida para una casa de muñecas, casi. Saqué el portátil que seguía en mi mochila y me dispuse a empezar con mi trabajo.

No tardé ni cinco minutos en descubrir el nuevo problema (la pesadilla debía continuar, claro, porque ya no podía salirme nada bien en la vida): la televisión estaba justo en la misma pared que mi escritorio, y toda la habitación retumbaba con el sonido de esta. Los gritos de Dani también llegaban hasta mí, de una forma distorsionada, de manera que no conseguía entender sus palabras, pero le oía.

Intenté concentrarme, me puse los cascos y traté de ponerme algo para bloquearle, pero si me ponía música me desconcentraba de lo que tenía que estudiar tanto como sus gritos, y si me ponía sonido ambiente no le aislaba lo suficiente, y además, me daba dolor de cabeza.

Me levanté tras veinte minutos más de tortura y salí de allí cabreada, respirando con fuerza por la nariz, que sentía dilatada por la furia. De nuevo no despegó la vista de la pantalla, y rió escandalosamente cuando su soldado acuchilló a otro.

—Baja el volumen —ordené de malhumor.

—¿No sabes pedir las cosas por favor? —resopló él, dirigiendo hacia mí sus

ojos azules solo un segundo.

—Trato de estudiar. —Me negué a pedirlo por favor, me estaba fastidiando aposta, no iba a darle la satisfacción.

—¡Qué bien! —se burló—. ¡Qué chica tan aplicada!

—Baja el volumen —insistí, buscando el mando de la televisión con la vista.

—Cuando lo pidas por favor. —Me dirigió una sonrisa y nos miramos en silencio un minuto entero, esperando que el otro cediese antes.

—Vete a la mierda —pedí, dándome la vuelta y volviendo a mi habitación.

Tendría que comprarme unos tapones, no iba a darle la satisfacción de pedirle nada por favor. Mientras miraba la pantalla en blanco, tapándome los oídos con las manos tratando de concentrarme, me planteé volver al salón y tratar de empezar de nuevo con Dani. Quizá no era tan mal chico y podíamos empezar de cero... ¡Pero yo no le había hecho nada! Que diese el primer paso él.

Volví a salir cuando después de una hora el ruido y los gritos no habían bajado de intensidad. ¡Ojalá se quedase afónico!

—Por favor —pedí—. Necesito hacer ese trabajo.

—¿Ves, *Katychan*? No era tan difícil.

Recogió el mando de la televisión que tenía medio escondido a su lado y bajó el volumen hasta que casi dejé de oírlo.

—¿Qué me has llamado? —Fruncí el ceño, pero el timbre le salvó de responder.

—Es para ti —me dijo, supuse que para no levantarse.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso no tienes amigos? —Aproveché para meterme con él, mientras iba hacia la puerta.

—Pocos que salgan de casa. —Me pareció que se reía, pero no quise reírme con él ni nada parecido.

Abrí la puerta para encontrarme a Tamy al otro lado. Desde que me había mudado la había invitado a conocer mi casa para tomarnos un café o algo (y ella lo había rechazado arrugando la nariz) que justo apareciese ese día me pareció cosa del destino, que me odiaba.

—¿De qué vas vestida? —se rió, tirando de la oreja de mi conejito que sobresalía del dibujo del pijama justo a la altura del pecho.

Me sonrojé al darme cuenta de que había estado vestida con el pijama de pelo rosa con conejitos blancos delante de Dani todo el tiempo.

—Pasa —invité, apartándome de la puerta para que pudiera hacerlo.

—Cámbiate, nena —ordenó entrando al salón—. Tu mejor amiga va a solucionar todos tus problemas.

¿Iba a matar a Dani? Bueno, me valía con que le diese una paliza o algo parecido. Me limité a mirarla con curiosidad, pero ella se quedó mirando a Dani con su naricilla arrugada, como siempre que no le gustaba algo.

—¿Qué vamos a hacer? —dudé.

—Sesión de peluquería y manicura —me dijo. Iba a quejarme, pero se me adelantó—. Voy a invitar yo y no voy a aceptar un no por respuesta, estás hecha un asco. Totalmente abandonada...

Oí a Dani reírse, aunque seguía mirando su estúpido juego. Cogí la mano de Tamy y tiré de ella para llevarla a mi habitación. Lo último que necesitaba era darle material a ese idiota para que se siguiera riendo de mí.

Tú, yo y Jack

—Esta noche. Tú, yo y Jack —me dijo Tamy, sentándose en la barra de la cafetería.

Me habían dejado tras ella en lugar de atendiendo las mesas y la verdad es que lo prefería estaba mucho más tranquila.

—¿Jack? —dudé, fingiendo limpiar la barra para que no me regañasen por hablar con ella.

—Jack Daniels. —Me guiñó un ojo con descaro.

Solté una carcajada sin darme cuenta, tuve que girarme para disimular y empecé a servir un café como a mi amiga le gustaba. Era sábado, y aunque yo no debía trabajar los fines de semana mi jefe me había pedido el día anterior que me quedase para cubrir una baja de última hora. Era dinero extra, así que había aceptado.

—¿Quieres salir de fiesta? —pregunté, poniendo la taza delante de ella.

—Por supuesto, a pillarnos un pedo. Últimamente tienes cara de necesitarlo.

Llevaba razón, supuse. Hacía una semana desde que había conocido a Dani y mi horrible compañero de piso no había mejorado desde entonces. Seguía poniendo los videojuegos a tope y a todas horas (estaba convencida de que no dormía nunca), el agua solo se cortaba y empezaba a salir fría cuando él estaba, mi comida desaparecía de la nevera y mi champú se gastaba a una velocidad alarmante.

—No puedo rechazar a Jack, supongo.

—¿Y a Daniels? —Me dirigió una sonrisa enorme y supe por dónde iba.

—¿Llevas todo el día buscando una forma sutil de decirlo? —me metí con ella.

—Sí, he pasado por una tienda de licores antes de venir —se rió a carcajadas.

Un cliente se sentó al otro lado de la barra, así que me acerqué para ver que quería tomar. Además, así no tendría que responder a la incómoda pregunta de mi amiga. Después de conocerle se le había metido en la cabeza que haríamos una pareja genial y por mucho que la contaba todas sus *bromitas* su respuesta siempre era la misma: «los que se pelean se desean». Sí, mi mejor amiga se había quedado atrapada en la mente de una niña de seis años.

—¿Por qué no le invitas a salir por ahí? —sugirió, cuando volví a acercarme para servir un café para el otro cliente.

—Porque solo invitaría a ese imbécil a ir por ahí si planease abandonarle en un descampado muy, muy lejos.

—Es guapo —me dijo, como si no me hubiese oído.

Le llevé el café al cliente antes de volver con ella, alcé los dedos según hablaba, enumerando con ellos.

—Es un imbécil; se pasa el día jugando a videojuegos; no deja de fastidiarme —conté—. Y no deja de ponerme motes absurdos de películas y videojuegos que ni entiendo la mitad de las veces; no le he visto trabajar ni estudiar desde que le conozco; y sobretodo, querida amiga, es insoportable.

—Vale, vale. —Alzó las manos para defenderse—. Nos quedaremos solo con Jack.

¡FREE ANTIVIRUS!

Dani no estaba cuando volví a casa de trabajar, y lo agradecí, porque pude estudiar en el salón, de una forma mucho más amplia, sin agobios de habitación enana. Incluso comí un sándwich de pavo entre los apuntes y el ordenador, y fue muy agradable no tener que parar de estudiar. Hasta que la alarma de mi móvil me recordó que tenía que arreglarme para salir con Tamy.

Apagué y encendí la caldera y pude darme una larga ducha relajante con agua caliente. ¡Qué diferente era aquella casa sin Marla y Dani por allí! No es que Marla me molestase, pero echaba de menos aquella tranquilidad.

Me arreglé más de la cuenta para salir, pero es que también echaba de menos aquello. Sentía que no había hecho más que trabajar y estudiar durante semanas. Me puse un vestido negro, ceñido, que me llegaba hasta medio muslo, medias claras, botas de cuero hasta las rodillas y una chaqueta también de cuero con pelo alrededor del cuello. Me había alisado el pelo y maquillado. Por un momento me sentí como una vieja versión de mí a la que ya nunca dejaba salir a jugar.

Tamy pasó a buscarme media hora después de lo que habíamos quedado, pero ya me lo esperaba, la conocía de toda la vida y jamás había sido puntual. Me subí en su descapotable rojo y de nuevo me sentí muy cómoda allí, como si aquel fuera exactamente mi lugar.

Llevaba la capota bajada y la radio puesta muy alta, con las últimas

canciones de moda que yo apenas pude reconocer. ¿Cómo había desconectado tanto del mundo?

Tamy conducía de una forma muy brusca, dando acelerones y frenazos. Yo estaba segura de que no sabía cambiar de marcha sin hacer aquello, pero una vez que se lo había dicho me había mirado fatal, así que, que condujera como quisiera.

—Estoy deseando pillarme una borrachera de las que hacen historia —me gritó sobre la música, antes de empezar a cantar a voces.

—¿No has empezado a beber ya? —me reí, pero traté de seguir el ritmo a la canción.

Aparcamos cerca de una discoteca a la que solíamos ir el año anterior. Nos saltamos la cola con todo el descaro, aunque cuando Tamy le guiñó un ojo provocador al gorila de la puerta y nos abrimos lo justo las chaquetas nos dejaron pasar sin problema.

—¡Fiesta! —me gritó mi amiga.

Dejamos los abrigos en el guardarropa y nos acercamos a la barra deseosas de tomar una copa. Dejé que pidiese ella, porque solían hacerle más caso por algún motivo. Ella decía que se hacía respetar, yo estaba segura de que era porque me sacaba dos tallas de sujetador.

Se giró hacia mí con dos chupitos y bebimos a la vez. Apreté los ojos cuando la bebida me quemó la garganta y acepté la nueva copa que me pasó Tamy, mientras ella pagaba.

—Busquemos a Jack —bromeó, codeándome un poco.

Eché un vistazo alrededor. La discoteca ya estaba a tope, había grupos por todas partes. Un poco más allá, en la pista, un montón de gente saltaba y cantaba al ritmo de la música.

—Allí. —Señalé al captar a un grupo de cuatro chicos sin chicas, cerca de la pista pero sin bailar.

—Me valen —aceptó Tamy.

Aquella era la parte más difícil. Nos acercamos como por descuido, como si fuéramos a la pista. Luego Tamy me empujó de una forma muy poco sutil hacia ellos. Uno me sujetó al pensar que yo había tropezado.

—¡Oh, te he manchado! —me lamenté falsamente acariciando su camisa para quitarle los restos de mi copa de encima. Noté sus músculos abultados bajo la prenda y me lamí los dedos con descaro. Todo ese numerito lo había aprendido de mi amiga, lo juro.

—No pasa nada, deja que te invite a otra copa —me ofreció.

—Debería invitarte yo, que he sido la culpable. —Me mordí el labio de forma inocente.

—Con esa cara tan preciosa no podría culparte de nada jamás —me dijo, con una sonrisa enorme—. Me llamo Manu —se presentó.

—Oh, yo soy Katherine. —Me tuve que poner de puntillas para darle dos besos—. Aunque tú puedes llamarme Kath. —Me reí como si fuera más borracha de lo que realmente iba.

—Será un placer, Kath. —Me cogió de la mano y me llevó de vuelta a la barra.

Me acabé lo poco que quedaba de mi copa y busqué a Tamy con la mirada. Estaba metiéndole la lengua hasta la traquea a uno de los amigos de Manu. ¿Cómo era tan rápida?

Todo es culpa de Pacman

—¿Dónde vives? —La voz de Manu me sobresaltó.

¿Me había dormido? Estábamos en su coche, las luces de las farolas pasaban a toda velocidad al otro lado de la ventana. El vehículo parecía girar sobre sí mismo en lugar de avanzar, y yo tuve que contenerme para no vomitar. Ni siquiera estaba segura de cuanto había bebido.

—No quiero ir a mi piso —me quejé como pude—. Es horrible, enano y Dani no deja de poner la canción del Pacman a todas horas porque sabe que me pone de los nervios —me reí pese a todo, pero solo porque estaba demasiado borracha.

—No podemos ir a mi piso, así que tendremos que soportar a Pacman... —se negó él, algo borde. ¿Había sido tan borde antes?

—No quiero. —La risa se convirtió en llanto—. Yo no soy mala persona, ¿por qué todo el mundo me trata tan mal?

—Yo quiero tratarte bien —me dijo, llevando la mano hasta mi pierna.

Se me había subido la falda hasta enseñar la cintura de las medias. Traté de bajármela, pero moverme solo provocó nuevas nauseas. Ni siquiera encontré fuerzas para apartar su mano, que se había deslizado con mucho descaro hasta mi entrepierna.

—¿Por qué no podemos ir a tu piso? —insistí, con un hipido por las lágrimas.

—Porque está mi novia... —resopló.

—¿Tienes novia? ¡Qué cabrón! —le insulté sin mucha energía, y entonces no pude contenerlo más.

Me doble sobre mí misma y vomité sobre su alfombrilla y mis botas de marca. Le oí maldecir y el coche se sacudió. Todo paró de moverse de golpe y lo agradecí sinceramente.

Me limpié el vómito de la cara con el dorso de la mano y quise disculparme, pero él ya no estaba en el asiento del conductor. La puerta a mi lado se abrió y sentí una mano tirar de mi brazo. Me tropecé con mis propios pies y acabé de rodillas sobre la acera. Me senté como pude, mientras veía a Manu subirse al coche de nuevo y acelerar.

No reconocí la zona de la ciudad dónde estaba. Las lágrimas se apelotonaron

en mis ojos con tanta fuerza que no logré ver mucho alrededor de mí, salvo algunas tiendas abandonadas y bloques de pisos muy viejos.

Busqué mi bolsito y sentí alivio al verlo a mis pies. Marqué el número de mi mejor amiga, pero nadie me respondió. Lo intenté cinco veces más, desesperándome cada vez que la voz neutra de una máquina me decía que dejase un mensaje.

Revisé mi agenda, pero no se me ocurría a quien más podía llamar para pedir ayuda. Pensé en avisar a mis padres, pero me matarían por inconsciente y, además, tardarían demasiado en llegar.

Paré al llegar al número de mi piso. Me lo había dado el casero y lo había memorizado para pasárselo a mi madre, a la que le encantaba hacer llamadas de horas de fijo a fijo. No tenía muchas esperanzas en ello, pero quizá Marla ya había vuelto con su conquista del fin de semana y podía ir a buscarme.

—¿Sí? —La voz extrañada que descolgó al segundo tono fue la de Dani, y aun así, sentí algo de alivio porque alguien me lo cogiese.

—Hola —dije, y las lágrimas me ahogaron haciendo que mi petición de socorro quedase oculta tras un sollozo.

—¿Kath, estás bien? —No supe como me había reconocido, pero de nuevo me recorrió el alivio.

—No —gemí—. No sé dónde estoy y me he vomitado las botas —lloré con fuerza.

—¿Estás borracha? —dudó.

—Sí.

—¿Sola?

—Iba con un tío, pero me ha dejado tirada. No sé dónde estoy —reconocí entre hipidos.

—Vale, tranquila, Kath. Llegaré enseguida, pero necesito que busques algo, un nombre de calle o algo representativo.

Que se hiciese cargo de la situación con tanta facilidad y que fuese a ir a buscarme me alivió en gran medida. Logré ponerme de pie, aunque estuve a punto de caerme de boca y tuve que apoyarme en una farola. Busqué por los bloques hasta que di con el nombre de la calle y se lo dije.

—Muy bien, estaré allí en dos minutos. Voy a llamarte desde el móvil, ¿vale? —me dijo.

—Vale.

Sollocé una vez más y me quedé apoyada a la farola para no caerme. Me sentí terriblemente sola y helada los veinte segundos que no le tuve al teléfono.

Luego me llamó con su móvil como había prometido.

—Estoy llegando al coche —me dijo, y me pareció que realmente se había dado mucha prisa—. Me debes una muy gorda, *Katychan*, estaba a punto de matar a un niño rata que me estaba insultando en ruso.

—¿De qué hablas? —lloré.

—Jugaba online —explicó—. ¿Nunca has jugado a la play, Kath?

—No. —Me sorbí los mocos—. Tenía una Game Boy cuando era pequeña —expliqué—. Solo pedí que me la comprasen porque era rosa.

—¿Y a qué jugabas? —me preguntó.

Sabía que solo quería que siguiese hablando, quizá saber que estaba bien, pero yo me dejé caer de nuevo de culo y lloré más fuerte. Me daba igual la Game Boy y todo lo demás. Quería meterme en mi cama y no volver a salir.

—Kath, respóndeme —sonó mandón.

—No lo sé —lloré—. Mi primo Tyler me dejó un juego de Pokémon, pero nunca pasé de un árbol en medio del camino.

—Tenías que conseguir un Pokémon con la habilidad de cortar —explicó.

—Tú lo sabes todo, ¿no? —me reí un poco entre las lágrimas.

—Claro que sí, nena, soy cinturón negro en videojuegos.

—Tenía uno de la Barbie del ordenador de montar a caballo. ¿También eres experto en ese? —me metí con él.

—No, pero me he pasado los Sims —bromeó.

—Yo siempre los dejaba morir ahogados en la piscina —me reí de nuevo.

—Sádica.

—¿Yo? —Eso me hizo llorar, pese a que sabía que bromeaba—. Tú eres el que no deja de fastidiarme.

—No llores, así no es divertido —se quejó.

—¿Divertido? ¿Tiene que ser divertido hacerme la vida imposible? —Lloré más fuerte aunque quería parar.

—Estoy llegando a la calle, en que zona estás.

—Al lado de la farola, delante de una panadería con un agujero en el escaparate —expliqué.

Las luces de un coche me dieron de lleno al entrar en la calle. No sabía que coche tenía Dani y por un momento me aterró que pudiese ser otra persona, pero reconocí su pelo negro cuando paró a mi lado.

—Aquí está Link, princesa Zelda —rió.

Los riesgos de morir ahogado

Dani tenía un enorme todoterreno negro. Le tuve a mi lado en un segundo y dejé de prestar atención a su coche. No me importaba, solo quería ir a casa. Se arrodilló a mi lado y me sujetó la cara entre las manos, como si quisiera comprobar que estaba bien. Yo no pude más que mirar sus ojos increíblemente azules. ¿Siempre habían sido tan brillantes?

—Vamos. —Tiró de mis manos para ayudarme a levantar.

Él hizo todo el trabajo, yo solo me dejé hacer. Logré mantenerme de pie con mucho esfuerzo y entonces recordé el vómito de mis botas que ya empezaba a secarse.

—Eran mis botas favoritas —me quejé, llorando de nuevo.

—Seguro que puedes llevarlas al tinte o algo —me dijo, mientras me abría la puerta del copiloto.

—¿No te preocupa que vomite de nuevo? —dudé, cuando se sentó a mi lado.

—No, te haré limpiarlo y ya está —se rió.

Me apoyé en el respaldo después de ponerme el cinturón y cerré los ojos. Me sentía tan mal por todo aquello... Por haberme ido con un desconocido y porque mi insoportable compañero de piso hubiera tenido que ir a buscarme. Seguramente se burlase de mí eternamente, y quizá me lo merecía.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó de golpe—. ¿Te han hecho daño?

—No —me reí sin humor porque él se preocupase por eso.

Le miré entonces, mientras conducía. Tenía sus ojos azules clavados en la carretera, con gesto de concentración. Quizá fuese por el alcohol, pero me di cuenta de que Tamy llevaba razón: era muy guapo. Era una pena que fuese tan idiota. Si se esforzase un poco seguro que podría tener a la chica que quisiera, y no tendría que pasarse los fines de semana jugando a la consola.

—¿Qué pasa? —Me pilló mirándole.

Aparté la mirada al sentirme descubierta y busqué algo que decir. Llevaba una camiseta de Superman que imitaba una camisa abierta, con la corbata torcida y el logotipo del superhéroe debajo, como si se estuviera quitando la ropa para enseñar el traje.

—Nada, es solo que no me gusta Superman —disimulé nerviosa—. Me

parece que lo tiene demasiado fácil. Es un extraterrestre, no tiene mérito.

Soltó una carcajada antes de responder:

—Si lo piensas así, ¿qué superhéroe tiene mérito? A Spiderman le picó una araña, Hulk fue un accidente radiactivo, el capitán América fue un experimento, Wonder Woman es una diosa, Thor también...

—Vale, vale, lo pillo —le corté—. Iron Man es el mejor.

—¿Por tener un montón de dinero heredado de la venta de armas? —se burló un poco.

—Está bueno. —Me encogí de hombros con una sonrisilla.

—Discusión zanjada, has acabado con años de peleas con tu gran argumento —se metió conmigo sarcástico, yo me reí pese a todo. Aún me daba vueltas el mundo, no podía pedir mucho más de mí—. ¿Así que te gustan las pelis de superhéroes?

—No, a mí hermano de diez años le vuelven loco. Me tuvo todo el verano viéndolas con él... —me quejé—. A mí me parecen todas horribles.

—Solo dices eso porque tú serías la animadora odiosa en esas pelis —volvió a meterse conmigo.

—Sí, pero tendría *friendzonado* al héroe. —Le saqué la lengua.

—Tienes la lengua azul —se rió de mí, tras mirarme un segundo.

—Los chupitos. —Me encogí de hombros. Tamy nos había hecho beber chupitos de todos los colores—. Saben peor al salir que al entrar —resoplé—. ¿Así que tú te identificas con Superman? —Volví a un tema *seguro*.

—No, tampoco es de mis favoritos.

—¿Y cual es tu favorito? —Me di cuenta de que acababa de hacerle una pregunta personal y no quería saberlo, no quería conocerle mejor—. Esta zona ya la conozco —cambié de tema.

Estábamos lejillos de casa. Me sorprendió lo rápido que había llegado cuando había ido a por mí. No me respondió, y cuando volví a mirarle me di cuenta de que fruncía el ceño. ¿Había dicho algo malo?

—Puedo ir andando, si lo prefieres —sugerí.

—No digas tonterías —resopló un poco y volvió a quedarse en silencio.

Aparcó dos minutos después, detrás de nuestro bloque porque no había sitio más cerca. Salió del coche y empezó a caminar sin esperarme. Yo me quité las botas, porque me sentía incapaz de andar con ellas y le seguí, procurando no tocar el vómito.

Me esperó al llegar al portal, manteniéndome la puerta abierta. Estaba tan ocupada tratando de parecer digna al pasar por su lado, que me tropecé con mis

propios pies. Dani me rodeó con un brazo la cintura y me impidió caer. Fue tan rápido que no pude más que mirarle parpadeando.

—¿Te ha picado una araña radiactiva? —Me sentí en la obligación de romper la tensión. Él soltó una carcajada.

—Deberías dormir la mona radiactiva. —Meneó la cabeza obligándome a apoyarme de nuevo sobre mis pies—. Antes de que digas algo radiactivo de lo que te arrepientas.

—¿Algo como qué? —pregunté, mientras subía los escalones delante de él.

—No sé, por ejemplo, que me confieses lo locamente enamorada de mí que estás.

—No estoy enamorada de ti, si no te soporto —me quejé—. Pero a mí amiga Tamy le pareces muy guapo —solté, y luego me di cuenta de que esa era el tipo de información que no debía darle.

—No me van las animadoras —se burló, abriendo la puerta de casa y dejándome pasar de nuevo delante.

—Pues estás de suerte, señor insoportable, porque ya no es animadora —me reí, pasando de largo para dejar las botas en la salita dónde estaba la lavadora.

—¡Oh, genial, me casaré con ella entonces! —resopló, dejándose caer en el sofá y recogiendo el mando de la consola.

—¿No duermes nunca? —cuestioné, mientras iba al baño a lavarme los dientes. Odiaba el sabor a vómito, aunque supuse que era lo normal.

—No —negó y empecé a oír tiros virtuales.

Me lavé los dientes con mucha fuerza y luego volví al salón. Años atrás mi prima se había pillado una borrachera increíble y se había dormido. Había vomitado mientras dormía y había estado a punto de ahogarse ella sola, por suerte su hermana la oyó y pudo ayudarla. Desde entonces nunca me tumbaba cuando me emborrachaba. Solía sentarme hasta que me quedaba dormida en una postura incomodísima.

Y fastidiar la noche de juego de Dani, teniendo en cuenta lo mucho que me fastidiaba él cuando trataba de estudiar, me pareció una idea genial.

—¿Qué haces? —dudó, cuando me dejé caer a su lado.

—No morir ahogada en mi propio vómito, sola y patética. —Me estremecí al decirlo en alto—. ¿Cómo se juega? —Tiré del mando para quitárselo.

Él se limitó a mirarme con una ceja alzada, pero me dejó quitarle el mando.

—Tienes que dormir, *Princesa Peach* —se burló de mí.

—Luego. —Me encogí de hombros, mientras tocaba todos los botones—. ¿Ese es enemigo? —pregunté, lanzándole sin querer una granada a un tipo

vestido de militar que estaba frente a mi personaje.

—No, es tu compañero, pero no existe el fuego amigo, así que puedes seguir lanzándole mierda. —Soltó una carcajada.

—¿Qué es el fuego amigo? —Fruncí el ceño.

—¿Acaso no sabes nada de la vida, *Katychan*? —pareció horrorizado—. El fuego amigo, como su propio nombre indica, es cuando te dispara un aliado, que son los de azul. Y aquellos de rojo, los que te están apuntando, y matando, es a los que tienes que matar.

—¿Me he muerto? —dudé, cuando la pantalla cambió y puso un montón de números en letras rojas.

—Sí. —No pareció molesto por ello—. Trae, anda, si vas a hacerlo, hazlo bien. —No entendí a que se refería mientras me quitaba el mando, pese a que sentía que se me había pasado bastante la borrachera.

La Princesa Peach contra los zombis

Le miré hacer mientras sacaba el juego de la consola y ponía otro. Luego cogió un segundo mando del mueble de debajo de la tele y se sentó a mi lado. Me lo cambió mientras yo aún estaba mirándole hacer.

—El mando uno es mío, que no me gusta ceder el control —bromeó guiñándome un ojo.

—¿Esto es lo que hacéis los frikis en lugar de tener sexo? —me metí con él.

—Sí —aceptó, con una sonrisa—. Pero si quieres podemos hacerlo después del sexo —sugirió.

—Ni borracha —me reí—. Oh, si estoy borracha, es verdad...

—Tonta —resopló, pero no logró ocultar una carcajada—. Vale, *Princesa Peach*, ponte esto. —Recogió dos auriculares con micro y me puso uno, luego se colocó el otro.

—Vale, ¿qué tengo que hacer? —pregunté, mientras él tocaba opciones de la pantalla.

—Aquí si existe el fuego amigo, ¿vale? —Le miré con el ceño fruncido—. Si disparas a tus amigos mueren y se enfadan. Entonces te matan a ti.

—Vale, solo disparo a los malos... ¿Quiénes son los malos?

—Elije tu personajes —me pidió, después de cogerse a un chico con barba para sí mismo—. Los malos son los que van de azul. Gana el equipo que sobreviva al otro, sin *respameos*.

—¿Sin qué? —pregunté, mordiéndome la lengua mientras elegía un personaje. Al final cogí una chica con el pelo rosa.

—Qué si mueres te echan de la partida —explicó.

—¿Y en que se diferencia del juego de antes?

—En que aquí hay zombis de por medio. Puedes matarlos y dan puntos, pero si haces ruido es más probable que los enemigos te pillen. Además, los cadáveres no desaparecen, así que puedes dejar rastro.

—¿Y para qué es esto? —Señalé el micro que me había puesto, porque me sentía como si estuviéramos en medio de una operación policial o algo parecido.

—Somos cinco contra cinco. Puedes hablar y escuchar a tus compañeros.

—Vale, todo controlado. ¿De qué color vamos nosotros? —dudé entonces,

cuando él le dio a buscar partida.

—De verde camuflaje —se rió—. Mientras busca partida te explico los controles. —Señaló su propio mando mientras me decía para que servía cada botón—. Sacar arma, disparar. Correr, saltar, agacharse, abrir inventario. Curarse aquí. Y este es para marcar a tu enemigo y que el resto podemos verlo durante unos segundos. Tendrás un minimapa abajo y cuando nosotros marquemos uno saldrá ahí. Y creo que ya. Con esto cambias de armas. Todas se usan con los mismos botones una vez que la selecciones.

—¡Hola, *Virus*! —saludó una voz entusiasmada justo en mi oído. No tuve muy claro si era un niño o una chica.

—¡Eh, *Pequeño Destructor de Mundos*! —respondió Dani, y deduje que era un niño.

La pantalla de carga desapareció y aparecimos en una especie de polígono industrial. Di vueltas sobre mí misma con el personaje y me reí como una idiota.

—¿Qué le pasa a esa? —preguntó otra voz masculina.

—Mi amiga del pelo rosa es nueva, sed buenos con ella —pidió Dani riéndose. Me sujetó la mano un momento para ayudarme a avanzar.

—¿Ha dicho *amiga*? —preguntó, remarcando el femenino otro tío.

—Sí, se llama *Princesa Peach* —me presentó el muy idiota.

—Hola —saludé con timidez.

—¿Cómo estás, princesa? —preguntó la última voz que había hablado.

—Ese es *Gandalf*, el mago, cada vez que habla a una tía la hace desaparecer —se metió Dani con él.

Me reí sin poderlo evitar. El tal *Gandalf* (supuse que no era su nombre real, pero me dio igual) replicó algo enfadado, que no conseguí entender.

—¿Avanzamos, nenas? —preguntó el *Pequeño Destructor de Mundos*.

—Sigue al calvo de diez años —me indicó Dani—. Agáchate por si acaso, hemos pasado tanto rato hablando que el enemigo tiene que estar encima.

—*Virus*, diez pavos a que vivo más que tú —habló el otro tipo, del que aún no conocía el nombre.

—Cincuenta a que no —replicó Dani.

La pantalla estaba dividida en dos, yo iba mirando más la de Dani que la mía y en consecuencia me iba chocando con los bordes de todos los edificios.

—Acepto —respondió el otro.

El personaje de Dani se levantó, porque iba de cuclillas, giró sobre sí mismo, alzó su arma y pegó dos tiros a otro personaje.

—¡Tío, te has cargado a *CapiKiller*! —se carcajeó el niño.

—Me debe cincuenta pavos, sois testigos.

—¡Qué mala gente! —me reí pese a todo.

—Ganaremos más sin él —aseguró *Gandalf*—. No sé quien sigue metiéndole en las partidas.

—¡Ah! —grité, cuando un tipo sanguinolento se me tiró encima.

—Has atraído a los zombis, *Virus* —se quejó el *Pequeño Destructor*.

—Perdón —dijo, aunque reía.

Dani llegó hasta mi personaje y tiró del zombi, apuñalándole en la cabeza.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté.

—Si les pillas por sorpresa te sale el comando para que pulses círculo, lo hace solo —explicó.

—Mira, *Virus*, un montón de cadáveres hacia ese contenedor, creo que se han refugiado allí —llamó la atención *Gandalf*.

Me sorprendió que todos parecieran buscar las ordenes de Dani, como si el comandara el grupo. Yo básicamente seguía dando vueltas sobre mí misma.

—Es una trampa —se rió él—. Eso lo inventé yo. Si son listos habrán puesto una bomba dentro del contenedor.

Vi el contenedor al que se referían en la pantalla de Dani. Era uno de esos que llevan los barcos para llevar la carga.

—Sí, huele a trampa —dije, por integrarme.

—Y si montas una trampa... —siguió Dani con gesto pensativo.

Volví a mirar su pantalla, sacó un rifle de francotirador y miró alrededor. Me pareció ver un fogonazo al otro lado de la pantalla, desde un edificio.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—He visto algo dentro del contenedor, te digo que están ahí —se cabreó *Gandalf*.

—¡Francotiradores! —medio gritó Dani—. ¡A cubierto!

Quise cubrirme, de verdad que sí, pero ya no sabía que botón era y me puse a dar saltos. Aun así vi a *Gandalf* entrar en el contenedor y una explosión lanzó sus restos de forma muy gráfica en todas direcciones.

—¡Qué asco! —me quejé.

—¡Emboscada! —gritó el *Pequeño Destructor de Mundos*.

Tres tipos salieron de algún lado a nuestro alrededor y de pronto los teníamos encima. No vi mucho antes de que me disparasen y la pantalla mostrase las estadísticas.

—Ha sido la partida más penosa de las partidas penosas —rezongó el *Pequeño Destructor de Mundos*—. ¿Echamos otra, chicos?

Ninguno respondimos, nuestras miradas se cruzaron y quizá yo seguía demasiado borracha, o quizá había sido la adrenalina por morir ridículamente, pero de pronto nuestros labios se juntaron. No supe si se había acercado él o había sido yo, ni si eso importaba.

¿Qué estaba haciendo? Odiaba a ese capullo. Quise apartarme de él, pero en lugar de ello tiré de su camiseta mientras él me sujetaba de las caderas para que me subiese sobre sus piernas, a horcajadas.

Un portazo nos hizo separar nuestros labios, pero no nos movimos más allá de eso mientras mirábamos hacia la puerta. Marla entró enrollándose con un tipo, se chocaron contra la mesa, sin dejar de besarse y siguieron hasta el dormitorio sin reparar en nosotros. Dieron un nuevo portazo al entrar en la habitación de la chica.

Me bajé del regazo de Dani lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que llevaba como tres minutos allí parada, y traté de componer mi mejor cara de indignación.

—¿Qué estás haciendo? —me quejé.

Vale, yo le había quitado a camiseta, de hecho, se la tiré de nuevo porque aún la tenía en la mano, pero él no me había parado. Era tan culpable como yo ¿no?

—Eres tú la que te me has tirado encima, pero no te culpo. —Me guiñó un ojo.

—Yo estoy borracha, ¿Cuál es tu excusa?

Le tuve de pie a mi lado en un segundo, se me cortó un poco la respiración, nunca me había dado cuenta de lo alto que era. No se había molestado en ponerse la camiseta y su pecho tatuado no ocultaba sus marcados músculos. Tragué saliva como pude, porque se me había secado la boca.

—Yo no tengo que autoengañarme, puedo besar a una tía sin más, aunque sea a una pija como tú —me dijo, y logró hacerme sentir fatal.

Recogí la poca dignidad que me quedaba, me di la vuelta y me encerré en mi habitación. Más que nunca quise tener cerrojo, pero Dani no trató de entrar ni nada parecido. Esperé un buen rato y cuando volví a oír tiros en la consola me puse el pijama y me metí en la cama. Todo a mí alrededor dio vueltas. No estaba segura de si era por Dani o por el alcohol.

¡Qué idiota había sido por besar a ese tipo insoportable! Había creído que teníamos una especie de tregua solo porque había ido a buscarme. Debía haberme arriesgado a morir ahogada antes que sentarme a jugar con él.

Lo que va mal siempre puede ir peor

Pensé que las cosas cambiarían después de nuestro *encuentro*, y por desgracia, llevaba razón. Solo que no habían cambiado como yo esperaba. Creía que después de que Dani hubiera ido buscarme y de habernos besado dejaría de ser un gilipollas, pero fue incluso peor.

Al día siguiente me despertó con la banda sonora de Star Wars a tope, y no eran ni las siete de la mañana. Estaba segura de no haber dormido más de un par de horas y cuando había ido a reclamarle se había limitado a subir el volumen y tararear a gritos.

Decidí pasar el domingo en casa de mis padres. Pese a que eso significaba dos horas de tren de ida, y otras dos de vuelta, podría descansar y estudiar, pero el destino debía odiarme mucho.

Mi jefe me llamó cuando acabé de ducharme, o lo oí en ese momento, porque luego pude comprobar que tenía cuatro llamadas perdidas tuyas. El día anterior había tenido que ir a cubrir una baja, y al parecer, ese domingo tendría que seguir cubriéndola pese a que el día anterior me había asegurado que no haría falta.

Traté de escaquearme. Le expliqué que estaba de camino a ver a mis padres, pero se limitó a decirme que si no estaba allí en diez minutos no me molestase en ir tampoco al día siguiente. Y pese a que sonaba terriblemente tentador no me creí que fuese a darme vacaciones, y lo único peor que soportar a Dani que se me ocurría, era tener que volverme a pasar cuatro horas al día en tren.

Dani no levantó la vista de su estúpido videojuego cuando pasé a su lado y yo lo agradecí, porque sinceramente, no sabía como debía tratar con él después de habernos besado.

Los siguientes días la convivencia no mejoró. Dani se las apañaba para estar duchándose a la hora que yo solía hacerlo para ir a trabajar. Acababa con toda la comida que a mí me apetecía comer, ponía la música a tope a todas horas y no dejaba de gritar a sus *juegucitos* de la consola.

Así que me resigné a usar el piso lo mínimo posible. Ahora, después del trabajo volvía a la universidad para poder estudiar, y me iba mucho mejor, pese a que solía llegar agotada después de todo el día fuera. Y además, llevaba quince días sin descansar del trabajo.

Tamy había venido un par de veces conmigo a la biblioteca, por lo demás no había tenido ningún tipo de relación social en casi dos semanas. Empezaba a sentirme algo aislada, desolada, triste y abandonada. Y sabía que de alguna forma, todo era culpa de Dani.

Estaba garabateando en mi agenda un Dani muy básico, con su pelo oscuro revuelto, colgado del cuello con el cable del mando de la consola, cuando alguien llamó mi atención.

—Perdona, ¿te importa? —Señaló el cargador del portátil que tenía en la mano—. Están todos los enchufes buenos ocupados.

Cerré la agenda de un golpetazo y me moví para que aquel chico pudiera sentarse a mi lado. Era guapo, de una forma clásica, sin estúpidos tatuajes. ¿Qué hacía pensando en Dani? Ese imbécil había logrado meterse en mi subconsciente.

—La mayoría ni siquiera funcionan —sentí la necesidad de decir algo, mientras él se sentaba a mi lado y enchufaba su cacharro.

Tenía el pelo de un color anaranjado, de punta por arriba y barba de un par de días. Con ojeras que iban a juego con las mías, supuse. Además, era altísimo, allí sentada me sentí muy pequeña en comparación con él.

Me di cuenta de que estaba mirándole fijamente cuando me dirigió una sonrisa incómoda y volví a meter las narices en mis apuntes.

Estaba tan cansada que la vista se me nublaba y las letras se convertían en borrones que no lograba entender. Me esforcé seriamente en comprenderlo, pero ni siquiera era capaz de parar de bostezar y cada vez que lo hacía se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Te importa echarme un ojo a las cosas? —me pidió el pelirrojo.

—Claro.

«Si no me duermo», no quise decírselo, pero era muy probable.

Ni siquiera era capaz de recordar la última vez que había dormido ocho, o siete, horas seguidas. ¿Una semana, tres? ¿Cuánto hacía que Dani había llegado a mi vida? Bostecé de nuevo, y me froté los ojos para secarme las lágrimas.

Me di cuenta de que llevaba las gafas de pasta que solía usar para estudiar y me las quité sintiéndome idiota. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de que el tío bueno se sentase a mi lado?

Una lata de refresco apareció delante de mi campo de visión, justo al lado de mis apuntes. Alcé la vista para ver al chico colocar otra lata en su sitio mientras se volvió a sentar a mi lado.

—Parecía que te hacía falta. —Me dirigió una sonrisa amable y sincera y

hubiera llorado en ese momento porque, al fin, alguien estaba siendo bueno conmigo.

—Gracias.

—Soy Cooper. —Me tendió una mano amistosa que estreché con la mía.

—Kath —me presenté, sonriendo de verdad por primera vez en semanas.

Volví a centrarme en estudiar, porque no sabía que más podía decirle. Le agradecí el refresco un par de veces, mientras me lo tomaba y logré acabar el trabajo que tenía a medias desde la semana anterior.

La victoria sabe a éxito

Decidí aprovechar el primer fin de semana libre que conseguí para pasarlo en casa de mis padres. Mi plan original era ir solo el domingo, pero sabía que allí conseguiría dormir al fin una noche del tirón.

El sábado, como cada día, me despertó la banda sonora de una película o serie, aquel día le tocó a Piratas del Caribe. Gemí con fuerza y metí la cabeza debajo de la almohada. Traté de recordarme que al día siguiente podría dormir hasta pasado medio día, pero eso no hizo que mis deseos de matar a Dani se redujeran lo más mínimo.

Me levanté furiosa y salí en su busca para destrozarle los altavoces si era necesario, pero me lo encontré poniéndose la chaqueta. Sobre la mesa del salón tenía una mochila y pude ver una esterilla y un saco de dormir. ¿Se iba? ¿El destino había dejado de castigarme?

—¿Dónde vas? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Quieres darme un besito de despedida? —Me guiñó un ojo con prepotencia.

—Quiero apagar esa música infernal. —Me acerqué al equipo de música para cumplir con lo dicho.

—Te echaré de menos, *Katychan*. —Se colgó la mochila con una gran sonrisa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —resoplé.

—Vuelvo mañana, así que no lo celebres mucho. —Me lanzó muchos besos y salió de la casa.

¿Eso significaba que podía ahorrarme el tren? No tenía que ir a casa de mis padres para dormir, podría hacerlo allí. Esperé quince minutos enteros, tras apagar la música, para asegurarme de que Dani no volvía. Después apagué el móvil y volví a mi camita que seguía caliente y acogedora.

No pude dormir. Lo intenté de verdad, estaba tan cansada que no dejaba de bostezar, pero no lograba dormirme. Sabía perfectamente por qué era. Dani se había ido, pero volvería, y la maldita pantalla y los altavoces seguirían pegados a la pared dónde estaba mi escritorio.

Sonreí cuando se me ocurrió que no tenía por qué seguir todo igual cuando

volviese. Dani se paseaba por allí como si él fuese el dueño del piso, pero todos pagábamos alquiler, ¿no?

Clique aquí

Aquella noche dormí como llevaba semanas sin hacerlo, pero por la mañana ya no me parecía tan buena idea todo. Me obligué a centrarme en ponerme al día con los estudios. Era una tarea difícil, porque cada cinco minutos miraba el reloj y me preguntaba a que hora llegaría Dani. ¿Cómo reaccionaría cuando viera...?

—Leyes, Kath —me recordé—. Olvídate de Dani...

Unas llaves tintinearón al girar en la cerradura. No estaba segura de si Marla estaba en casa o no, no la había visto en todo el día. Centré la mirada en el libro que tenía delante y traté de seguir leyendo, aunque no conseguí dejar de leer la misma frase una y otra vez sin empezar a entenderla siquiera.

—¿Qué cojones...? —Oí la voz enfadada de Dani.

Tuve que morderme el labio para contener una sonrisa satisfecha. Aunque se me pasaron las ganas de sonreír al oír sus pasos apresurados hasta mi dormitorio. Abrió la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared. Ojalá hubiera tenido un cerrojo, aunque a juzgar por la fuerza bruta que había usado para abrir, seguramente lo hubiese roto.

—¿Te importaría llamar a la puerta? —Traté de conservar mi dignidad.

—¿Qué demonios has hecho? —no gritó, pero tenía los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres? —fingí desconcierto.

—¡Todos los muebles del salón! —resopló con más fuerza esta vez.

—No te entiendo, Dani, ¿qué les pasa? —Logré sonreír un poco incluso y eso pareció cabrearle más.

—¿Así es como quieres jugar, Katherine? —No supe si estaba furioso de verdad, parecía bastante sorprendido por mi «travesura».

—Vaya, ¡si te sabes mi nombre! —celebré con una palmadita en el aire.

—¡Esto es la guerra, niñata repipi e insoportable! —Salió dando un portazo y volví a oír sus pasos alejarse hacia el salón.

¿Me había llamado insoportable? ¿A mí? ¡Era él quien me había hecho la vida imposible desde el primer día! Me levanté del escritorio, recogiendo mi libro de leyes. Iba a enseñarle a ese idiota qué era ser insoportable.

Llegué al salón cuando estaba empujando el sofá a su legítimo lugar, a unos metros de dónde estaba ahora, y me dejé caer sobre él, apoyando los pies sobre

la mesita central y abriendo el libro ante mí.

—¿Qué haces? —sonó entre furioso y sorprendido.

—Estudiar —me limité a decir.

Me había pasado más de tres horas moviendo los muebles y limpiando. Al parecer él y Marla solo consideraban necesario limpiar dónde se veía, pero había merecido la pena solo por ver su cara de cabreo, que debía ser la misma que ponía yo cada vez que él me fastidiaba.

—Esto no va a quedar así —resopló antes de irse a su habitación y cerrar la puerta de un nuevo golpetazo.

¿Había ganado? Al parecer ahora el salón era mío, aunque estaba distribuido de la peor forma posible. Lo celebré con un bailecito y luego me tumbé en el sofá con mi libro abrazado al pecho.

La venganza de Dani

Mordisqueé el bolígrafo negro mientras miraba la pantalla en blanco del ordenador. Ese mismo viernes tenía que entregar un trabajo que ni había empezado, y que yo creía que era para el mes siguiente. Y estábamos a miércoles.

Aun así no era capaz de concentrarme en ello. Dani no había tomado represalias, pese a que había vuelto los dos días anteriores a casa temiendo que lo hiciese. Me sentía aliviada por ello, pero una parte de mí no confiaba en el chico. Temía sinceramente que toda esa espera era para preparar una enorme venganza.

—Un refresco a cambio de un enchufe. —Me sobresaltó la voz de Cooper.

Acumulé mis libros para que pudiera sentarse a mi lado y le dirigí una sonrisa amable mientras me pasaba el refresco.

Consideraba que había ganado a Dani con el salón. Él no había vuelto a poner los muebles en su sitio, se había limitado a mover el sofá al medio del salón para poder ver la televisión de frente. Ahora había que rodearle para llegar hasta las habitaciones, pero ¡yo había ganado! No ponía la música alta, ni los videojuegos, ni le oía gritar hasta tarde.

Y aun así no me atrevía a volver a estudiar a casa. Quizá solo esperaba el momento para fastidiarme, y prefería no darle oportunidad para ello, así que me quedaba en la biblioteca después de clase, como había hecho hasta entonces.

—¿Estás bloqueada? —preguntó Cooper con una sonrisa, señalando mi pantalla en blanco.

—Tengo que entregar un trabajo el viernes y no tengo ni título. —Puse los ojos en blanco de forma dramática, y entonces me di cuenta de que seguía llevando las gafas de leer puestas. Me las quité de un manotazo y compuse mi mejor sonrisa sexi.

—¿De que es?

—De derecho administrativo. —Le enseñé mi libro.

—Oh, suena muy divertido. —Puso cara de circunstancias y me hizo reír.

—¿Qué estudias tú? —pregunté, porque no sabía nada de él salvo su nombre y que adoraba los refrescos.

—Periodismo. —Me enseñó uno de sus libros.

—¿Programas del corazón? —me metí con él bromista.

—Periodismo deportivo, espero —se rió lejos de ofenderse—. ¿Y tú qué? ¿No había una carrera más aburrida?

Traté de componer una sonrisa, pero la imagen de Andy flotó delante de mis ojos, haciendo que por un momento me olvidase de dónde estaba. Tamy era la única que sabía la verdad sobre por qué estudiaba derecho y había decidido estudiarlo conmigo. Pero era información que no pensaba compartir con un desconocido en la biblioteca. Aun así, parecía esperar una respuesta, así que tragué saliva y respondí:

—Creo que no, y mira que la busqué —bromeé.

—Mis amigos organizan una fiesta de disfraces este viernes... ¿Te apuntas? —Tardé en entender que me estaba invitando a una fiesta. Mi aburrida carrera debía estarme friendo el cerebro de verdad.

—¿Disfraces? —Fruncí un poco el ceño.

—Es Halloween —explicó, y me sentí realmente idiota—. Puedes traer a tus amigos si quieres, te daré la dirección y te veo allí, si te parece bien... —pareció repentinamente tímido.

—Claro, sería genial. —Arranqué un trozo de mi cuaderno para apuntarle mi número y se lo pasé.

Me centré en mi trabajo de nuevo después de eso, tenía que rellenar veinte hojas en una tarde y media. Aquello era una pesadilla. Tamy solía decir que se podía hacer cualquier trabajo dando la vuelta a las palabras del libro del que lo fueras a copiar. En ese momento hubiese agradecido algo de ayuda de mi amiga.

Conseguí empezar a teclear después de tomarme el refresco que me había llevado Cooper. Y estaba tan concentrada en ello que salté en el sitio cuando la bibliotecaria me informó de que iban a cerrar.

—Hasta mañana, Kath —se despidió el chico, mientras guardaba sus libros en la mochila.

Me despedí con un gesto de la mano, me coloqué el pelo tras la oreja, metí todo a presión en mi mochila y salí de allí.

El frío se me pegó a los huesos al llegar fuera, no me había dado cuenta mientras estaba dentro, pero las temperaturas habían descendido drásticamente. Subí la cremallera de mi chaqueta y me abracé a la mochila para darme calor.

Empezó a chispear cuando estaba a una calle de la parada del autobús. Metí la mochila debajo de mi chaqueta para que no se me mojase el portátil y caminé más rápido, pero mis estúpidas botas resbalaban sobre el suelo mojado. Para

cuando llegué a la parada la suave llovizna se había convertido en un aguacero y estaba empapada.

Me escondí bajo la cornisa del autobús y esperé tiritando hasta que este llegó. Casi una hora después. ¿El destino volvía a odiarme? No había dejado de llover cuando llegué a casa. Y aunque esperé más de media hora debajo de la parada allí, no me dio tregua.

Al final me decidí a seguir empapándome y tratar de correr de vuelta a casa. No vivía muy lejos de la parada, pero con la que estaba cayendo era todo un desafío llegar. Y tenéis que tener en cuenta que el destino me odia total y absolutamente. Me resbalé cuando estaba acabando de cruzar un paso de peatones y acabé con el culo en un charco lleno de barro y a saber que más.

Me levanté con la poca dignidad que pude reunir y renuncié a tratar de proteger el ordenador y los libros. Solo quería llegar de una vez. Cuando pude refugiarme en el portal estaba literalmente empapada y tenía hasta la ropa interior chorreando agua marrón.

Dani estaba tumbado en el sofá, con su propio portátil sobre las piernas. El idiota parecía tan seco que me dio rabia. Seguro que tenía hasta calor, porque llevaba una camiseta de manga corta que dejaba ver sus brazos tatuados.

Pasé de él, aunque comentó algo de mi «deplorable aspecto». Me limité a enseñarle el dedo corazón y a caminar hasta mi habitación. Abrí la puerta deseando coger ropa seca para ducharme con agua caliente y quitarme el barro y todo lo demás, cuando lo vi: la venganza de Dani. Debía haber sabido que no se quedaría de brazos cruzados.

La ropa interior de Dani

Los muebles, ¡MIS muebles! Estaban todos del revés:

El colchón estaba debajo del somier, que solo eran unas láminas de madera y metal y cuatro patas que ahora apuntaban al techo; el armario estaba de cara a la pared, de modo que era imposible abrirlo, y era tan enorme que no sabía como Dani podía haberlo movido solo, yo no podría; el escritorio estaba pegado al suelo y mis libros estaban sobre la parte de abajo; la mesilla estaba boca abajo y de espaldas a mí, para que no pudiera alcanzar los cajones; mi silla de escritorio tenía las patas desatornilladas apoyadas sobre el respaldo que ahora estaba en el suelo.

Todo era caos allí dónde mirase.

Vacíe mi mochila, porque estaba chorreando y no quería que mis cosas se mojasen más de la cuenta, y luego caminé hasta el salón apretando los puños por la rabia. Dani no levantó la vista de su portátil, dónde tecleaba sobre una pantalla negra.

—¿Qué le has hecho a mis cosas? —gruñí.

—Estás mojando el suelo —me dijo, sin molestase en mirarme.

—¡Eres un...! —No encontré palabras para insultarle, se me atascaron en la garganta, con toda la ira que sentía. Estaba segura de que no había estado tan enfadada nunca.

—No te cortes, princesa, saca esa rabia —se rió.

—¡Me voy a duchar con maldita agua caliente, Dani, y cuando salga espero que todo esté en su sitio otra vez...! —le grité.

—¿De qué sitio hablas? —Alzó una ceja oscura en mi dirección—. Deberías probar los cambios, a mí me gusta más el salón así. Estoy más cerca de la cocina y de la televisión. Además, llega mejor el cable hasta el enchufe y estoy seguro de que tengo más wifi.

—Te doy media hora, Dani —le amenacé, mientras iba al tendero en busca de ropa limpia y seca. Por suerte las cuerdas estaban dentro de casa y no fuera con la lluvia.

—¿Y si no, qué? —Me dirigió una sonrisa despreocupada.

—Te vas a enterar —prometí.

Y me vengaría de aquello, aunque tuviese que buscar ideas en Internet para

hacerlo. Conseguiría que Dani se disculpase conmigo, que me pidiese perdón por todo lo malo que me había hecho. Ese niño insoportable se arrepentiría de haberse metido conmigo.



Por supuesto Dani no colocó mis cosas mientras me duchaba, pero ya me lo esperaba. Tuve que ponerme una sudadera de chándal porque no sabía dónde había acabado mi pijama y le cogí unas mallas prestadas a Marla por no ponerme los vaqueros empapados. Luego volví a colocar los muebles en su lugar. Todos salvo el armario, que pesaba un montón y la silla, porque no encontré herramientas para montarla.

—Vale, Dani, necesito ayuda con el armario —pedí al chico, porque Marla no estaba en casa. Lo comprobé dos veces.

—¿Y qué gano yo con ello? —Alzó brevemente la vista del portátil, para volverla a clavar en él enseguida.

—¿Qué quieres? —resoplé.

—Que me hagas la colada un mes.

Me pareció que ya lo tenía todo pensando, seguramente llevase tres días planeando aquello.

—Ni de coña —me negué.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Ya cambiarás de idea cuando no tengas nada que ponerte, pija.

—No soy una pija... —me cabreé, pero llevaba razón, no podría ponerme ropa limpia.

—Te haré la colada un día... —suspiré—. No es justo, ¿sabes?

—¿Has visto que el sofá está en medio del salón? Y eso no he sido yo... —se burló—. Un mes de colada, princesa.

—Dos coladas. —Alcé dos dedos, por si necesitaba apoyo visual.

—Cinco —negoció.

—Una.

—Cien —resopló, aunque me pareció que reía.

—¿Qué forma de negociar es esa? —me quejé.

—¿Y la tuya? No tienes nada mejor que ofrecerme, no puedes restar. Cinco es mi última oferta.

—Cuatro y sin ropa interior.

—Te mueres por ver mis calzoncillos.

—Los veo desde aquí y no me impresionan.

—Vale, cuatro, con ropa interior y mucho cuidado con mi ropa, si me rompes o estropeas algo lo pagas. —Me tendió una mano.

—Vale, pero no vuelves a tocar mis muebles jamás. —No me fiaba de que fuera a darle la vuelta a mis muebles cada vez que quisiera que le hiciera la colada.

—Tenemos un trato. —Cogió mi mano y me guiñó un ojo, que me hizo sentir muy sucia—. ¿Te he dicho que se ha roto la lavadora? Tendrás que bajar a la lavandería a hacer esas coladas...

—La madre que te parió —me quejé. Él se limitó a soltar una carcajada, cerrar el portátil y caminar hasta mi habitación—. Eso no era parte del trato.

—No especificaste. Estudias derecho, sabes que tengo las de ganar —se rió.

No le respondí, me limité a apretar los dientes y entrar en mi habitación tras él. Luego me pregunté como sabía que estudiaba derecho, yo no se lo había dicho.

Pese a que quería ayudarle con el armario me di cuenta de que él solito lo hacía mejor y que yo no era más que un estorbo, así que me quité de en medio y le dejé hacer. Dani era más fuerte de lo que yo creía, y sin duda, eso no era bueno para mí.

Quise decirle que me diese herramientas para la silla, pero estaba segura de que me costaría caro, así que me limité a colocar mis libros de nuevo sobre el escritorio que ya había puesto del derecho yo solita.

Dani volvió un minuto después, sin decir una palabra, y volvió a atornillar la silla en su lugar correcto.

—Eso es de regalo, en plan de buena fe —me dijo, antes de salir de nuevo.

Si pensaba que por arreglarme la silla me iba a olvidar de aquello iba listo. Dani iba a enterarse de que no podía jugar conmigo. Encontraría la forma de devolvérselo. La guerra no había hecho más que empezar y yo no iba a perderla pese a que tuviese que lavarle la ropa interior cuatro veces.

Novatada a la pringada

Halloween siempre había sido una de mis fiestas favoritas, junto con la navidad. Sin embargo, aquel año pintaba de pesadilla.

Tamy y yo solíamos pasarnos dos meses eligiendo disfraces, pero en la peor época de mi vida ninguna de las dos nos habíamos acordado. Mi amiga había sugerido elegir entre los restos de otros años, pero yo no pensaba ir a casa de mis padres a por mis viejos disfraces. No había ido a verlos desde que me mudé y si iba para eso seguro que les sentaba mal. Y Tamy había decidido guardar en el trastero de sus propios padres la mayoría de sus disfraces. Así que las opciones de ese año eran pésimas...

El viernes aún no teníamos disfraz y esa noche era la fiesta en casa del amigo de Cooper. Tamy se había mostrado encantada cuando se lo dije y no había dejado de parlotear de ello desde entonces.

—¡Lo tengo! —Me sobresaltó el grito de mi amiga al entrar al café dónde trabajaba, a primera hora.

Todas mis compañeras iban disfrazadas de forma muy conjuntada de los Village People, pero no habían tenido a bien informarme para que no fuese la única con el uniforme habitual. El jefe me había preguntado en un gruñido qué por qué no iba disfrazada, como si alguien me hubiese dicho que tenía que hacerlo...

—¿Qué tienes? —pregunté, señalando una mesa para que se sentase.

Esperó pacientemente mientras iba a por una taza y servía su café, y eso en Tamy era todo un logro. Luego movió ante mí la bolsa negra que llevaba en la mano.

—Irás de animadora. —Sacó el traje mientras lo decía.

—Eso no es un disfraz, es tu antiguo uniforme... —me reí, negando con la cabeza.

—Lo sé, pero te quedará genial. Te pondremos sangre falsa por el cuello e irás de animadora a la que ha mordido Robert Pattinson.

—¿Y tú de que irás? —pregunté mordiéndome el labio, me parecía un disfraz pésimo, pero Tamy se tomaba muy mal las críticas.

—De hada. —Se encogió de hombros.

—¡¿Te pago por hablar, chica sin disfraz?! —Me sobresaltó la voz de mi jefe

justo detrás. Salté en el sitio y estuve a punto de tirar la cafetera que aún tenía en la mano.

No le respondí, puse los ojos en blanco, todavía dándole la espalda y seguí trabajando. Tamy me dirigió una mirada de lástima y supliqué en silencio porque no hiciera ninguna locura de las suyas, como gritar al jefe que no me hablase así...

Ni mis compañeras ni mi queridísimo jefe dejaron de lanzarme pullas por no ir disfrazada en lo que quedaba de desayunos, que por suerte no era mucho. Al ir a la taquilla a por mi ropa la puerta de esta se quedó enganchada y cuando tiré con fuerza algo me explotó en toda la cara.

—¡Novatada a la que no va disfrazada! —gritó una de mis compañeras, ni siquiera supe cual de ellas era.

Me pasé la mano por los ojos para poder ver el estropicio. Toda mi ropa y el uniforme estaban manchados de lo que me pareció que era keptchup mezclado con otros tipos de salsas.

Me quedé allí un rato, mirando todo eso, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué había hecho yo para merecer aquello? Mi aspecto no era mucho mejor cuando me miré al espejo. Tenía el pelo cubierto de esa cosa, al igual que la cara.

Me limpié lo mejor que pude y me lavé el pelo en el grifo que usábamos para llenar los cubos de la fregona, pero no había nada que hacer con la ropa. Una idea se cruzó por mi cabeza, pero era aún más pésima que la de Tamy...

Sabía que si me quedaba llorando en el vestuario, les daría a mis compañeras justo lo que querían. Así que salí con toda la dignidad que pude reunir, con la cabeza muy alta y el pelo mojado recogido en una coleta. Cogí la bolsa negra de Tamy, que me gritó algo sorprendida sobre mi ropa y volví al vestuario.

Me puse el uniforme de animadora, asegurándome de no mirarme al espejo, si lo hacía no me atrevería a salir así. Era un traje muy clásico, rojo y blanco, con minifalda y top ajustado de manga larga. A Tamy no se le había ocurrido meter medias, así que me iba a helar, pero debía tratar de conservar toda la dignidad que me quedaba, que no era mucha.

Metí toda mi ropa sucia en la bolsa dónde antes iba el uniforme y salí de allí. Como sospechaba mi mejor amiga había estallado y le gritaba a una de las camareras algo sobre tratar mal a la gente. No es que Tamy no hubiese hecho cosas similares a compañeras de clase en el instituto, pero supuse que era diferente cuando estabas en el otro lado.

—Vamos. —Tiré de la mano de mi amiga para salir de allí.

Me llevó en coche a clase, y no dejó de hablar en todo el camino sobre la

gentuza que nos rodeaba. Yo no podía más que mirarla y sonreír.



El resto del día fue horrible.

Es duro ser una animadora de mentira en Halloween. Pasé las clases disfrazada, y fui la única, salvo por ese chico raro que se sentaba siempre en última fila y jugaba a videojuegos en lugar de tomar apuntes. Él iba disfrazado de perro de peluche y en el pecho llevaba colgado un cartel en el que ofrecía abrazos gratis.

Volví al trabajo después de clase como siempre y lo hice vestida de animadora. No me atreví a abrir la taquilla esta vez, porque no quería tener que servir las mesas desnuda.

Había clientes disfrazados por allí, pero mi disfraz parecía hacer mucha gracia y provocaba que algunos alumnos más «curiosos» apoyasen la mano en mi muslo o se asomasen debajo de mi falda. Incluso un par se hicieron *selfies* a traición conmigo, o me fotografiaron descaradamente.

Salí dos horas más tarde de lo que debería de aquel infierno, ¿he dicho ya que no me han pagado ni una hora extra en el mes que llevaba allí?

Estaba deseando llegar a casa, aún con la bolsa de mi ropa sucia que me daba ganas de vomitar en la mano. Pero encontrarme a Dani tirado en el sofá, como siempre, supe que no haría que mi día mejorase.

La vida nos lleva por caminos misteriosos

—Tienes que ser mi novio —le ordené más que pedir a Dani, plantándome delante de su videojuego de zombis.

—¿Qué? —se rió, alzando una ceja en mi dirección.

Vale, supongo que pensáis que he pedido la cabeza. Él también lo pensó, creo, pero tengo una muy buena razón. Y como siempre, Dani fue el culpable de ello.

Todo empezó, o al menos desde dónde yo sé, el Halloween que pasé disfrazada de animadora. Tuve un día desastroso por culpa del dichoso disfraz y de mis compañeras de trabajo, y Dani no consiguió que fuese mejor al llegar a casa.

—Toma. —Lanzó una bolsa de tela a mis pies—. Es mi ropa, para que hagas la colada —me explicó.

—¿Ves la pinta que tengo? Tengo que ducharme y salir. No tengo tiempo de tus caprichos —me quejé.

—¿Qué pinta tienes? —Alzó una ceja de forma que me pareció despectiva incluso.

—Voy disfrazada de animadora —recalqué, señalando mi ropa.

—Ah, pensé que serías animadora de verdad, te pega. —Se encogió de hombros indiferente.

—Pues te equivocas —resoplé—. Voy disfrazada porque... Bueno, no tengo por qué darte explicaciones.

Contarle como me habían humillado mis compañeras de curro no me pareció buena idea. Estaba segura de que si Dani conocía a esas zorras harían *team* en mi contra.

—Si no quieres hacerlo no pasa nada. —Se dio la vuelta sin más. Pensé (¡ingenua de mí!) que de verdad se olvidaría de esa estupidez, pero fue directo a mi habitación.

—¿Qué haces? —Le paré lanzándome casi como si fuera a placarle y sujetando su brazo.

—Dar la vuelta a tu armario. —Me guiñó un ojo prepotente.

—¡Agh! —me quejé—. Haré tu estúpida colada, ¿me darás dinero al menos? —resoplé—. ¿O también tengo que pagarlo yo?

—Es un privilegio que puedas ver mi ropa interior, claro que tienes que pagarlo tú.

—Eres... —No encontré palabras que le definieran, así que me di la vuelta, cogí mi bolso, su ropa sucia, mi propia ropa sucia y salí a hacer la colada.

La lavandería estaba realmente cerca del piso, por suerte, aunque no me libré de un par de comentarios obscenos por el camino y de que una señora me dijese algo sobre llevar ropa inapropiada por donde paseaban menores. Parecía que la gente nunca había visto a una animadora de veinte años con el traje de una de dieciséis...

Dentro del establecimiento, había un par de personas, pero los ignoré a todos y me dirigí a una de las lavadoras.

Si entonces yo hubiera sabido lo que estaba haciendo Dani mientras yo lavaba sus camisetas de superhéroes jamás habría accedido aquello. Pero no podía saberlo...

—Perdona —me llamó la atención una voz masculina a mi espalda.

—Puedes burlarte o hacerme fotos si te da la gana, pero no me toques —pedí con el tono más borde que pude poner.

No es que yo fuese una creída ni nada parecido, pero llevaba un día realmente horrible.

—Solo iba a decirte que eso es la secadora.

Me giré para mirarle, con las mejillas ardiendo por la vergüenza. El chico en cuestión me dirigió una sonrisa divertida. Llevaba una chapa que le identificaba como Dave, por lo que deduje que trabajaba allí.

—Lo siento —Agaché la mirada, ¿mi día aún podía ir a peor?

—¿Te has quedado sin ropa limpia y has tirado del baúl de los recuerdos? —bromeó, señalando mi uniforme, no pude evitar reírme.

—Algo así.

Volví a mi tarea después de eso, saqué la ropa de la secadora para meterla en la lavadora de al lado, y entonces me di cuenta de que no tenía jabón ni nada que se le pareciese.

—Te lo cambio por tu número de teléfono —sugirió Dave, enseñándome una pastilla de la lavadora mientras se apoyaba sobre ésta.

—¿Fetichismo por las animadoras? —Fruñí el ceño un poco, pero no pude ocultar una sonrisilla.

Era un tipo guapo, no muy alto y delgado, con la cabeza rapada y barba negra de un par de días. Parecía algo mayor que yo, pero estaba segura de que no tenía más de treinta.

—Oh, sí —se rió—. Pero puedes darme un número falso, si lo prefieres.

—Mi reino por jabón para lavar la ropa de mi molesto compañero de piso.
—Me encogí de hombros fingiendo resignación.

—¿Tienes un compañero de piso de diez años? —bromeó, señalando un par de camisetas de superhéroe que tenía en la mano aún.

—Ocho, pero mentales. —Me metí con Dani, poniendo mala cara y ganándome una carcajada de Dave.

—Apunto. —Sacó su móvil tras meter la pastilla en la lavadora.

Le di mi número mientras acababa de meter la ropa y él la encendió por mí. Luego nos sentamos a esperar en unas incómodas sillas que había junto a las máquinas.

Dave me contó que él era el dueño de aquello, al parecer siempre había querido una tienda de animales, porque los adoraba, pero las cosas de la vida le habían llevado hasta allí.

Yo le conté que estudiaba derecho y él fingió decepcionarse porque no fuese una animadora de verdad. Me hizo reír a carcajadas y cuando me preguntó el motivo de mi ropa y se lo expliqué, se indignó con mis compañeras de trabajo.

Fue una colada realmente agradable, y me dije que quizá lavarle tres veces más la ropa a Dani no fuese tan malo si podía pasar el rato allí con Dave.

Claro que si hubiera sabido lo que estaba haciendo Dani en ese momento no habría sido capaz de reírme. Estaba segura de que mi compañero de piso era algún tipo de venganza de alguien que me odiaba mucho, no podía estar en mi vida por casualidad.

Número uno en tendencias

¿Por dónde iba? Oh, sí: yo entrando al salón, interrumpiendo la partida de zombis de Dani y obligándole a ser mi novio.

Mi insoportable compañero de piso ya había puesto en marcha los engranajes de la maquinaria que nos llevaría a esa situación, pero yo (¡inocente de mí!) aún no lo sabía.

Volví con su ropa limpia y seca, perfectamente doblada en la bolsa y mi propia ropa en la otra mano, la bolsa manchada de salsas la tiré. Dejé la ropa con cuidado sobre el sofá, aunque él no estaba por allí, por supuesto que no, se había escondido para hacer sus «fechorías».

—¡Dani, tu ropa está en el sofá! —le grité.

Tamy me había llamado mientras acababa de doblar la ropa, con ayuda de Dave, para decirme que ya estaba abajo, así que no tenía tiempo de cambiarme ni ducharme.

Dani salió de su habitación abrochándose un largo abrigo blanco. Se subió la capucha después y me miró con una sonrisa satisfecha.

—¿De qué vas disfrazado? —Fruncí el ceño.

—De *Assassins*... —Agitó las manos, señalándose, como si fuera obvio.

—¿De qué? —dudé.

Sacó un videojuego de la estantería que tenía repleta a un lado y me lo enseñó, iba vestido como el tío de la portada.

—*Assassins Creed* —dijo, como si eso me aclarase algo.

—¿No puedes ir de algo normal? —me reí de él.

—¿Cómo de animadora? —fue su turno de burlarse—. ¿O de capitán del equipo de fútbol?

—Por ejemplo —acepté, dejando mi bolso y recogiendo uno más pequeño, más apropiado para una fiesta—. Me voy.

—Si un capullo vuelve a dejarte tirada puedes llamarme, te he guardado mi móvil en la memoria como: compañero de piso buenorro.

Revisé mi agenda, no me lo creía, estaba segura de que solo estaba tomándome el pelo, como siempre, pero no solo eso: lo había memorizado como teléfono en caso de emergencia, borrando de ahí el de mi madre.

—¿Cuándo has cogido mi móvil? —aluciné, y no para bien. ¿Qué clase de

intimidad tenía con ese hombre? ¿Cogía mis cosas a menudo?

—Un mago nunca revela sus trucos, *Princesa Peach* —se burló.

—Creía que eras un *Assassins*...

Tamy me llamó de nuevo, supuse que no estaba acostumbrada a que yo la hiciese esperar a ella, así que descolgué para asegurarle que ya bajaba y salí corriendo escaleras abajo.

Mi amiga me lanzó una mirada malhumorada cuando llegué hasta el coche, pero condujo a la casa de la fiesta sin decir nada. Y allí, pues nos mimetizamos con el ambiente.

—Siempre he querido que una animadora me la chupase —me dijo un *cowboy*, cuando nos acercamos a la mesa de las bebidas.

—Pues sigue esperando, asqueroso —le cortó Tamy pasándome un brazo protector por la cintura.

—¿Qué les pasa a los tipos hoy en día? —me quejé, llenando un vaso de plástico de whisky.

—Siempre han sido así, cariño —se rió mi amiga.

Me bebí el vaso de un trago y me llené otro, mientras Tamy me acercaba su propio vaso para que se lo llenase también.

—¿Nos estamos haciendo mayores, Tamy?

—Deja de pensar y vamos a bailar.

Tiró de mi mano para arrastrarme al centro del salón, donde todos saltaban casi al ritmo de la música.

—No quiero bailar.

—Eres una animadora, tienes que bailar —se metió conmigo.

Me dejé arrastrar, porque sabía que Tamy se saldría con la suya de una forma u otra. ¿Acaso no iba yo vestida de esa forma ridícula por ella? Sin embargo, mi querida amiga, llevaba un traje perfecto de hada, precioso, que le sentaba tan bien que me daban ganas de llorar.

Al tercer whisky empecé a sentirme mucho mejor, la habitación daba vueltas y yo sentía que flotaba.

—Por eso tengo que buscar la forma de vengarme de él, Tamy —le explicaba a mi amiga hada—. Vale, Dave era agradable, pero puedo verle sin necesidad de lavar la ropa interior de Dani.

—¿De que hablas? —Mi amiga parecía afectada por el alcohol, tanto como yo, supuse.

Me di cuenta de que había metido la pata, no había contado a Tamy nada de Dani para que no se preocupase. Sabía que si se lo contaba acabaría

obligándome a mudarme con ella, lo cual no sería mala idea, si no fuera porque compartía piso con su hermano. ¿He dicho ya que salí durante todo el instituto con el hermano de mi mejor amiga? En cualquier caso, eso es otra historia. Os estaba contando el motivo por el que quería obligar a Dani a ser mi novio.

Le vi entonces, entre la multitud, cerca de la mesa de las bebidas, dónde Tamy solo me dejaba ir a por bebida, porque decía que era de pringados quedarse cerca. Hubiese reconocido su estúpida chaqueta de «*Assassins*» donde fuera.

—Voy a por una copa —le dije a mi amiga, acabándome mi vaso de un trago para justificarlo.

Me moví haciendo eses entre la gente, sin separar la vista de la espalda de Dani. Tuve que apartar a una calabaza de mi camino, y me choqué contra una bruja verde, pero logré mi objetivo, apoyar la mano en el hombro de Dani.

—¿De qué mierda vas? ¿Ahora me sigues, pervertido? —le acusé.

Se giró para encararme, y entonces me di cuenta de mi error, aquel no era Dani. Era un chaval de unos quince años, que me miró entre desconcertado y asustado.

—¿Te follas a esa animadora fracasada? —preguntó una chica disfrazada con un traje de colegiala que había estado hablando con el *Assassins*. Yo ni siquiera había reparado en ella, centrada como estaba en «Dani».

—Claro que no, cariño, no sé quien es... —Me lanzó una mirada «*assessina*» antes de tratar de arreglarlo con la chica, pero la colegiala no quería arreglarlo.

Se lanzó sobre mí con las manos convertidas en peligrosas garras que se dirigieron a atrapar mi pelo. Todo pasó demasiado rápido entonces. Traté de esquivarla, poniéndome las manos delante de la cara. Alguien gritó algo y la colegiala me atrapó.

Sentí sus manos tirando de mi pelo en todas direcciones, así que traté de hacer lo mismo con ella, intentando arañarle la cara en un intento desesperado de liberarme.

Alguien nos separó cuando sentí sus uñas arañar la piel de la mejilla. Ante mi sorpresa ella tenía también un arañazo en la frente. Me alegré de haber acertado al menos.

—¿Qué pasa, Kath? —Reconocí al dueño de la voz y los brazos que me sujetaban: era Cooper. No le había visto en toda la noche. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

—Nada —mentí, pasándome la mano por los arañazos que me sangraban y

picaban.

La otra chica, a la que sujetaban entre dos tíos, seguía peleando para alcanzarme, pero yo me dejé llevar fuera por Cooper. Me di cuenta entonces de que todo el mundo estaba en corrillo a nuestro alrededor, grabando con sus móviles.

Nuestro video aún está Internet, supongo que una colegiala y una animadora no se pegan todos los días.

¿Qué pasa? Sé que esto no explica lo de Dani, yo y ser novios, pero es necesario, porque el cabreo con la colegiala me llevó a mi siguiente estupidez: vengarme de Dani por su colada.

La gota que colmó el vaso

Cooper se ofreció a llevarme a casa y estaba a punto de decirle que sí, cuando apareció Tamy. Jamás me había alegrado menos de ver a mi amiga, que iba quejándose de los niños insolentes que se creían con derecho a acercarse a nosotras.

—¿Nos vemos el lunes en la biblioteca? —me ofreció Cooper entonces, al darse cuenta de que Tamy nos *separaría*.

Acepté con una sonrisa y me monté en silencio en el coche de mi amiga, que siguió despotricando sobre adolescentes. No quise decirle, ni tampoco a Cooper, que había sido bastante culpa mía todo. Quiero decir, ella no tenía por qué pegarme, pero yo podía haberme asegurado de que era Dani antes de acusarle de nada...

Aproveché la vuelta en coche para hacer un recuento de mi patético día disfrazada de animadora. Ni siquiera había sido animadora de verdad en el instituto, Tamy sí, por supuesto, pero a mí no me habían cogido porque no tenía ningún tipo de coordinación para bailar.

Claro que en el recuento de mi día no tuve en cuenta aquella fatídica llamada de teléfono que Dani había respondido en mi nombre... Pero me estoy adelantando.

Mi amiga quiso seguir la fiesta por otro lado, pero la convencí de que no me encontraba bien y me dejó en casa. Ninguno de mis compañeros de piso estaban cuando llegué y me sentí como una pringada por llegar antes que ellos.

Me senté en el sofá e hice zapping esperando a que se me pasara la borrachera, no duermo borracha, ¿recordáis? Total, estaba allí cuando Marla entró tirando de la mano de un chico rubio que parecía intimidado por ella.

—Buenas noches —saludé, y ella pareció casi sobresaltarse.

—Joder, se va Dani fuera y ocupas su lugar —se rió.

—¿Se ha ido? —Fruncí el ceño, y luego me di cuenta de que había preguntado por ese insoportable.

—No te ilusiones, vuelve mañana.

«Vuelve mañana» esas dos simples palabras se estuvieron repitiendo en mi cabeza mientras veía a una «bruja» echar las cartas del tarot a gente aún más desgraciada que yo, o al menos tanto como yo.

«Vuelve mañana», el cabecero de Marla rechinaba contra la pared. «Vuelve mañana».

Una banda sonora épica con la que me había despertado Dani una mañana sonó dentro de mi cabeza. Tenía toda la noche para hacer aquello y él se lo merecía. Sin duda.

Ahora que sé lo que hizo mientras yo no estaba, creo que se lo merece aún más, pero en ese momento me pareció una idea genial. La mejor que había tenido en muchos días.

Follow!

Por algún motivo vengarme de Dani siempre hacía que durmiese muy bien. Pero no me levanté nada bien a la mañana siguiente.

Me despertó un ruido chirriante, como uñas arañando una pizarra y cosas igual de disonantes y cacofónicas.

Me tapé los oídos y salí de la cama para encontrarme a Dani con unos altavoces enchufados a su ordenador. Se había tumbado en el sofá y parecía realmente cabreado, llevaba solo unos pantalones cortos y tenía los brazos cruzados sobre su pecho tatuado.

—¿Qué es ese ruido? —me quejé.

—¿Te molesta? —Me dirigió una sonrisa fría, demasiado tranquila.

—¡Dani, joder! —Marla salió gritando de su habitación.

—No soy yo, son mis cedés llorando por no estar en su caja —aseguró con demasiada tranquilidad.

No pude evitar reírme y eso hizo que todo fuese peor. Supongo que esa fue la gota que colmó el vaso, lo que provocó que cuando insistí a Dani en que debía ser mi novio me dijese que no, pero de nuevo me estoy adelantando.

—¿Te hace gracia? —Se levantó muy despacio hasta pararse delante de mí. Y de nuevo fui consciente de lo alto que era.

—No, señor —Miré al suelo y me mordí los labios para contener una nueva carcajada.

Vale, sí que me hacía gracia. Me había costado prácticamente toda la noche, pero había cambiado todos los juegos, películas y bandas sonoras de Dani de cajas, supuse que él tardaría el doble de tiempo en volver a organizar todo, había sido muy imaginativa. No había dejado ni un disco en su embalaje original.

—No sabes lo que se te viene encima, niñata —me amenazó.

Y vale, no podía imaginármelo. Si en ese momento me hubiera dicho que le «obligaría» a salir conmigo, me habría reído aún más.

—¿Darás la vuelta a mi armario, Dani? —Volví a reírme y quizá ahí me pasé. Otra vez—. ¡Qué poco imaginativo!

—¿Quieres imaginación? —resopló—. No sabes con quien estás jugando.

—Claro que no, *Virus*. —No, sin duda esa fue la gota que colmó el vaso. Usar su mote de videojuegos para reírme de él.

Me sentí mal tras hacerlo, porque había sido el único momento amable que había habido entre nosotros y yo acababa de escupírselo a la cara. Supuse que era un mal camino para conseguir que fuese mi novio, pero claro, yo no sabía que querría obligarle a serlo en menos de veinticuatro horas.

—Ojalá nunca te hubieras mudado aquí —me dijo, recogió su ropa del sofá y salió de casa todavía con el pantalón corto de pijama puesto.

—Te has pasado, tía —me regañó Marla, antes de volver a su habitación, dónde se asomaba el mismo chico despeinado de la noche anterior.

¿Por qué yo era la mala? ¿Dani me había fastidiado desde el primer día! ¿De verdad yo me había pasado de la raya? Ni siquiera sabía que existía una raya. ¿Debía controlarme? ¿Él lo hacía?

Sopese mis opciones. Podía haber recolocado todos sus juegos, o podía ducharme e irme a ver a mis padres. Ojalá hubiera elegido la primera, entonces no tendría que haber suplicado a mi insoportable compañero de piso que saliese conmigo.

Sí, quiero

¿Recordáis este momento?:

—*Tienes que ser mi novio.*

—¿Qué?

Yo jamás podré olvidarlo, pero no lo sabía mientras estudiaba en el tren de camino a casa de mis padres. Una señora realmente obesa se había sentado a mi lado en el estrecho e incómodo asiento, y yo iba aplastada contra el cristal, tratando de leer sobre leyes. Frente a mí estaban los dos hijos de la señora de unos seis años, y no dejaban de mirarme, patearme y hablar a voces, aunque ella los ignoraba completamente sumergida en la lectura de un libro con una portada muy gráfica.

En ese momento pensé que mi día ya solo podía ir a mejor. Mi madre me daría galletas caseras, mi hermano me regalaría algún dibujo horrible que hubiese pintado y mi padre se sentaría conmigo a charlar. Todo iría genial.

¡Qué equivocada estaba!

El viaje de dos horas me pareció el doble de largo de lo normal y llegué con el labio despellejado de mordérmelo para no gritar a esos críos. Pero todo merecería la pena por llegar a casa.

¿He dicho ya que me equivocaba?

Llamé al timbre al llegar, porque desde que vivía fuera me hacía sentir un poco rara entrar con mi llave. Como una invasión de la intimidad de mi familia. Fue mi madre la que abrió la puerta, con su delantal favorito y una sonrisa de oreja a oreja.

—Kathy, cariño. —Me abrazó, y yo me dejé embriagar por su cariño y el olor a masa de galleta—. ¿Qué te ha pasado? —Me acarició el araño de la mejilla cuando se separó de mí.

—La fiesta de Halloween. —Puse mala cara—. No es nada.

—Vamos, pasa, no te quedes ahí —me dijo, como si no hubiera estado obstruyendo la puerta.

—¿Y papá y el enano? —Busqué con la vista por el salón mientras mi madre me arrastraba hasta la cocina.

—Arriba, ahora tu hermano está en esa fase rebelde... —Fue su turno de poner mala cara—. Así que tenemos que vigilarle mientras hace la habitación y

se lava los dientes...

—Oh. —Acepté una galleta que me pasó mi madre—. ¿No es muy joven para esa fase rebelde? —pregunté finalmente.

—No lo sé, cariño, nosotros ya habíamos perdido práctica con eso —bromeó ella.

Mi padre y mi hermano bajaron cuando iba por la segunda galleta y le estaba contando a mi madre lo bien que me iba en el trabajo y los estudios. Me abracé a ellos como rato antes había hecho con mi madre.

Mi padre me preguntó también por los arañazos y no le valió una excusa tan vaga como a mi madre, así que le expliqué que me había metido a separar a dos chicas que se estaban pegando. Solo esperaba que no abriesen *Youtube* porque éramos tendencia.

Y entonces pasó:

—¿No tienes nada más que contarnos? —Mi madre me dirigió esa sonrisilla que ponía cuando sabía algo, pero quería que yo se lo contase. Como cuando había sacado la nota necesaria para entrar en derecho o encontré mi primer trabajo.

—No, que yo sepa. —Busqué a mi padre con la mirada, que estaba mortalmente serio. Jaime comía galletas de forma distraída.

¿Qué noticia podía entusiasmar a mi madre, cabrear a mi padre y dejar indiferente a mi hermano?

—¡Oh, venga! Ayer hablé con tu novio un buen rato, me pareció un chico encantador.

¿Veis? Dani no tenía derecho a rechazarme, porque al parecer ya era «mi novio», aunque en ese momento no entendí que hablaba de él.

—¿Con quién hablaste, mamá? —dudé.

—Con Dani, tonta —se rió—. ¿Tienes más novios?

—No sabía ni que tenía uno —murmuré, aunque ninguno de ellos me oyó.

—¿Cómo es? —interrogó mi madre—. ¿Es simpático? ¿Guapo?

—¿Estás viviendo con tu novio, Katherine? —Mi padre parecía mucho menos feliz con la idea que mi madre.

—No, yo... —iba a explicárselo, pero mi hermano me interrumpió.

—Papá cree que será un capullo como Rick.

—Cállate, Jaime —le regañó mi madre—. No creemos que sea un capullo, cariño, queremos conocerlo.

—Eso no va a ser posible, mamá...

—Estás creciendo tan rápido —me interrumpió de nuevo, y casi resoplé por

la frustración—. Papá y yo hemos pensado... —Mi padre carraspeó, pero eso no desanimó a mi madre—. Bueno, sé que era una sorpresa, cariño, pero quiero decírselo. —Dio un gritito emocionada—. Si vas en serio con Dani, y es buen chico, te regalaremos un coche para navidades.

—¿Qué?

Vale, llevaba pidiendo un coche hacía más de un año. ¿Dani me iba a conseguir un coche? Sí, quiero. Lo nuestro iba en serio.

—Pero primero queremos conocerle —aclaró mi padre.

—Bueno, está muy ocupado con la carrera... —intenté escaquearme.

—¿Qué estudia? —preguntó mi madre.

¿Qué estudiaba Dani? Nunca me había molestado en preguntarle. Ni siquiera sabía si trabajaba o de dónde sacaba el dinero para el piso y el coche.

—¿Y qué te contó él? —Traté de cambiar de tema de una forma poco sutil.

—Nada, cariño ¿qué quieres que me cuente? Llamé a tu piso porque tú nunca llamas y respondió él, me dijo que tú estabas haciendo la colada. Me chocó un poco que me respondiera un chico y le pregunté. Me dijo que era tu novio y que estabais viviendo juntos porque, bueno, cobras poco como camarera y él te está ayudando... ¿Necesitas dinero, cariño?

—No, estoy bien. —Apreté los dientes con fuerza, al parecer mi novio *Dani* me ayudaba económicamente. Iba a matarlo.

—Genial, le conoceremos en la boda del primo Hugo y tendrás tu coche para navidad.

Ni siquiera recordaba cuando era la boda del primo Hugo, pero mi madre tuvo la bondad de recordarme que era en dos semanas. Apenas pude hablar después de aquello, no hacía más que darle vueltas a todo.

¿Qué habría dicho Dani a mi madre? ¿Cómo iba a conseguir mi coche? ¿De verdad tenía que ir a la boda de un primo con el que apenas tenía trato y que me caía fatal?

La novia de Dani

Así que ahí estaba, plantada delante del televisor de Dani, impidiéndole jugar y obligándolo a ser mi «novio». No mencioné el coche, nunca lo haría, pero sinceramente, no esperaba un no tan rotundo.

—No —respondió, inclinándose un poco en un intento de ver la pantalla.

—¿Cómo que no? —me quejé—. Tú le has dicho a mi madre que salíamos juntos, ahora apechuga.

—¿Tan desesperada estás, *Princesa Peach*? —se burló.

—¡Sí! Si no, no estaría suplicándote —resoplé.

—Uno, que supliques no es sexi, es bastante patético. —Alzó los dedos como apoyo visual—. Dos, tu madre estaba deseosa de creer que yo era tu novio, apenas me dejó hablar. —Vale, eso me lo creía de mi madre—. Y tres, no me dejas ver la televisión.

—Dani, le dará un infarto si le digo que era mentira. Su corazón es frágil, se moriría si pensase que me has dejado o algo así... —lo intenté.

—Lo habría hecho, pero tuviste que tocar todos mis videojuegos... Y eso no te lo perdonaré, *Manuela Carmena* —aseguró. Yo le miré sin entenderle—. Y ahora quita de delante de la televisión o llamaré a tu madre y le diré que me pagaste para que dijera que era tu novio.

—Vale, te pagaré. —Me pareció una genial idea, aunque imposible con mi mierda de sueldo—. Te haré la colada un año.

—No, Katherine, no me caes bien, no quiero ayudarte.

—¡Eres odioso! —me quejé, pataleando un poco. Sí, Dani tenía el superpoder de sacarme de mis casillas—. ¡Quedan quince días, Dani! —Le señalé con un dedo acusador—. Cambia de idea antes de ese día, o te juro que... Bueno, no sé qué, pero te arrepentirás.

—¡Qué miedo! —se rió a carcajadas.

Y supe que no iba a ceder. Resoplé y me fui de allí, dando un portazo. Debía buscar un plan b, porque no podía confiar en Dani para nada. Ni aunque accediese a ir, nada me garantizaba que no fuese a cagarla una vez allí.

Quizá podía buscar un sustituto y hacerle pasar por Dani. Solo tenía que buscar a alguien que se llamase igual o que estuviera dispuesto a fingir que ese era su nombre. ¿Qué podía salir mal?

Spoiler: todo.



—¿Te comprarán el coche?! —chilló emocionada Tamy cuando se lo conté en el trabajo después de que salí de clase. Ella no había aparecido por allí.

Hice unos gestos poco discretos porque el resto de clientes de la cafetería se giró hacia ella, con curiosidad mal disimulada.

—¿Has oído la parte dónde mis padres quieren conocer a mi novio Dani? —susurré para que los curiosos dejaran de mirarnos

—¿Y qué? Será por chicos...

—¿Qué se llamen Dani?

—¡Vale, un minuto de atención, por favor! —gritó mi amiga. Yo quise esconderme tras la barra—. Buscamos a un chico llamado Dani, ¿hay alguno aquí?

Un chaval al fondo de la barra levantó la mano tímidamente, estaba segura de que no se llamaba Dani, pero que había escuchado toda nuestra conversación.

—No, no nos vales —lo desestimó mi amiga—. Eres demasiado feo, buscamos a un tío bueno, lo siento.

—¡Tamy! —la regañé horrorizada.

—La has cagado, pringada —se burló una de mis compañeras acercándose a la barra para recoger una cafetera llena.

—Bueno, pues no es por feo, es que parece que tiene quince años, no nos vale —insistió Tamy.

—¿Por qué no nos vemos mañana? —Empujé a mi amiga sin ningún disimulo para que se alejase de la barra.

—Iré a clase si tengo energía, la resaca aún me dura. —Se encogió de hombros antes de salir de allí. No había ido a clase ese día por la «resaca» de *Halloween*. Ojalá mi vida fuera tan sencilla.

Esperé hasta que Tamy salió de la cafetería para acercarme al que denominé como «Dani de pega». Rellené su taza de café y le dirigí mi mejor sonrisa inocente.

—Mi amiga está mal de la cabeza, no la tengas en cuenta.

—¿Me llevarás a esa fiesta entonces? —confirmó mis sospechas de que nos había escuchado. Tamy tenía un amplificador incorporado en la garganta.

—No creo que sea buena idea —negué tratando de sonar amable.

—Al menos, ¿puedes fingir ser mi novia delante de mis amigos? —Supuse que habíamos sembrado una idea peligrosa en él.

—Tampoco creo que sea buena idea, Dani... —Mi jefe apareció entonces seguido de una de mis compañeras, traía la cara roja de furia y la nariz hinchada por la ira—. Pero lo haré —aclaré, antes de que llegase Frank.

—¿Has insultado a este chico? —me preguntó en un susurro alto mi jefe, parecía tener serios problemas para controlar su ira. Y de nuevo todo el mundo me miraba.

—¡Qué va! Es la camarera más amable del mundo —me defendió «Dani de pega». Ah, si el Dani de verdad fuese igual de fácil, yo ya tendría coche asegurado.

—¿Y tú por qué me haces perder el tiempo? —se giró furioso hacia la otra camarera, que se encogió un poco en el sitio.

Me sentí genial porque por una vez volcase su furia en ella. La vida estaba hecha de pequeñas victorias.

Tíos con uniforme

Tamborileé con el bolígrafo sobre los apuntes, sin conseguir acabar de leer ni una frase. No había vuelto a ver a Cooper en toda la semana, y era mi mejor plan después de obligar a Dani, al de verdad, a salir conmigo.

Sabía que no sería capaz de pedirle que aparentase llamarse de otra forma, me moriría de vergüenza antes de poderle explicar mi relación con Dani, pero Tamy había sugerido que fingiese que mi madre lo había entendido mal.

Era una tontería de plan, estaba segura de ello. Yo diría:

—Mamá, él es mi novio, Cooper.

Y entonces ella diría:

—Creía que tu novio se llamaba Dani.

Tamy había recomendado que me saliese por la tangente:

—¿Dani? No, mamá. —Insertar risa falsa—. Es Cooper.

Pero era un plan de mierda, porque no es que Cooper fuese un nombre de lo más común como para confundirlo con Dani. Y aun así era mi mejor opción, pero no le vi en toda la semana. Y ya era jueves.

Aún tenía otra semana, pero mi plan pasaba por conseguir que Cooper fuese mi novio de verdad. Porque: «ni se llama Dani, ni es mi novio», me conseguirían un coche.

Y todo era culpa de mi estúpido compañero de piso. Estaba mordiendo el bolígrafo con rabia cuando un refresco apareció en mi campo de visión. Levanté la vista con una sonrisa hacia Cooper, mientras se sentaba a mi lado.

—¿Cómo estás? —me preguntó, sujetándome la barbilla para mirarme la mejilla.

¿He dicho ya que está buenísimo? Estaba segura de que le babeé la mano en ese momento y tardé un minuto entero en entender que se refería a los arañazos de la fiesta.

—He tenido heridas peores. —Le hice un gesto para restarle importancia, y me arrepentí al instante, porque me soltó—. Pero pica un montón —mentí, acercando un poco la cara a él.

—Así aprenderás a no meterte con colegialas —bromeó, antes de abrir su portátil delante de sí.

—No te he visto en toda la semana. —Abrí el refresco para distraerme con

algo y no tener que mirarle a la cara, estaba segura de que me había sonrojado.

¿Soy patética, verdad? Durante toda mi vida, al menos toda la parte que me habían interesado los chicos, había salido con el hermano de Tamy. No tenía demasiada experiencia en aquello de ligar, siempre se acercaban los tíos a mí, y siempre soltaban cosas muy tristes que no repetiría ni borracha.

—He estado entrenando.

Le miré sorprendida, no sabía que hacía deporte, aunque si le miraba bien, parecía obvio. Tenía el cuerpo musculoso, se apreciaba incluso con la sudadera.

—¿Entrenando? —Alcé una ceja con curiosidad.

—Juego al baloncesto —explicó—. Pensé que lo sabrías, ¿no has ido a ver a tu equipo ni una vez en todo el curso? ¿Ni el pasado?

—Culpable —me reí—. Pero no por falta de interés, es que no sabía ni que teníamos equipo —me defendí malamente.

—Uf, deberíamos solucionar eso. —Rebuscó en su mochila y me tendió algo—. Mañana tenemos partido, son dos entradas, llévate a tu amiga si quieres y no hace falta que vayáis de animadoras, ya tenemos —bromeó.

—Allí estaré —prometí, guardando las entradas en mi bolso y dirigiéndole una gran sonrisa.

Por primera vez desde que había oído a mi madre hablar de Dani creí poder conseguir ese coche de verdad. Y no solo eso, Cooper estaba muy bueno, era encantador, gracioso y maduro. Todo lo contrario a Dani. Quizá lo nuestro podía funcionar de verdad.

No pude concentrarme tampoco el resto de la tarde, pero esta vez no pude borrar la sonrisa de mi cara. Tenía una cita con Cooper y pronto tendría coche. El jefe había regañado a una de mis compañeras y no a mí, y todas me habían dejado bastante en paz gracias a ello.

Y aunque a principios de semana había tenido que fingir una cita con el «Dani de pega», que resultó que sí que tenía quince años, solo fueron dos horas infernales y luego pude olvidarlo para siempre.



Tamy vino a mi casa tres horas antes del partido, me alisó el pelo y luego me obligó a probarme toda mi ropa hasta que se quedó conforme.

Pese a que Dani había prometido venganza por lo de los cedés no le dio la vuelta al armario de nuevo, aunque no me hubiese importado no tener que pasar

por las dos horas de cambio de ropa de Tamy.

Al final me puse unos vaqueros ajustados, unas botas con demasiado tacón para ir a ver un deporte y una blusa con escote muy pronunciado, que por suerte pude esconder debajo de mi chaqueta.

—No quiero maquillarme para ir a ver baloncesto —me quejé, cuando mi amiga sacó su estuche de su bolso.

—No digas tonterías, ¿quieres salir con Cooper o no?

—Está bien —resoplé finalmente, y la dejé hacer.

Y llegamos al partido justas de tiempo, cuando ya estaba sentado prácticamente todo el mundo, aunque no había ni rastro de los jugadores de nuestra universidad. Los rivales entrenaban bajo su canasta.

Nuestros asientos estaban en primera fila, justo detrás del banquillo de nuestro equipo, que también estaba vacío.

—¿Dónde está Cooper? —preguntó mi amiga—. Quiero conocerlo.

—Ya lo conoces, hablaba con él tras la fiesta de *Halloween* y me arrancaste de su lado —bromeé.

—¿Era ese? —preguntó boquiabierta.

—El mismo.

—¿Y por qué dejaste que te apartase de él? ¿Pensaba que era un acosador o algo parecido! Vale, entonces lo apruebo —aceptó, alzando ambos pulgares. Yo me limité a menear la cabeza y poner los ojos en blanco.

Nuestro equipo salió entonces de los vestuarios y hubo una gran ovación de la grada. Aplaudí como el resto, aunque era la primera vez que iba a un partido de baloncesto de verdad. Mi único contacto con ese deporte había sido ver a mi hermano jugar en la consola muchas veces y a mi padre viendo partidos por la televisión.

—Ahí está. —Le señalé con un gesto apretando el brazo de Tamy.

Me pareció que Cooper me buscaba con la mirada, y me saludó con un gesto de la mano que yo devolví.

—Adoro a los hombres con uniforme —gimió mi amiga, y no pude evitar estar de acuerdo con ella—. Espera, ¿ese no es Dani? —me preguntó de golpe.

Dudaba mucho que mi insoportable compañero de piso saliese de casa para ver deporte. Por un momento pensé que Tamy se refería al «Dani de pega», pero por más que miraba por la grada no veía a ninguno de ellos.

—No creo —dije finalmente.

—Ahí, Kath. —Me sujetó la mandíbula y dirigió mi cabeza hacia el punto que era «ahí».

Era un estadio relativamente pequeño y no había gradas detrás de las canastas, solo paredes de hormigón, así que no entendí como Dani podía estar viendo el partido desde allí. Pero entonces le vi. Sí que era mi compañero de piso, pero no estaba viendo el partido: lo iba a jugar. Llevaba el mismo uniforme que Cooper, y en ese momento le pasaba la pelota a mi compañero de biblioteca.

—No, no, no —gemí y escondí la cara tras las manos—. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte? —lloriqueé.

—No hagas eso —me regañó Tamy y la miré sin entender—. Arruinarás el maquillaje.

—Dani lo estropeará todo —me quejé—. Ya lo verás... Vayámonos de aquí —pedí a mi amiga.

—¡No! Cooper pensará que te vas por no verle a él. Aguanta, pequeña, todo saldrá bien.

Pero nada salió bien.

Una caja de sorpresas

El partido empezó poco después y Dani no dio muestras de haberme visto, cosa que agradecí. Quizá Tamy llevaba razón y todo saldría bien.

Pasé el primer cuarto en tensión, estábamos muy cerca del banquillo, por suerte no sentaron a Dani en ningún momento, pero tampoco a Cooper. Decidí esperar a que se acercase y entonces decirle que me encontraba mal y que nos veríamos al día siguiente.

Cuando el árbitro pitó el fin del primer cuarto y los dos equipos se reunieron junto a sus banquillos, Cooper me guiñó un ojo amistoso. Dani se sentó de espaldas a mí y el alivio me recorrió. No me había visto.

—No puedes dejar que ese hombre condicione tu vida, Kath —me decía Tamy.

—Claro que puedo —murmuré molesta, por suerte mi amiga no me oyó.

Ella no podía entender la pesadilla que era vivir con Dani. Estar asustada porque en cualquier momento decidiese tomarse la venganza que había prometido. Sabía que si Dani quería arruinarme mis planes con Cooper lo conseguiría.

Y no era solo por el coche. Cooper era una de las pocas personas que había sido agradable conmigo últimamente, y era guapo, simpático y divertido. El coche casi había pasado a un segundo nivel, me daría igual si no fuera porque lo necesitaba para alejarme de Dani.

Tener coche significaría poder volver a vivir con mis padres y dejar mi curro de mierda. Encontraría algo más fácil, de menos horas, algo que pagase la gasolina. Y podría alejarme de la casa de los horrores, se acabarían las venganzas.

—¡Hola! —me saludó Cooper de golpe.

Estaba tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta de que llegó hasta nosotras. Tamy solucionó mi falta de atención presentándose rápidamente.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó Cooper tras las presentaciones.

—¡Oh, sí! —mentí.

No es que me disgustase el deporte, en realidad lo habría disfrutado de no ser por lo tensa que estaba, me dolía todo el cuerpo.

—Tengo que volver —se despidió Cooper—. ¿Nos vemos después?

—Sí. —Acepté con una sonrisa idiota.

Tamy me codeó un poco y recordé mi plan de decirle que me encontraba mal, pero entonces Dani llegó hasta nosotros. Supuse que ese era el motivo real por el que mi amiga me había codeado.

Había una valla azul que nos separaba, de esas policiales que ponen para controlar el tráfico y cosas así. Pero no fue un impedimento para Dani, que apoyó las dos manos sobre esta y la pasó de un salto.

—¿Qué haces aquí, cariño? —preguntó y no entendí nada. ¿No era mi insoportable compañero de piso? ¿De qué iba aquello?

Me rodeó con sus brazos llenos de tatuajes y me pegó contra su cuerpo sudoroso por haber estado más de diez minutos corriendo sin parar. Tenía sus labios sobre los míos antes de que pudiera reaccionar.

Me gustaría poder decir que le separé de un empujón, pero no lo hice. Me limité a dejarme besar, y puede que le correspondiese un poquito a su beso cuando exploró mi boca con su lengua. Ojalá tuviera una defensa, pero no la tenía, salvo que estaba sorprendida por su «ataque».

Fue Dani el que rompió el beso, ni siquiera podía presumir de haberlo hecho yo, era muy patética. Me dirigió una sonrisa cuando se separó de mí y no me gustó, porque aún no entendía lo que estaba haciendo.

—¿Estás intentando ligar con mi chica, Cooper? —Se giró hacia mi compañero de biblioteca.

Y entonces lo entendí, mientras me abrazaba por la cintura y me pegaba a él: aquello era su venganza. Dani al fin se estaba vengando por haber tocado sus juegos.

—Eh, no. —Cooper pareció algo incómodo, hizo un gesto de despedida y volvió al campo.

—¿Qué te crees que estás haciendo, burro?! —grité a Dani, empujándolo para apartarle de mí.

—¿No me habías pedido que fuera tu novio? —Sonó tan inocente que me dieron ganas de pegarle.

—Pero no delante de Cooper, sino de mi familia. —Fruncí el ceño, porque sabía que lo había entendido perfectamente.

—¡Vaya, que fallo! —Se revolvió el pelo como por descuido.

—¿Y tú que haces jugando al baloncesto? Yo pensaba que no salías de casa... —le acusé.

—Pues ya ves, soy una caja de sorpresas... —Se encogió de hombros antes de saltar de nuevo la valla hacia el campo porque el entrenador le llamaba—.

Lástima que tú no —se burló, antes de volver con el resto.

—A la mierda el plan con Cooper. —Me dejé caer en mi asiento con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, ¿para que le has besado? —cuestionó Tamy—. Si le hubieras empujado y fingido que te acosaba seguro que Cooper le hubiese pegado... —explicó—. Tenías que ver la cara que ha puesto.

—No lo sé —reconocí—. No sé que ha pasado por mi cabeza, no puedo pensar con Dani cerca, le odio tanto... —me quejé.

—Bueno, aún no está todo perdido —me apoyó mi amiga, apretándome las manos con cariño—. Dani no estará siempre delante, cuando veas a Cooper le explicas que te acosa y no te deja en paz, que no sabías que iba a estar aquí y que tú no quieres nada con él... —sugirió Tamy y no me pareció tan mala idea.

Quizá podía convencer a Cooper de que Dani estaba loco, si lo conocía un poco se lo creería completamente.

El niñoero

Y entonces, cuando estaba lista para salir de casa camino a la boda, pasó esto:

—¿De verdad vendrás? ¿Cómo mi novio?

—Sí, Princesa Peach, pero no será gratis.

Y como aún no sé que pasó para que cambiara de idea, dejaré que Dani os lo cuente:

—Planeta Tierra llamando a *Virus*, ¿puedes fingir al menos que hay vida inteligente ahí? —se burló *CapiKiller*.

—¡Qué te jodan! —resoplé sin muchas ganas.

Pero estaba distraído, ese idiota llevaba razón en ello. Me quedé fuera de la cobertura y un enemigo me pegó un tiro que por suerte no acabó conmigo, solo me restó la mitad de la vida. *El Pequeño Destructor de Mundos* devolvió el fuego y acabó con él mientras yo trataba de cubrirme para curarme.

—¿Estás bien, princesa? —se metió de nuevo conmigo *CapiKiller*.

Salí de la cobertura y me tomé un segundo para recargar y apuntarle, mientras él buscaba a los enemigos más allá de las obras dónde nos habíamos refugiado.

—Hasta la vista, *baby* —le dije, antes de pegarle un par de tiros muy certeros en la cabeza—. Como volváis a meter a ese gilipollas en una partida no vuelvo a jugar con vosotros —amenacé a *Gandalf* y al *Pequeño Destructor de Mundos*.

Y una horda de zombis se lanzó sobre mí. No era buena idea quedarse en el sitio después de disparar, pero no me importó mucho, porque era incapaz de centrarme de verdad.

Recogí un montón de patatas fritas que había tirado por la mesa mientras jugaba y me las comí, luego di un trago a mi bebida energética que ya se había calentado. Me pitó el móvil un par de veces, con un mensaje de *Gandalf* para preguntarme si estaba bien, pero no le respondí. Me puse un juego de peleas *offline* para no pensar mucho y traté de bloquear aquella molesta parte de mi mente.

Pero aquello tampoco funcionó demasiado bien... Sabía lo que me pasaba, aunque no quería reconocerlo. Al día siguiente se cumpliría el «ultimátum» de

Katherine para ser su novio falso.

Y sabía que no se merecía que la premiase con mi presencia después de haber tocado todos mis juegos, pero quizá era verdad que yo me había pasado de la raya primero al decirle a su madre que era su novio.

Me reí al recordarlo y la IA me lanzó al suelo y me clavó la espada en un combo bestial. Ni siquiera podía considerarse que yo había hecho nada malo, ¿no? Yo había dicho que Katherine estaba haciendo la colada y su madre había sacado conclusiones precipitadas muy rápido.

Pero tal vez sí que había sido pasar una línea y quizá debía hacer algo bueno por esa niñata pesada. O quizá no debía hacer nada por ella y dejar que se las apañase sola. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Fingir ser novios toda la vida? Era una estupidez.

La máquina me machacó, así que traté de centrarme en la partida otra vez y olvidarme de Katherine. Sin duda lo mejor sería dejar que madurase y aprendiese a solucionar sus problemas solita.

Estaba haciendo el mejor combo de mi personaje a la máquina, cuando el ruido del timbre me hizo saltar en el sitio. Esperé un poco a ver si alguna de mis compañeras abría, pero ninguna salió de su cuarto. Y si lo pensaba bien, ni siquiera estaba seguro de si estaban allí. Yo había ido después de mi partido de baloncesto y no había visto a ninguna.

—¿Marla? ¿Princesa Peach? ¡El timbre! —llamé cuando volvió a sonar, pero definitivamente no debían estar en casa.

No me moví del sitio hasta que sonó por tercera vez, que me levanté malhumorado. ¿Quién tenía que molestarme en mi tarde de juego?

Una mujer rubia con un crío de unos diez años me miró casi sobresaltada desde la puerta, como si no hubiera sido ella la que taladraba el timbre con su garra.

—¿Dani? —me preguntó.

—Estoy seguro de que no es mío. —No, seguro que no, habría tenido que engendrarlo con diez u once años.

—¡Qué gracioso! —se rió ella—. Soy Amelia, la madre de Kathy —explicó—. Necesito que os quedéis con Jaime y que mañana vaya con vosotros a la boda. —Empujó al mocosito dentro del piso—. ¿No está Kathy?

—No, está trabajando.

O al menos eso creía, la verdad es que me daba igual.

—¿Te importa quedarte con él hasta que ella vuelva? —pidió—. Llevamos dos días en casa de la abuela y el pobre está desesperado de aburrimiento y

pensé que le vendría bien pasar tiempo con su hermana. Se ven tan poco desde que ella está en la universidad... —siguió hablando un buen rato, pero juro que desconecté, no podía seguir escuchando sus parloteos.

Y en algún momento me pasó una mochila y una percha con una bolsa y un traje en miniatura dentro y salió corriendo a una velocidad que habría dejado atrás a Usain. El niño... ¿Jaime? Me miró con los ojos muy abiertos y un parpadeo tímido.

—¿Te apetece un refresco, patatas fritas y un videojuego? —sugerí.

—¡Sí! —Aceptó emocionado, así que le dejé pasar y le señalé el sofá que seguía en medio del salón gracias a Katherine.

La verdad es que me gustaba más el salón así y ella me había dado la excusa perfecta para no tenerlo que colocar de nuevo.

Encontré un refresco sin cafeína en la nevera, que supuse que era de Marla y rellené un táper con patatas fritas. Cogí un nuevo *Redbull* para mí y volví al salón con Jaime.

—No tengo vasos limpios —expliqué—. Ni cuencos.

—Mola —sonrió Jaime—. ¿Juegas al baloncesto? —me preguntó, mientras yo le pasaba un mando y le conectaba a la partida.

—Sí —reconocí, porque aún llevaba la sudadera de mi equipo puesta.

Antes de que Katherine me pillase en aquel partido una semana antes había tenido toda esa ropa bien escondida, pero supuse que ya daba igual. Por un segundo, cuando la había visto allí había pensado que iba para fastidiarme lo único «socialmente aceptable» que yo hacía. Pero entonces la vi hablando con Cooper, sonriéndole como una estúpida, y había tenido que intervenir.

—Yo quería apuntarme a baloncesto, pero mi padre se empeñó en que hiciera fútbol —se quejó el niño—. ¿Sales con Kath? —Me llené la boca de patatas fritas para no tener que responder y le hice un gesto para que cogiese—. Espero que no seas un capullo como Rick —me dijo el jodido crío.

—¿Quién es Rick? —cuestioné, para no responder a su pregunta.

—Antes era el novio de Kath, y ahora de la prima Paula —explicó—. Espero que no vayan a la boda, porque Kath se pone muy triste cuando los ve. En verano los encontramos cuando me llevó a tomar un helado y se puso a llorar en el coche al volver a casa.

—¡Joder! —me lamenté.

Vale, yo podía ser un gilipollas, pero hasta a mí se me estremeció el estómago. Y Katherine podía ser una niñaata insoportable, pero no se merecía aquello. Me revolví el pelo con la mano. ¿Debía ir a esa estúpida boda?

¿A qué juegan los adultos?

Katherine llegó cuando me estaba dejando ganar por su hermano, de verdad, fue aposta, no me hizo un combo en toda la cara que me dejó boquiabierto. Si su hermana jugase así de bien las cosas serían muy diferentes entre nosotros, sin duda.

—¡Kathy! —Jaime se levantó del sofá, olvidando la partida y corriendo a abrazar a su hermana.

—¡Jaime! —Sonó sorprendida y me buscó con la mirada, me limité encogerme de hombros—. ¿Qué haces aquí?

—Mamá dijo que podía ir con vosotros —explicó.

—¡Oh, vaya! —se lamentó Katherine.

Supuse que en ese momento podía decirle que iría con ella y darle una alegría, pero no me salía ser amable con esa niñata. Quizá no me gustaba ser amable con nadie.

—Tendrás que pagarme el rato de niño —le dije, antes de meter los pies en las deportivas que tenía a un lado y recoger mi móvil y las llaves.

No podría evitar ceder si seguía mirándola a la cara, sería débil. Quizá debía recordar por qué no era buena idea juntarme con gente como ella.

Salí de casa mientras oía a Katherine preguntar a su hermano si quería cenar o algo.

La verdad es que me lo había pasado bien con el niño, sabía mucho de videojuegos y era divertido, pero no pensaba decírselo a la insoportable de su hermana.

Caminé sin rumbo fijo un buen rato, pasé cerca de la universidad y luego por los barrios dónde vivían la mayoría de estudiantes, y las residencias. La música y un borracho tirado en el césped con un vaso rojo me hicieron pensar que había una fiesta en una de ellas.

Entré sin pensármelo mucho, quizá justo lo que necesitaba era beber para olvidar. Si me despertaba a la mañana siguiente completamente borracho no llegaría a tiempo para tener que tomar una decisión para con Katherine.

Una vez dentro no tardé en darme cuenta de que era la fiesta de celebración por haber ganado el partido de baloncesto contra una universidad rival. Yo siempre pasaba de las cenas y las fiestas, porque lo que me parecía divertido era

jugar no beber hasta caer, pero supuse que podía hacer una excepción.

—¡Dani! —Una de las animadoras se lanzó a mis brazos—. ¡Estás aquí! — Su voz estaba claramente afectada por el alcohol—. ¡Está aquí Dani! —gritó al resto de animadoras que empezaron a chillar emocionadas y a hacer un bailecito que se me antojó muy ridículo.

—¿Y el alcohol? —pregunté antes de que empezase a cantar o lo que fuera que iba a hacer.

—Por allí. —Luego se mordió el labio y tiró de mi mano para llevarme, como si yo no pudiera seguir una instrucción simple.

Pese a todo no me quejé, mis compañeros de equipo me palmearon la espalda al pasar junto a ellos, todos parecían extrañados de que estuviera allí, y a la vez contentos. La animadora paró en la cocina y me llenó un vaso con un barril de cerveza, luego me lo pasó, pegándose demasiado a mí.

Quise decirle que no me interesaban las animadoras, suficiente tenía con una falsa animadora en mi vida como para meter una de verdad, pero empujó el vaso para que bebiese y no me dejó hablar.

Me acabé mi cerveza de un trago y la animadora volvió a llenármelo antes de tirar de mi mano de nuevo. Quise pararla, pero me dejé llevar hasta el garaje de la casa, que parecía ser el único lugar dónde no había gente de fiesta.

Se giró hacia mí entonces y pegó sus labios pintados de rosa a los míos. Apoyé las manos en sus caderas, para alejarla de mí, pero eso no pareció desanimarla lo más mínimo.

—Has jugado muy bien hoy —me piropeó, llevando sus manos a la cremallera de mis vaqueros.

—He fallado mucho. —Había estado tan distraído en el partido como después jugando a la play, pero eso a ella no le importaba, claro—. ¿Sabes dónde está Debbie?

—¿En serio? —Se apartó de mí de golpe—. ¿Vienes a mi casa y me preguntas por otra?

—No sabía que era tu casa... —reconocí.

—Pensé que habías venido por... —Pareció repentinamente cabreada, o quizá desconcertada—. Llevamos semanas tonteando...

—¿Ah, sí? —Vale, primera noticia que tenía, pero es que no me interesan las animadoras. Ya salí con una y tengo muchos prejuicios al respecto.

—¡Te dejé mi dirección en la taquilla! —me gritó.

—Pues lo siento, tía, es que soy gay —mentí, antes de darme la vuelta para salir allí.

—¡Te arruinaré la vida, Dani! —gritó a mi espalda—. No volverás a salir con una animadora...

—Oh, por favor, hazlo —murmuré, aunque no me oyó por supuesto, porque seguía gritándome venganzas terribles. Incluso Kath me había dado más miedo al amenazarme.

Di con Debbie en el piso de arriba, estaba con otro de los jugadores del equipo en una cama enana de una habitación rosa llena de peluches. Supuse que no era la suya, porque ella era una arpía sin sentimientos.

Su habitación debía estar en una cueva, adornada con restos de animales muertos y los corazones de los pobres infelices que se enamoraban de ella. El mío tendría un lugar especial, quizá como trofeo en la pared. No terminamos bien, ¿se nota?

—Hola. —Los interrumpí golpeteando la puerta abierta con los nudillos.

—¡Joder, Dani! —se quejó Matt, mi compañero de equipo.

—Perdona, necesito hablar con Psycho Mantis... —pedí.

Matt murmuró algo sobre amigos inoportunos y salió de allí subiéndose el pantalón de chándal. Tampoco tenía noticias de que lo fuésemos. ¡Ay! Si me viese mi madre, que siempre decía que con esa actitud nunca tendría amigos...

Debbie se limitó a colocarse un poco el uniforme de animadora, se sentó en la cama y se encendió un cigarro. Me senté a los pies de esta, dejando un gran espacio entre los dos.

—¿Qué cojones te pasa? —preguntó finalmente, y supuse que había tenido mucha paciencia.

—Quiero que me recuerdes por qué eras insoportable y salir contigo fue un error.

—¿Qué? ¿De qué coño vas? —resopló.

—Tengo la oportunidad de hacer algo bueno por alguien —expliqué vagamente—. Pero no quiero involucrarme con esa persona, porque, bueno, es un poco como tú. Quiero recordar todo lo malo de ti para no acercarme a ella...

—Eres gilipollas —me acusó, levantándose de la cama.

—Eso ya lo sé, quiero recordar lo malo de ti, no de mí. —Me encogí de hombros, pero se me escapó una sonrisa.

—Todo iba bien entre nosotros, Dani —me dijo, acercándose peligrosamente—. Pero a ti te acojona el compromiso. —Apoyó las rodillas a ambos lados de mi cuerpo y se sentó sobre mí—. Éramos una pareja genial, la mejor de esta universidad de mierda.

—Te liaste con todo el equipo de rugby —recordé.

—Tengo debilidad por los hombres grandes —no se molestó en negarlo, pero pegó sus labios, que sabían a tabaco, a los míos—. Aunque tú siempre serás mi favorito —susurró, frotándose contra mi entrepierna.

—Yo no te gustaba de verdad. —Controlé un gemido a duras penas. Debbie podía ser una zorra, pero estaba muy buena y sabía lo que se hacía—. Te gustaba quien tú querías que fuera.

—Ya no tienes edad para videojuegos, Dani, tienes que madurar, centrarte, estudiar una carrera de verdad, ser un hombre de provecho. Los equipos grandes te querrán con ellos, y tú no puedes sentarte a beber refrescos y comer patatas, tienes que entrenar. —No dejó de frotarse contra mí mientras hablaba.

—Gracias, Debbie. —Le di un último beso antes de girarme para dejarla caer sobre la cama y salí de allí.

—¿Qué? ¡¿Me vas a dejar con el calentón?! —me gritó.

—Sí —me reí mientras salía—. Algún día me pagarán mucho por mi carrera de mentira, y jugaré a videojuegos mientras lanzó una pelota al otro lado de mi despacho enorme y un idiota con una carrera importante me sirve café —expliqué, antes de irme.

—¡Llámame entonces! —resopló enfadada.

Yo quería sentarme a beber refrescos, comer patatas y jugar a la consola. Y Katherine no lo vería bien, al igual que Debbie y cualquier otra con la que hubiese intentado nada en mi vida.

Ellas no podían entender que yo prefiriese machacar marcianitos antes que jugar profesionalmente a baloncesto. Por eso no podía ayudar a Katherine, por eso no podía acercarme a ella.

Detalles que nos unen

Cuando volví a casa ya era tarde. Supuse que Katherine y su hermano estarían durmiendo y no tendría que enfrentarme a ellos. Dormiría un rato y luego me iría temprano y así no vería sus miradas de decepción porque no fuera a acompañarlos. Pero claro, a mí nada podía salirme jodidamente bien.

Jaime no estaba a la vista, pero Katherine estaba en el sofá acostada, arropada con una manta raída y viendo una película.

—Ya me voy —me dijo, y me di cuenta de que me tenía miedo.

Eso me molestó en gran parte, ¿tan mal me había portado yo? Quizá era la cerveza que me había tomado, pero me sentí terriblemente mal.

—No tienes que irte, Kath, también es tu salón. —Suspiré y me apoyé en la pared.

—¿Estás bien? —se preocupó pese a todo, quizá no se parecía tanto a Debbie como yo creía.

—¿Por qué estás en el sofá? —Cambié de tema.

—Jaime da patadas, muchas, es imposible dormir con él —se rió un poco.

Volvimos a quedarnos en silencio, no estaba muy seguro de si debía hablar con ella. Me fijé en la película que estaba viendo, mientras me planteaba irme a dormir sin más. Pese a que sabía que ese sofá era la cosa más incómoda del mundo. Era estrecho y el lugar dónde ella tenía apoyada la cabeza había perdido el relleno mucho tiempo atrás y estaba muy duro.

—¿Eso es «El guardián de las palabras»? —Señalé su película—. Dios, no la veía como desde los doce años.

—¿Hace un par de meses? —se burló sin maldad, y no pude evitar reírme con ella.

—La semana pasada —corregí, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

Fui a la cocina a por palomitas de microondas y un par de refrescos y volví al salón. No me planteé mucho lo que estaba haciendo, pero empujé a Katherine y me hice un hueco dónde antes estaban sus pies.

—¿Qué haces? —se rió, pero se sentó para que yo pudiera hacerlo a su lado —. Tienes pintalabios por toda la cara.

—¡Vaya! Has descubierto mi secreto, de noche me disfrazo de tía —bromeé,

antes de frotarme con la manga.

—¡Para! Que luego sale fatal, y me toca limpiarlo a mí —me regañó con tono de novia mandona—. ¿Quieres que la ponga desde el principio?

—¡Sí, porfa! —pedí, como un niño pequeño casi.

Jamás habría imaginado a Kath viendo esa película, y no paramos ahí, después vimos «Dentro del laberinto» y «La historia interminable». Pasamos de las palomitas a las patatas fritas y del refresco a las bebidas energéticas. Cuando acabamos ya eran cerca de las siete de la mañana.

—Creo que deberías dormir algo —le dije, al acabar la película, porque no había dejado de bostezar en la última media hora—. ¿Por qué no te vas a mi cama?

—Lo de ser novios era estratégico, no me gustas de verdad. —Alzó las manos y negó con la cabeza, pero se le escapó una sonrisilla.

—No te lo crees ni tú, estás loca por mí, pero no importa, yo... tengo que salir —mentí—. Usa mi cama, *Princesa Peach* ¿qué clase de caballero sería si no?

No la dejé responder, volví a calzarme y salí de allí. Estaba confundido de nuevo, porque ahora tenía ganas de ir con ella de verdad, necesitaba saber de una maldita vez si era como Debbie y el resto de chicas que habían pasado por mi vida, pero a la vez, la idea de descubrirlo me aterraba. Salí de allí sin comprobar si me había hecho caso o no.

¡FREE ANTIVIRUS!

Apoyé el pie en el canalón, que tembló ligeramente bajo mi peso y me aupé hasta la ventana del primer piso, que abrí de un empujón.

Sé lo que parece, pero no soy ningún tipo de perverso, solo quería charlar con alguien sobre todo el tema de Kathy y no podía ir a ver a mis amigos, porque se burlarían de mí. Para ellos todas las chicas que existían eran a las que les regalaban armaduras en el *WoW* y estaba seguro de que eran tíos gordos el noventa por ciento.

Me aparté el pelo de los ojos con una mano y encendí la luz de la mesilla del *Pequeño Destructor de Mundos*, que me miró parpadeando confuso.

—*Virus*, ¿qué haces aquí? —preguntó adormilado y miró hacia la ventana—. Es de noche, y hace frío. —Se metió hasta la cabeza debajo del edredón de *Tomb Raider*.

—Yo que tú salía de ahí, tu edredón está para hacer cosas sucias —bromeé.

—Como si no las hubiera hecho yo ya —gimoteó, pero volvió a sacar la cabeza—. ¿Qué quieres, colega?

—Necesito de tu ancestral sabiduría —bromeé—. Tengo un problema de faldas...

—Tengo doce años y son las... —consultó su móvil—, siete de la mañana. Me sudan la polla tus problemas de faldas. Pero ponte la rosa combinada con los pendientes de diamantes.

Me reí, mientras deslizaba la silla de su escritorio y me dejaba caer cerca de él. Saqué los pies de mis deportivas y los subí sobre su edredón, que apresuró a apartar de mí.

—No me voy a ir hasta que me des la solución, *Destructor*.

—Vale, vale. —Se sentó en la cama, apartando aún más su edredón de mí y me miró cruzado de brazos. Un mechón de pelo cayó sobre sus ojos y él lo sopló para apartarlo de una forma muy cómica—. Habla rápido.

—¿Recuerdas a la chica con la que jugamos aquella vez?

—La *Princesa Peach*, sí. —Me hizo un gesto para que hablase más rápido.

—No dejamos de gastarnos bromas. Ella me movió los muebles del salón y yo los de su cuarto y luego la obligué a hacerme la colada y le dije que la lavadora de casa estaba rota para que tuviese que ir a la lavandería —expliqué.

—Oh, tío. —Pareció repentinamente preocupado—. ¿Ella sabe que son bromas? ¿Está en el mismo rollo que tú? Porque una vez mis compañeros de clase me metieron la cabeza en el váter de «broma». —Hizo las comillas con los dedos—. Y luego me encerraron en un vestuario toda la noche, de «broma». A veces con ese tipo de bromas solo se divierte una de las partes implicadas.

—No, ella participa, no sé si es divertido, pero se reía mucho cuando me cambió todos los cedés de caja... —sonreí sin poderlo evitar.

Me había cabreado que hiciese aquello, pero tras devolver los primeros a sus cajas me di cuenta de que había tenido realmente cuidado con ellos y se me había pasado bastante el enfado, por eso le había dado una tregua sin más bromas. Hasta que la vi tonteando con Cooper al menos...

—Está bien, es perfecta para ti, entiende tu humor de mierda y participa en tus tonterías, casaos. Yo llevaré una capa a la boda, puedo officiarla de hecho, me haría ilusión casar al peor jugador de play de la historia. ¿Puedo seguir durmiendo?

—¡Eh! Yo no he dicho que me guste —me negué.

—¿Estás de coña? Son las siete de la mañana, me acosté hace como media

hora por participar en una competición a la que nuestro mejor jugador no ha aparecido —resopló y me sentí jodidamente culpable, había quedado con ellos pero me quedé viendo películas con Kathy—. Hemos perdido, gracias por preguntar.

—Lo siento, participaré en la siguiente —prometí.

—Miéntete a ti, si quieres, pero a mí no, *Virus*.

—El tema es que en una de esas bromas le dije a su madre que salíamos juntos y ahora ella quiere que me haga pasar por su novio delante de su familia, pero no sé que hacer...

—Quizá deberías dejar de hacer bromas que solo hagan gracia a una de las partes —sonó a regañina—. Y si le has dicho eso a su madre, quizá deberías hacer lo que ella te pide. Si no quieres que sepa que te gusta, pídele algo a cambio, como que te siga haciendo la colada o que juegue con nosotros en la próxima puta competición para que no volvamos a perder por culpa de *CapiKiller*.

—Eres un genio. —Revolví su pelo mientras volvía a meter los pies en las deportivas—. Un pequeño genio, tampoco te endioses mucho.

—Ya, pringado. Tengo doce años, no puedo salvaros siempre el culo. Búscate un *ciervo blanco* de tu edad, yo quiero dormir... —siguió regañándome mientras volvía a salir por su ventana, con una idea mucho más acertada de lo que debía hacer.

El precio del poder

—Deja que te acompañe yo —me pidió Tamy mientras me aplicaba rimel con un gesto concentrado que me hacía sonreír.

—Claro, y le diré a mi madre que te estás haciendo un cambio de sexo y te haces llamar Dani y nos hemos liado... ¿No? —bromeé.

—No, tonta —negó con una sonrisilla, antes de hacerme un gesto para que cerrase los labios para seguirme maquillando.

Había llamado a mi amiga al despertarme un par de horas atrás, en la cama de Dani, aunque no me atreví a contarle que me había pasado la noche viendo películas con él, porque pensaría cosas raras que no eran verdad. Solo le había pedido que me trajese un vestido, porque yo no tenía nada apropiado que ponerme, y había aparecido con el kit de belleza al completo.

—¿Seguro que Dani no va? —Se mordió un poco su labio pintado de morado.

Era a la única persona que conocía a la que el morado en los labios le quedaba genial.

—Seguro —suspiré—. No me he atrevido a decírselo a Jaime, está encantado con Dani.

—¿Sabes que va Rick? Estaba arreglándose en casa, con la zorra de tu prima —me reí cuando lo dijo, aunque ver a Rick y a Paula era lo que me había hecho llamar a mi madre la noche anterior para decirle que no me encontraba muy bien y tratar de escaquearme, pero al parecer nadie podía librarse de la estúpida boda. Ni la muerte te salva de ello.

—Anoche dormí en la cama de Dani —susurré a mi amiga, asegurándome de que la puerta del baño estaba bien cerrada.

—¿Qué?! —Estuve segura de que el grito lo había oído hasta Dani, estuviera dónde estuviese.

—No por lo que crees —expliqué—. Estaba viendo una película cuando él volvió y se quedó a verla conmigo, y luego vimos otra y otra... Y como es imposible dormir con Jaime, y más en esa cama enana, me ofreció su cama y me dijo que él iba a salir...

—¡Oh! —Pareció sorprendida mientras me peinaba—. Es un chico raro —comentó finalmente.

—Ayer hablé con Cooper —reconocí sonrojándome un poco.

—Joder, las confesiones todas de una vez, que vas a hacer que me de un infarto —se rió—. ¿Qué te dijo?

—Le expliqué que entre Dani y yo no había nada. —Apenas había logrado coincidir con él en toda la semana, pero el día anterior logré abordarle antes de su partido de baloncesto y le obligué a escucharme antes de dejarle entrar a este —. Me creyó, creo, hemos quedado el lunes después del trabajo para hablar.

—Genial —celebró mi amiga—. Está muy bueno.

—Sí, lo está —suspiré soñadora.

—Ya estás. Perfecta —me dijo, con unas palmaditas emocionadas.

Me observé en el espejo para comprobar lo que había hecho conmigo, porque no me había dejado mirarme antes. Me había alisado el pelo, salvo algunos mechones en los que había hecho tirabuzones. Además, su vestido negro se ajustaba perfectamente a mis curvas, dejando a la vista un gran escote en uve, con transparencias por el pecho y la espalda y acabando justo debajo de mi culo. Si no fuera por las medias estaba segura de que me helaría.

—¿No crees que es demasiado...? —Busqué una palabra que no fuese ofensiva para describirlo, pero no la encontré.

—Es perfecto, a Rick le dará un infarto... —Me apretó las manos un momento—. Y a Paula una embolia por lo guapa que estás.

—Gracias. —Me abracé a mi amiga.

Tamy podía ser muchas cosas, a veces demasiado superficial, pero desde que Rick me había puesto los cuernos con mi prima, Tamy se había puesto de mi lado en lugar del de su hermano. Y eso la convertía en la mejor amiga del mundo.

—Pero no dejes que te vuelva a conquistar —me pidió.

—Jamás —me reí con sinceridad. No me sentía capaz de volver a confiar ciegamente en nadie, menos aún en Rick—. Hay otra cosa que quería pedirte. —Puse mi mejor cara inocente.

—Está bien, pero cuídalo con tu vida —me gruñó casi, tendiéndome las llaves de su coche—. Y déjame en casa antes de ir.

Debía haber supuesto que no tendría otra forma de llegar hasta allí. ¿No os digo que es la mejor amiga del mundo? Ninguna otra me habría dejado su coche.

—Lo haré —prometí—. Y ahora tengo que conseguir que Jaime se meta en el traje. Me ha costado una hora hacer que se duchase.

Salí del baño seguida de mi amiga, para encontrarme a mi hermano perfectamente vestido sentado en el sofá, jugando con una Game Boy.

—Pues ya está —se rió Tamy.

—¿Estás listo, Jaime? —me sorprendí.

—Sí. —Me enseñó la consola—. Me la ha dejado Dani —explicó, aunque ya había supuesto que era de él.

—¿Nos vamos? —pregunté, metiendo el móvil y la cartera en el bolso que Tamy me había prestado.

—¿Y Dani? —preguntó el niño.

—Él no viene, Jaime —negué, tratando de decirlo con naturalidad, como si fuera obvio.

—¡Eh! —La voz de mi insoportable compañero de piso me sobresaltó—. ¿Cómo que no? No me desestimes tan rápido, *Princesa Peach* —se quejó.

Me giré despacio hacia él, para no parecer demasiado feliz por sus palabras, con Dani nunca se sabía, quizá era una trampa.

—¿Vas a venir? —dudé.

Llevaba puesto un traje negro y una camisa blanca, con corbata negra incluida. No pude evitar mirarle casi boquiabierto. Jamás he dicho esto, ¿vale?, pero estaba guapísimo.

—*Uf*, si no fuera por las deportivas me habría enamorado de ti. —Tamy arrugó su nariz, pero parecía encantada con el atuendo de Dani.

Me fijé entonces en que llevaba unas converse negras y blancas en lugar de zapatos, pero eso me hizo sonreír un poco, aún quedaba algo de Dani debajo de aquel traje.

—Por eso las llevo, no quiero que tu amiga se abalance a mi cuello —bromeó con Tamy.

—¡Eh! —me quejé—. ¿De verdad vendrás? ¿Cómo mi novio?

—Sí, *Princesa Peach*, pero no será gratis. —Me guiñó un ojo increíblemente azul que hizo que se me secase la garganta.

—¿Qué quieres? —cuestioné.

—Lo justo —sonrió con prepotencia. Lancé una mirada preocupada hacia mi hermano, pero estaba enfrascado en el juego y no parecía escucharnos—. Me quedo sin el sábado por tu culpa, tú te quedarás sin el sábado que viene. —Alzó ambas cejas varias veces y oí la risilla de Tamy a mi lado. Supe que de cierta forma Dani se la había ganado en ese momento.

—¿Y qué quieres que haga el próximo sábado? —desconfié.

—Nos falta un jugador. —Se encogió de hombros, como si tal cosa, mientras pasaba a nuestro lado y recogía su móvil y las llaves de encima de la mesa—. Uno se ha echado novia y somos impares... Así que igualarás los números —

bromeó.

Bueno, no podía ser tan malo, ¿no? Si uno de ellos incluso tenía novia no sería la única chica. Podía ir a jugar a la consola con ellos a cambio de conseguir un coche. Mis opciones volvían a ser buenas por primera vez desde aquel desastroso partido de baloncesto.

—Está bien, pero hay ciertas normas que acordar para hoy, si la lías no iré contigo. —Quizá incluso hasta tenía cierto poder en aquello.

—Vale, podemos hablar en el coche, yo conduzco. —Me enseñó las llaves de su todoterreno.

—Vamos, Jaime —llamé a mi hermano, que se puso de pie sin apartar la vista de la maquinita.

Le devolví a Tamy las llaves de su coche cuando llegamos fuera y me despedí de ella con un rápido abrazo.

—Todo saldrá bien —me prometió.

Y de verdad quise creerla.

Mi novio falso

Apenas hablamos en el coche, porque Jaime iba sentado atrás y no quería que se enterase de que no éramos novios de verdad, aunque estaba segura de que ya sospechaba algo.

Dani aparcó detrás del hotel dónde sería el banquete, mi padre me había pasado la dirección por WhatsApp y yo había guiado a mi insoportable compañero de piso con el GPS del móvil. La iglesia dónde se hacía la ceremonia estaba a un par de calles, así que iríamos andando desde allí. Por suerte aquello era un pueblo pequeño y todo estaba relativamente cerca.

Dejé a mi hermano caminar unos pasos por delante, aún con la vista clavada en la Game Boy de Dani y sujeté a mi novio falso del brazo para que fuese más despacio. Todavía había detalles que acordar.

—Lo mejor para que una mentira sea creíble es que se ajuste a la verdad —le dije entre susurros—. Llevamos saliendo desde principios de octubre, que es cuando me mudé, nos conocimos compartiendo piso y no sé... fue un flechazo o algo, y empezamos a salir enseguida.

—Así que esa es la verdad, ¿eh? —Me guiñó un ojo con descaro.

—Hablo en serio —me quejé.

—Saldrá bien, *Princesa Peach*. —Se rió tan despreocupado que me molestó.

—No, no conoces a mi familia, son cientos y harán preguntas incómodas...

—Nos ajustaremos a la verdad, con matices. —Me dirigió una sonrisa tranquilizadora y entrelazó sus dedos con los míos con tanta naturalidad que me sorprendió—. Pero nada de meterme mano, aunque sé que soy irresistible —bromeó.

—Eres insoportable —le corregí.

Aun así no me solté de su mano, porque el suelo empedrado de aquel pueblo era impracticable con tacones y sin ayuda.

No tardamos en llegar a la iglesia. Jaime la vio antes que nosotros y corrió para juntarse con mi madre y mi padre que hablaban con mi tía favorita junto a la puerta.

Tomé aire despacio y me pareció que Dani me apretaba la mano para darme valor. Luego deduje que me lo había imaginado. Mi insoportable compañero de piso nunca sería amable.

—Mamá, papá, tía Nerea. Este es Dani —los presenté al llegar hasta ellos.

Y no pude ver la reacción de mi familia, porque unos brazos fuertes me cogieron por detrás y me elevaron unos centímetros del suelo antes de darme una vuelta en volandas que me hizo reír a carcajadas.

—¡Tyler! —grité a mi primo mientras me dejaba y me giraba para verle.

—¡Kathy! —me saludó fingiendo un tono de voz muy agudo antes de envolverme en un abrazo de oso que hizo que me crujieran las costillas—. Pensé que no vendría nadie divertido a este coñazo —se quejó con su eterna sonrisa.

—¡Tyler! —le regañó su madre.

No es que Tyler fuese un niño precisamente, tenía casi treinta años, pero seguía comportándose como si tuviera dieciséis. Se separó de mí para chocar una mano con mi hermano. Yo me coloqué la falda que se me había subido por la efusividad de mi primo.

—A ti no te conozco. —Tyler le tendió una mano a Dani con un gesto curioso.

—Es mi novio... —Casi se me atraganté al pronunciar la palabra «novio» y mi primo me miró con desconfianza. Me conocía demasiado bien como para saber que mentía, estaba segura de ello.

—Hola, novio de Kathy, yo soy su primo Tyler. —Dani cogió la mano que le tendía, antes de decirle su nombre casi con un gruñido.

El apretón de manos duró lo que me pareció demasiado tiempo y no dejaron de mirarse a los ojos como si estuvieran teniendo una especie de conversación masculina silenciosa. Por suerte, Jaime llamó a mi primo para enseñarle algo de su consola y los hizo separarse.

—Eh, vamos a saludar por ahí. —Tiré de Dani para alejarlo de mis padres, antes de que empezasen a hacer preguntas difíciles.

Clique aquí

—Vale, creo que no recordaré el nombre de toda esa gente —me dijo Dani cuando volvíamos juntos al hotel para el banquete.

—No te he presentado ni a la mitad de mi familia —me reí un poco, la verdad es que a veces me perdía hasta yo, eran demasiados.

Mi familia, y parte de la de la novia, estaban ya allí cuando llegamos. De nuevo los tacones nos habían hecho caminar demasiado despacio, aunque estaba segura que allí había más gente que en la iglesia. Un par de primos más se

acercaron a saludar y les presenté a Dani.

—Gracias por venir —le dije a Dani en un susurro en un momento que nos quedamos a solas.

—No lo he hecho por ti, es por comer gratis. —Se encogió de hombros y apartó un poco la mirada de mí—. Y por igualar los números la semana que viene.

—Aun así, gracias.

—Kath... —empezó, luego se aclaró la garganta como si no supiera como seguir—. Sabes que las... bromas que te he gastado, son solo... bromas, ¿no? —Sonó incómodo y volvió a aclararse la garganta.

—Cla-Claro —tartamudeé. Aunque yo no lo habría llamado «bromas» no me pareció un buen momento para hablar de ello.

Tyler se unió a nosotros solo un minuto después, cuando el silencio se había hecho algo pesado y tenso.

—Creí que no acabaría nunca ese sermón —se quejó, encendiéndose un cigarro—. Hace mucho que no nos vemos, Kathy, ¿qué es de tu vida?

—Pues como siempre. —Me costó mucho forzar una sonrisa—. Estudiando, trabajando... La vida adulta, deberías probarlo.

—Y con novio. —Le lanzó una mirada descarada a Dani, que no se amilanó, se limitó a sonreírle de esa forma despreocupada tan suya.

—Y con novio —acepté, algo tensa. Aún me daba miedo que en cualquier momento Dani gritase que todo era mentira.

—¡Tenemos que entrar ya! —gritó mi prima Paula.

—¿Sabes como diferencio a Paula de Martina? —me dijo Tyler en un susurro cómplice, mientras se aseguraba de que nadie nos oía.

—¿Cómo?

Yo había vivido con mis primas gemelas durante un año, y sabía que Martina tenía unas curvas más marcadas y Paula una voz mucho más femenina, pero dudaba que mi primo fuese por ahí.

—Cruella de Vill siempre está cerca de un dálmata. —Señaló a Rick, y me di cuenta de que efectivamente Paula iba tras él sin alejarse más de un paso.

No pude evitar reírme por la forma en la que Tyler se había referido a ellos. Aunque cuando Rick, me dirigió una mirada, quizá porque había oído mi risa, se me secó la garganta y me puse nerviosa. Había estado enamorada de él más de cuatro años y me había puesto los cuernos con mi prima. No sabía como tenía que actuar a su lado.

Mentiras que esconden pequeñas verdades

Tyler nos obligó a esperar a que todo el mundo entrase mientras se acababa su cigarro, y nosotros no protestamos. Yo no quería juntarme con Rick, ni Paula, y Dani parecía tan incómodo como yo.

Entramos cuando ya estaba todo despejado de gente y seguimos un camino indicado con ramos de flores a ambos lados, hasta una nueva puerta doble, que nos llevó al patio trasero del hotel. Estaba cubierto por una carpa enorme y había unas grandes estufas que mantenían el sitio caliente, pese a que fuera hacía bastante frío.

La carpa estaba decorada con más flores y había unas mesas de plástico redondas y altas para el banquete, tardé en entender que sería tipo cóctel y suspiré aliviada, porque temía que me pusieran en la misma mesa que Rick, pero así no tendría que sentarme con ellos. Aunque eso significase estar sobre los tacones un montón de horas. Tenía que haber hecho como Dani y haberme puesto deportivas.

Me pregunté durante un segundo que habría dicho todo el mundo si hubiese aparecido con deportivas y el vestido, y sonreí un poco ante la idea. Seguramente a Dani le hubiese encantado la escena, me estaba preguntando que me diría, cuando mi prima Martina salió de algún lado y me envolvió entre sus brazos.

—¡Kath!

—Eh, ¿cómo estás? —pregunté, antes de que le diese tiempo a preguntarme a ella.

—Muy bien, corriendo de aquí para allá. —Se separó de mí para dirigirme una sonrisa perfecta.

Sabía que realmente Martina no me había hecho nada malo, pero cada vez que la miraba me acordaba de la traición de Paula y no podía evitar estar cabreada. No era mi culpa que tuvieran la misma cara, ¿no?

—Hola, prima —saludó Tyler con menos entusiasmo que a mí.

—Tengo que irme. —Ella se despidió con un gesto, sin responderle—. Os veo por ahí.

—¿Qué os ha pasado? —cotilleé cuando volvimos a quedarnos los tres a solas.

—Nada, me ha oído decirle a mi madre que esta boda era una mierda, y se ha cabreado, como si se casase ella y no su hermano... —Se encogió de hombros, parecía darle realmente igual—. Voy a saludar a aquella pelirroja de allí a la que no conozco de nada. —Puso una sonrisa enorme y se fue hacia la chica que había señalado.

—¿Una copa, chicos? —Una camarera bajita paró a nuestro lado.

—Algo con alcohol —pedí.

Y cogí un vaso de lo que me pareció vino. Dani cogió un refresco y la camarera nos dejó a solas de nuevo.

—¿No bebes? —dudé, por hablar de algo.

—Alguien tiene que sujetarte mientras vomitas —se burló, y me arrepentí de haber preguntado.



La comida se convirtió en un desfile de platos muy elegantes y variopintos que pasaron por delante de nosotros. Dani parecía haber dicho la verdad al decir que iba por la comida, pero yo no me quedé atrás. Todo estaba delicioso. Estábamos con el postre, que era una especie de pastelitos de hojaldre con chocolate, cuando se acercó Rick.

—Pensé que mi hermana venía contigo —me dijo como *saludo*—. Salió con un montón de ropa esta mañana.

Paula llegó cuando él aún estaba hablando. Tyler llevaba razón en que no se alejaban más de un paso, al menos ella de él. Supuse que era normal, si se tenía en cuenta que a mí me había puesto los cuernos. El que lo hace una vez, lo hace siempre.

—Iba a venir, pero dijo que si tenía que ver la cara mal maquillada de Paula y su traje barato mal combinado, le daría un infarto... —Me encogí de hombros con indiferencia. Paula dio un paso hacia mí con un gesto homicida—. No lo pagues conmigo, Pau, lo ha dicho Tamy.

—Al menos yo no salgo en *Youtube* pegándome con una niña, vestida de payasa... —me escupió prácticamente al decirlo.

—Iba de animadora, deberías reconocer el uniforme ya que te rechazaron... ¿tres, cuatro veces? —me reí, o lo intenté, porque sentía la garganta reseca.

—Venga ya —se metió Rick entre medias—. ¿Tenéis que discutir siempre?

—Sí —respondimos a la vez. Me hubiese reído si no la odiase tanto.

Rick se pasó una mano por el pelo rubio mientras resoplaba, como si no supiera como mediar entre nosotras. Me hubiera gustado gritarle que si no me hubiera puesto los cuernos con ella no discutiríamos, pero no lo hice. No iba a demostrarle cuanto me había afectado su traición.

—¿Y tú quien eres? —Paula se fijó entonces en Dani.

—Soy Dani. —Le tendió una mano amistosa, mientras me rodeaba la cintura con su otro brazo y me pegaba contra él—. Su novio.

Paula no cogió su mano, pero Rick sí, y me pareció más tenso incluso que cuando se había saludado con Tyler.

—¿Tienes novio? —preguntó Rick, soltando la mano de Dani y clavando sus ojos oscuros en mí.

—¿No lo ves? —Señalé a Dani con un gesto, como si fuera obvio.

Y para mi sorpresa, mi insoportable compañero de piso, hoy mi novio de pega, me dio un cariñoso beso en el pelo y me abrazó con más fuerza.

—Y si nos disculpáis, vamos a bailar por ahí. —Señaló la pista de baile, en la que yo apenas había reparado, más allá de las mesas con comida.

—Kath no baila... —se rió Rick.

—Me muero por bailar contigo, Dani. —Sujeté la mano que el chico me tendía y me dejé guiar entre la gente.

Pensé que Dani solo había dicho lo de bailar como excusa y que se alejaría del gentío que bailaba pegados una canción lenta, pero no lo hizo, fue directo a ellos. Yo recogí una copa que llevaba una camarera en una bandeja de camino, y la ignoré cuando me advirtió de que llevaba alcohol.

Rick llevaba razón en que yo no bailaba. Lo hacía muy mal, era la descoordinación personalizada. Tamy era la única que conseguía arrastrarme a la pista de baile y aun así, era contra mi voluntad. Pero cuando miré hacia atrás, y vi a Rick mirándome con los brazos cruzados, me bebí la copa de un solo trago y me abracé a Dani.

—Así que... ¿te mueres de ganas de bailar conmigo? —me dijo, cogiéndome con firmeza de la cadera y sujetando mi mano con la suya libre.

—Solo lo he dicho para cerrar la boca a ese imbécil —expliqué, aunque estaba segura de que ya lo sabía.

Sentí que todo se movía de forma un poco errática y los brazos de Dani eran lo único que me mantenía firme. Había bebido mucho vino durante la cena y esa última copa no me había ayudado lo más mínimo.

—Ya, claro, pero a veces en las mentiras escondemos pequeñas verdades —señaló con una sonrisa prepotente, antes de hacerme dar una vuelta, que me hizo

caer de nuevo en sus brazos.

—¿Por qué sabes bailar? —me quejé.

—¿Y por qué tú no? —se burló—. Pensaba que era un rollo de animadoras, que todas sabíais bailar.

—Yo no fui animadora, Dani —resoplé.

No me respondió, volvió a pegarme contra él, sujetándome la cadera contra su cuerpo. Le pisé tres veces, pero no pareció molestarle, me miraba con una sonrisa y sus ojos azules brillaban bajo la luz estroboscópica que iluminaba alrededor.

—¿Por qué me odias? —cuestioné con la garganta seca. Ni siquiera estaba segura de por qué se lo había preguntado, pero necesitaba saberlo.

—¿Por qué siempre me preguntas eso? —se rió un poco.

—¿Por qué nunca me respondes? —contraataqué.

—No te odio, Katherine... —explicó. Soltó una de mis manos y me acarició la mejilla con ternura—. ¿Tú volverías a salir con alguien que se pareciera a Rick?

—¿Un cerdo infiel? —resoplé—. Espero que no, joder. —Me di cuenta entonces de lo que había dicho. ¿Cómo sabía que yo salía con Rick? Quise preguntarle, pero siguió hablando.

—Yo salí con alguien como tú. —Me apartó un mechón rizado de la cara y lo enganchó tras mi oreja—. Y fue lo más doloroso que me ha pasado jamás. No volveré a arriesgarme —susurró, muy cerca de mí—. Pero quiero seguir siendo tu novio falso esta noche, olvidémonos del resto.

Por algún motivo sus palabras me dolieron. ¿Acaso me gustaba Dani? No, era porque estaba borracha y sensible. Dejé de bailar y me alejé un paso de él.

—Después de navidades me iré de tu casa y no tendrás que seguirme soportando —le dije, antes de perderme entre la gente.

Verdades inesperadas

Me había encerrado en el baño después de separarme de Dani, y ni siquiera estaba muy segura de que era lo que me había molestado tanto.

Quería lavarme la cara porque aún me sentía algo atontada por el alcohol, pero no me atreví a hacerlo para no estropearme el maquillaje. Estaba mojándome la nuca y los brazos cuando la puerta del baño se abrió y vi a Rick reflejado en el espejo.

—Es el baño de mujeres —le dije, aunque estaba segura de que lo sabía perfectamente.

—Quería hablar contigo. —Se encogió de hombros acercándose a mí.

Consiguió cortarme la respiración y un montón de sentimientos se agolparon en mi pecho y mi estómago. Por un segundo olvidé todo el dolor que me había provocado y deseé besarle.

—¿Qué quieres? —pregunté sin energía, lamiéndome los labios con nerviosismo.

—Estoy preocupado por ti. —Me acarició la mejilla con dos dedos cálidos y suaves. Yo solo pude mirarle entreabriendo la boca. Aún podía recordar como sabía su boca, el calor de su lengua, el tacto de sus labios... Y quería volver a sentirlo—. Sé que estás teniendo problemas en el trabajo, y ¿ese chico? No te pega nada... ¡Va con deportivas, Kath! —se horrorizó, y por un momento me recordó mucho a Tamy—. Y tiene tatuajes en las manos...

Que hablase de Dani me sacó un poco del ensimismamiento. ¿Qué había estado a punto de hacer? Me apoyé contra el lavabo para guardar un palmo de distancia entre nosotros.

—Me gusta Dani —le dije, y me di cuenta de que no mentía. De alguna forma, ese niño insoportable y prepotente me gustaba.

Era guapísimo, más incluso que Rick, con su traje perfecto y seguramente carísimo, sus zapatos limpios y brillantes, su pelo peinado y su sonrisa perfecta. Y sobretodo era real. Había algo en toda esa perfección de Rick, en sus gestos calculados, en su impoluta compostura, que lo convertía en alguien irreal, lejano. Dani sin embargo, con todas sus «bromas», su brutal sinceridad, sus insultos y sus videojuegos, era de verdad.

—Eso puedes creer ahora, Kath, pero solo es la novedad. —Me cogió la

mano y tiró un poco de mí para acercarme a él—. Pronto te darás cuenta, verás lo que los demás vemos en él y te sentirás avergonzada de haber caído tan bajo...

—¿Bajo? —Agité la mano para separarme de él—. Te liaste con mi prima en el bautizo de Cassy... ¿Eso no es caer bajo? —Lo empujé del pecho para separarle de mí, aunque no logré moverle ni un centímetro, era mucho más fuerte que yo.

—Esto no tiene nada que ver con Paula y conmigo, Kath —me dijo, y empezó a molestarme que repitiese mi nombre de esa forma tan condescendiente.

—Claro que sí, todo tiene que ver con vosotros, ¿no? —resoplé—. Déjame salir, quiero ver a mi novio.

—Sabes que le dejarás más pronto que tarde y entonces vendrás a llorar a mi hombro, querrás que te consuele...

—Eres un imbécil si crees eso. —Le empujé de nuevo, con algo más de fuerza.

Oí la puerta abrirse y estaba a punto de pedir auxilio cuando Rick me agarró de las mejillas y clavó sus labios en los míos.

Y no hubo lengua cálida, ni labios suaves, ni sabor delicioso. Sabía a alcohol y fue violento y frío. Me desagradó de todas las formas posibles y apenas tardé un segundo en empujarle con todas mis fuerzas para apartarle.

Rick dio un paso atrás, alejándose de mí y entonces vi a Dani y Paula en la puerta. Mi prima sonreía satisfecha y me di cuenta de que había sido una encerrona para que «mi novio» me viese besándome con mi ex. Por desgracia para ellos, Dani no era mi novio de verdad y se limitó a mirarnos con una ceja alzada.

—¿Estás bien? —me preguntó él y consiguió que Paula dejase de sonreír de golpe.

—¡Oh, no me puedo creer que me hayas hecho esto! —exageró mi prima, gritando a Rick y golpeándole en el pecho con el bolso.

—Venga ya, que no ha colado —se rió Dani, tendiéndome una mano—. ¿Una canción más, *Princesa Peach*? —me ofreció.

—Claro —acepté—. Si te gusta que te pise... —Me encogí de hombros, cogiendo su mano y dejándome guiar fuera.

—Me encanta —bromeó.

Sonaba música más animada esta vez y la gente daba brincos por la pista. Pero Dani no me metió entre el gentío, había unos taburetes altos en un lateral, y

me llevó hasta allí.

—¿Cómo sabías que era mentira? —pregunté con curiosidad después de asegurarme de que no estaban por allí.

—Estabas muy tensa. —Me dirigió una sonrisa prepotente—. Cuando yo te beso te relajas al instante, así que supuse que cómo mínimo no te estaba gustando ese beso. La actuación de tu prima y que me dijera que tenía que acompañarla «urgentemente» al baño por una «emergencia», también me ha dado muchas pistas. Y en cualquier caso, no soy tu novio de verdad, no tendría mucho sentido que dejase nuestra relación falsa porque te beses con tu ex.

—Supongo que no —admití—. Rick dijo que sabía que tenía problemas en el trabajo —recordé—. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Tienes problemas en el trabajo? —curioseó Dani.

—¿Y tú te haces llamar mi novio falso? —bromeé boquiabierta.

—Soy el peor novio falso de la historia —se lamentó.

Me estaba riendo cuando me sujetó de pronto por la cintura y tiró de mí, elevándome unos centímetros del suelo. Aquello me hizo reír más alto, quizá seguía demasiado borracha. Me arrastró hasta la pista y dio una vuelta conmigo antes de volverme a depositar en el suelo con mucha suavidad.

—¿Qué haces? —pregunté, aún riéndome.

—Disimula, tenemos espectadores —me dijo, muy cerca del oído, antes de deslizar sus labios hasta los míos.

Entendí a lo que se refería al decir que con sus besos me relajaba. De pronto me sentí infinitamente bien, casi como si flotase. Rodeé su cuello con los brazos y por primera vez me permití disfrutar de su contacto sin sentirme mal. Oh, Dios, ¿me gustaba Dani de verdad?

El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho que sentía que se me iba a salir y mi estómago parecía un festival de mariposas.

—¡Kath! —La voz de mi madre me sacó de mi beso con Dani, que tosió un poco y se alejó un paso de mí. Sin embargo, sonreía y yo sentía mis mejillas arder. Al menos supuse que nuestra actuación estaba siendo realista.

—¿Qué pasa, mamá?

—Toma. —Me tendió una tarjeta llave del hotel—. No quiero que os vayáis tan tarde conduciendo, que os he visto beber a los dos —nos regañó en modo madre.

—¿Nos has pagado una habitación? —dudé.

—Media en realidad, son dobles, no quedaban más libres y a tu padre no le parecía buena idea en cualquier caso. —Nos lanzó una mirada cargada de

intención que logró sobresaltarme.

—Gracias, mamá.

Puse los ojos en blanco cogiendo la tarjeta que aún me tendía. Era una tontería, porque sabían de sobra que vivíamos juntos, pero si así se sentían mejor...

—Mañana a las nueve vamos a desayunar en familia, que no hemos tenido apenas tiempo para hablar, ¿vale? —me dijo, antes de darme un beso y perderse entre la gente.

—Claro —acepté a su espalda, lo que hizo reír a Dani.

Dani. Casi me había olvidado de él. ¿Qué iba a hacer? Sin duda había bebido demasiado, no podía gustarme, no lo soportaba. El lunes, cuando volviésemos al mundo real, volvería la cordura. Además, tenía una cita con Cooper. Meforcé a pensar en él y olvidarme de Dani.

Aunque era difícil, porque seguía mirándome en silencio. Sus ojos azules parecían traspasarme y saber lo que estaba pensando. ¿Podía saber lo que estaba pensando? No, no podía, ¿verdad? Tenía que dejar de beber, empezaba a volverme loca y a imaginarme cosas que no eran.

Ni siquiera me atreví a pensar en que tendría que compartir cama con él, aunque fuese en una habitación con alguien más, sin duda aquello solo lo haría más incómodo todo. ¿Dónde me había metido?

Cafetera asesina

La tercera vez que me quemé con la cafetera el lunes deduje que no iba a ser mi día de suerte. Quería convencerme de que estaba distraída porque no podía dejar de pensar en que por fin podría hablar con Cooper, pero sabía que ese no era el motivo.

No podía dejar de recordar la boda: después de bailar, saltar y beber con Dani había acabado agotada y hambrienta, así que me había quitado los zapatos y los dos habíamos hecho una excursión entre risillas en busca de los restos de la comida. Conseguimos que nos echaran de la cocina, aunque recuperamos un montón de pastel que devoramos escondidos en el hueco bajo la escalera.

Por primera vez estuve de verdad a gusto a su lado, no como cuando me había recogido borracha después de vomitarme encima. En aquella ocasión había sido divertido, pero ahora estaba sinceramente tranquila a su lado.

—Deberíamos ir a dormir —me había dicho, tirando de mi mano para ayudarme a levantarme. Recogió mis zapatos con la otra mano y subimos en busca de nuestra habitación.

—Puedo llevar mis zapatos. —Traté de alcanzarlos, pero solo logré tropezarme con mis propios pies y apoyé la mano en su pecho para no caerme. Él me envolvió la cintura con el brazo para mantenerme estable—. Buenos reflejos, hombre radiactivo —bromeé.

—No lo digas tan alto, descubrirán mi secreto —me siguió la coña mientras apretaba el botón del ascensor.

—Ah, el hombre de los mil secretos —me quejé haciendo un puchero mientras se abría la puerta del ascensor y entrábamos dentro.

—Lo dice la chica que es tendencia en Internet por pegarse con una colegiala vestida de animadora —se burló, pulsando el botón de la tercera planta.

—Oh, ¿cuándo has visto eso? —suspiré, segura de que me había sonrojado.

—Cuando te has ido al baño, después de que tu prima lo mencionase.

—¡Qué mal!

No supe que más decirle después de eso. ¿Qué podía decir? No es que me sintiese especialmente orgullosa de lo que había hecho... Aunque a Dani parecía hacerle mucha gracia.

Al salir del ascensor no volvió a cogerme de la mano, supuse que allí no

debía fingir ser mi novio, sería más raro encontrarnos con alguien. Me guió hasta una puerta y me di cuenta de que llevaba la tarjeta-llave en la mano, aunque no estaba segura de cuando la había cogido, juraría que la llevaba yo.

No había nadie en la habitación cuando entramos, aunque como mi madre había dicho tenía dos camas de matrimonio. Dani se dejó caer en una de las camas y yo me encerré en el baño para desmaquillarme y quitarme el pastel de la cara y las manos.

—¡Quita de en medio! —La *amable* voz de mi compañera de trabajo me sacó de mis ensoñaciones—. Frank quiere que vayas a hablar con él.

Dejé la cafetera sobre la barra y fui al despacho del jefe, la verdad es que agradecía alejarme de cosas punzantes y abrasadoras. Golpeé un par de veces la puerta que estaba entreabierta y pasé cuando me dio permiso para hacerlo.

—No viniste a trabajar el sábado —me dijo como *saludo*.

—Yo trabajo de lunes a viernes —le recordé.

—No te pases de lista, barbie —resopló—. Trabajarás este sábado y el domingo para compensar.

—¿Y me pagarás las horas extras?

Pese a que al contratarme había prometido que me las pagaría, no me había pagado ni una de ellas. Me miró uniendo sus cejas en una sola, con la cara de cerdo enrojecida, como si no entendiese que le preguntase aquello.

—Si no te interesa el trabajo puedes largarte —me medio gritó.

—Necesito el trabajo. —Quise que quedase claro que no «me interesaba», era una necesidad.

—Entonces más te vale estar el sábado a las siete aquí —me bufó.

Estaba a punto de ceder, cuando recordé mi trato con Dani. Ahora no era solo que debiese cumplir mi parte por obligación, es que necesitaba asegurarme de que no sentía nada por él, y aquel fin de semana de videojuegos me parecía la mejor forma de hacerlo. El Dani de fiesta me había gustado, pero estaba segura de que el de los videojuegos no me gustaría tanto.

—No puedo, tengo planes, vendré el siguiente fin de semana... —ofrecí.

—¿Te crees que esto es una puta ONG, princesa? —resopló, levantándose y haciendo temblar los papeles de su escritorio a su paso.

—Me contrataste para trabajar de lunes a viernes —insistí—. No puedes pretender que venga todos los fines de semana, tengo planes que no puedo cambiar...

—¡Recoge tus cosas entonces, y no vuelvas! —me gritó.

Hubiese discutido con él, pero aquel curro ya era un infierno mientras me

querían allí, no quería imaginarme como sería si no querían que trabajase en él. Salí dando un portazo y me fui directa a mi taquilla a por mis cosas.

Solo tendría que esperar un mes más, entonces me darían mi coche y no necesitaría aquel trabajo de mierda. Además, tenía dinero ahorrado, podría aguantar.

Pese a ello no logré calmarme, las manos me temblaban mientras metía todas mis cosas en mi mochila y salía de allí.

Y entonces me encontré a Cooper de frente, que charlaba con una de mis, ahora, excompañeras.

—¿Qué haces aquí?

—Habíamos quedado, ¿no? —Pareció algo nervioso de pronto.

—Claro, perdona, no ha tenido un buen día.

—¿Quieres dejarlo para otro momento?

—No, no, solo vayámonos de aquí —pedí, arreglándomelas para mostrarle una gran sonrisa.

La jefa de las animadoras

Había ido con la idea de contarle mil cosas horribles de Dani a Cooper para que entendiese que yo no tenía la culpa de que me besase en aquel partido, pero no pude hacerlo. Apenas hablamos, salvo intercambiar algunas palabras sobre nuestras respectivas carreras hasta que llegamos a una cafetería cercana, porque sinceramente no quería quedarme en mi extrabajo.

Pero cuando llegó la hora de la verdad no fui capaz de poner verde a Dani, no después de lo bien que se había portado conmigo tras la boda.

Aquella noche después de desmaquillarme y lavarme había salido de vuelta a la habitación. Dani estaba tumbado y tenía los ojos cerrados, pero estaba segura de que seguía despierto.

—Puedo meterme en la otra cama... —ofrecí con timidez.

—No digas tonterías —se rió—. ¿Si vienen nuestros compañeros como explicarás que no compartamos cama?

—Podemos decir que estamos esperando hasta el matrimonio —bromeé.

Dani se levantó lo justo en la cama y tiró de mi mano, haciendo que me estrellase contra su pecho y volviese a romper en escandalosas carcajadas.

—Pesas un montón. —Fingió tener dificultades para hablar, porque yo había caído justo sobre su cuerpo.

—Imbécil —me quejé, pero no me quité, al revés, me revolví sobre él para cargarle con más peso.

—¡Oh! Para, por favor —gimoteó, aunque sus ojos azules brillaban con diversión.

—¿Quieres que me quite, seguro? —Me mordí el labio con una sonrisilla.

—Siento lo que te dije —susurró entonces, sin responder a mi pregunta, mientras me apartaba un mechón de la cara—. No es verdad que te parezcas a Debbie, ella no se reía, ni bromeaba conmigo. Tampoco es verdad que no seas una caja de sorpresas. —Sentí mis ojos llenarse de lágrimas por sus palabras, jamás me imaginé a Dani diciéndome cosas bonitas—. Pero no quiero volver a tener una relación. Ya me casaré cuando tenga cuarenta, ahora quiero divertirme y disfrutar de lo que me gusta hacer. Y lo siento, pero lo que me gusta hacer a mí y lo que te gusta a ti, son cosas muy diferentes.

—¿Y quién dice que yo quiera tener algo contigo?

Me levanté de encima suya y me alejé un par de pasos. Las lágrimas porque me dijese «cosas bonitas» habían pasado a lágrimas por su rechazo, o quizá seguía siendo el alcohol. Me convencí de nuevo de que debía ser eso. El lunes todo estaría más claro.

Quise correr para volverme a encerrar en el baño, pero estaba segura de que no era buena idea. No podía huir siempre de él, y si lo hacía, sabría que me afectaban sus palabras.

—Sé que no quieres nada conmigo, *Princesa Peach* —murmuró—. Solo... necesitaba explicarte lo que yo siento.

—Está bien, me alegro de que estés madurando. —Me esforcé mucho en sonreír y estaba segura de que lo había conseguido.

—Y ahora vamos a dormir. —Se levantó de la cama para quitarse la chaqueta del traje y la corbata.

Hasta ese momento no me planteé como íbamos a dormir. Aquel vestido de Tamy era demasiado incómodo como para dormir con él puesto, pero no quería desnudarme delante de Dani. Y cuanto más lo pensaba, más incómodo me parecía el vestido y más se me clavaba por todas partes.

—¿Café? —La voz de la camarera me devolvió al presente.

—Claro —acepté. Esperé hasta que nos sirvió a los dos y luego se fue a otra mesa para hablar con Cooper—. Dani no es mi novio —le dije.

—Es el capitán de mi equipo, Kath, y tú me gustas mucho. Así que entiende que estoy en una posición muy incómoda... —Me dirigió una sonrisilla nerviosa.

—Tú también me gustas —reconocí lamiéndome los labios con nerviosismo—. Dani y yo compartimos piso. —Eso provocó que él alzase una ceja y yo me sonrojé. Quizá no había sido la mejor forma de decirlo—. Con otra chica, Marla —expliqué—. Desde que me mudé, Dani y yo nos hemos llevado mal y hemos estado gastándonos bromas pesadas... Hacerse pasar por mi novio delante de ti solo fue una broma más para fastidiarme. Pero no le gusto —me defendí—. Dice que me parezco mucho a una tal Debbie y que soy muy aburrida y no sé que más.

—No te pareces a Debbie —negó él con una risa, mucho más tranquilo.

—¿La conoces? —dudé un poco, casi había pensado que Dani se había inventado a esa chica para «rechazarme».

Era consciente de que había sido muy tonta y que me había dejado «conquistar» por él, pero a la luz del domingo, con la resaca, me había dado cuenta de que no me gustaba de verdad. Solo me había dado cariño en un

momento muy bajo de mi vida, cuando estaba dolida por ver a Rick y Paula juntos una vez más.

—Es la jefa de las animadoras de nuestro equipo —explicó—. Salió con Dani el año pasado, o el anterior. —Se encogió de hombros con indiferencia.

Bebí de mi café para ocultar una sonrisilla, no quería que Cooper me malinterpretase. ¿Así que Dani había salido con una animadora? Cooper acababa de darme material para reírme de él durante un mes al menos. El tiempo que nos quedaba de compartir piso. Y la idea de mudarme me hizo dejar de sonreír.

—El mes que viene me mudaré —expliqué entonces—. Y no tendré que tratar más con ese insufrible e insoportable niño.

—Entonces... ¿Estaría bien si te invito a cenar?

—Si me dejas cambiarme de ropa primero, sería genial —acepté.

La guarida del mal

Quedé con Cooper a las ocho para cenar, en un restaurante cerca de la universidad, pero no fui a mi casa a cambiarme, fui directa a la de Tamy. Estaba segura de que tendría ropa mucho más apropiada para mi cita.

—Quiere cenar conmigo —le dije dejándome caer sobre su cama con un suspiro soñador.

—¿Dani? —me preguntó mi amiga, mientras cerraba la puerta para que su hermano que estaba en el salón no nos oyese.

—¿Qué? ¡No! ¡Cooper!

—Es verdad, que habías quedado con él. —Me dio un golpecito en la pierna para poderse sentar a mi lado.

—Le he explicado que Dani es mi compañero de piso y que nos dedicamos a fastidiarnos. Y quiere cenar conmigo...

—¿Y qué pasó con Dani? —insistió Tamy.

—¿Qué le pasa? —Fruncí el ceño por su falta de interés por lo que a mí me parecía un notición.

—Rick me ha dicho que desaparecisteis por la noche y nadie sabe dónde dormisteis... —cuestionó curiosa—. De hecho, ha hablado de Dani y muy mal. Lo he disfrutado muchísimo.

Me sonrojé al pensar en «aquello»:

Después de que Dani empezase a desvestirse y cuando yo aún dudaba que hacer, Rick y Paula habían entrado en nuestro dormitorio compartido. Casi me parecía una broma de mal gusto, pero dudaba que mi madre lo hubiera hecho aposta, no debía saber que iba a compartir habitación con ellos.

—Tiene que ser broma —me quejé.

—¿No había más habitaciones? —dijo Paula.

Pero casi creí que había sido cosa suya.

—Yo pensaba que a ti te gustaba compartir habitación con mis novios... —resoplé molesta.

—Sí, pero no me gusta que tú estés en ella —se burló. Y como si tal cosa se desabrochó el vestido rosa y lo dejó caer a sus pies, dejando a la vista su ropa interior de encaje a juego con el vestido.

—Vale, no quiero que vuelvas a protagonizar las tendencias de Youtube —

bromeó Dani. No me di cuenta hasta entonces de que había dado un paso hacia ella.

Mi novio de pega me envolvió con su chaqueta, inmovilizándome un poco y se agachó para cargarme sobre su hombro, recogiendo su corbata y mis zapatos en el proceso. Se podía decir muchas cosas de Dani, pero de verdad parecía un hombre radiactivo pendiente de todos los detalles.

—¡Eh, bájame! —pedí, pero no pude evitar volver a estallar en carcajadas.

—Cuando digas las palabras mágicas, *Princesa Peach* —se negó.

—¿Por favor? —supliqué, mientras le veía cerrar la puerta de la habitación y caminar por el pasillo enmoquetado.

—¿Qué rollo de palabra mágica es esa?

—¿Abra kadabra? —lo intenté de nuevo.

—Te daré una pista —se rió entrando en el ascensor—. Es mi superhéroe favorito...

—¡Pero si nunca me lo dijiste!

—Que aburrida... La palabra mágica era: «quie-Thor».

Después de eso me bajó al suelo. Y no pude evitar reírme a carcajadas. Definitivamente bebí demasiado.

—Dios, después de ese chiste tan malo deberíamos dejar nuestra relación falsa —seguí riéndome doblada por la mitad—. ¿Cuánto has bebido?

—¿Y tú, para que te haga tanta gracia? —me dijo, pero sonreía.

—Vale, ya no me haces gracia. —Traté de ponerme seria, pero no lo conseguí—. ¿Dónde vamos? —pregunté, cuando salimos del ascensor y me pidió que me pusiera los zapatos.

—A la guarida del mal... —bromeó, con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad Thor es tu superhéroe favorito? —pregunté, mientras le seguía fuera.

—Tengo muchos favoritos —se encogió de hombros—, pero era un chiste muy fácil.

Rodeamos el hotel en silencio, no se me ocurría nada más que decir, así que le seguí sin más. Quise preguntarle de nuevo dónde íbamos, pero me fiaba de él, podía ser un niño insoportable, pero era de fiar.

Paró junto a su todoterreno y me indicó que esperase con un gesto, no pude evitar reírme un poco por tanto secretismo. Debía dejar de beber.

Le miré hacer mientras tumbaba los asientos de atrás y enganchaba una tela para que no se viese desde la parte delantera. Los cristales de la parte trasera estaban todos tintados, así que por un momento dejé de ver lo que hacía.

—Tu cama, princesa —bromeó, tras abrir la puerta del maletero.

Rodeé el coche para verlo: había extendido una colchoneta que cubría toda la parte trasera, dejando el hueco perfecto para dormir allí, y tenía un par de mantas extendidas a un lado.

—¿Duermes mucho en tu coche? —curioseé mientras subía con ayuda de su mano.

—Más de lo que voy a reconocer jamás —bromeó.

Me quité los tacones y le devolví su chaqueta, que él tiró a un lado. Luego cerró la puerta, encendió la linterna de su móvil para alumbrarnos y se recostó un poco.

—¿De verdad vamos a dormir aquí? —pregunté, cogiendo un cojín que había a un lado.

—Quizá pasemos un poco de frío, pero puedes pegarte a mí, si quieres —ofreció con una sonrisa prepotente.

—Déjalo. —Me tumbé lo más alejada que pude y me arropé con una de las mantas. La verdad es que prefería eso antes que dormir con Paula y Rick.

Pero el vestido seguía clavándoseme por todas partes y no lograba encontrar la postura. Notaba la tela picarme, rasparme y apretarme.

—¿Qué te pasa? —me preguntó después de un rato.

—Estoy harta del vestido —reconocí.

Dani volvió a encender su móvil, y se inclinó entre los asientos delanteros apartando la tela-separación. Volvió con algo que me lanzó a la cara, haciéndome reír de nuevo.

—Esta noche serás *Punisher* —me dijo.

La sudadera tenía el símbolo de una calavera que no reconocí, pero no quise decírselo. Me metí la prenda por la cabeza y luego me desabroché el vestido. Le hubiese pedido que no mirara, pero sabía que Dani no me haría caso.

—Buenas noches, Dani —me despedí dejando el vestido a un lado y metiéndome bien en la sudadera.

Me sentí liberada entre los pliegues suaves de su prenda, que me cubría difícilmente por debajo del culo, y me volví a tumbar, pero tan pronto como la luz se apagó sentí los brazos de Dani rodearme y pegarme contra él. Exclamé algo sorprendida, pero él se limitó a reírse.

—Hace frío, *Princesa Peach*, no seas aburrida. —Me besó la frente y se acomodó un poco mejor, rodeándome con más fuerza. No me di cuenta de que estaba helada hasta que sentí su calor—. Además, hasta mañana seguimos siendo novios falsos.

Por suerte a la mañana siguiente me desperté antes que él y pude quitarme de encima de su pecho para que no viese que le había babeado. En algún momento se había quitado la camisa, aunque estaba segura de que se había dormido con ella puesta.

—Y eso fue lo que pasó —expliqué a Tamy—. En el desayuno con mi familia se portó bien, teniendo en cuenta que es Dani. Soltó algún chiste malo que nadie pilló, alguna referencia a superhéroes que solo entendió Jaime y mis padres acabaron encantados con él. Luego se llevó a Jaime a la habitación y consiguió que ese crío recogiese sus cosas en un tiempo record. Odio a los hombres radiactivos. Ah, y mi madre me aseguró que tendría el coche para navidades. Así que no me importa apenas que me hayan despedido.

—¿Te han despedido? —preguntó boquiabierta.

—Más o menos, no querían pagarme horas extras y querían que trabajase este *finde*, y tengo que cumplir mi parte del trato con Dani, así que no puedo trabajar. —Me sonrojé al decirlo, porque vi claramente lo que Tamy pensaba de ello—. Y ahora tengo que arreglarme porque he quedado con Cooper. ¿Te acuerdas de él? Es el que nos gusta de verdad. —Me levanté de su cama y abrí su armario para que se pusiera en marcha.

—Pues a mí me gusta Dani, como no te lances con él, lo haré yo... —se rió mi amiga.

—Adelante, todo tuyo. —Se lo cedí—. Mi vida está bien así, no necesito complicármela con un Dani —bromeé.

Temblor de rodillas

Me había puesto un vestido rojo, con los zapatos negros y el abrigo a juego. Yo estaba segura de que iba demasiado arreglada, pero había merecido la pena por ver la cara de Rick cuando pasé por su lado para salir de casa de Tamy.

—¿Dónde vas? —me había preguntado, como si aún fuésemos algo y tuviese derecho a opinar.

—A darle una sorpresa sexual a Dani —mintió Tamy por mí.

—¿Ya no eres una estrella de mar en la cama? —se burló Rick, y supe que trataba de hacerme daño.

—Es que no me esfuerzo por menos de cinco centímetros, lo siento. —Le guiñé un ojo perfectamente maquillado por mi mejor amiga y luego me despedí de ella.

Tuve que coger el autobús hasta el sitio dónde habíamos quedado Cooper y yo, pero no me importó. Ni siquiera lo hizo tener que ir de pie porque iba atestado de gente, ni que todos me mirasen raro porque parecía que acababa de salir del teatro o algo igual de elegante.

Cooper ya estaba cerca del restaurante cuando llegué, y me saludó con un ruidito fascinado y un beso en la mejilla que me hizo sonreír como una idiota. Él llevaba unos pantalones de traje y una camisa negra.

—¿Vamos? —Me tendió una mano que cogí encantada.

Tenía las manos enormes. Estaba segura de que era más alto que Dani y también más musculoso. Tardé un par de minutos en darme cuenta de que los estaba comparando. Sí, soy algo lenta, pero mis procesos mentales en general iban más despacio al lado de mi tío bueno bibliotecario adicto a los refrescos.

Era un sitio caro, allí dentro no desentoné tanto como en el autobús. Los camareros llevaban pajarita y todo.

—¿Y qué tal tu día? —preguntó Cooper con amabilidad, después de pedir vino, supuse que por hablar de algo.

—Me han despedido del curro, aún tengo resaca por la boda de mi primo del fin de semana y mi ex me ha insultado... —expliqué, aunque no pude ocultar la sonrisa—. Pero espero que ese vino lo cure todo.

—¿Tu ex? —dudó.

—Sí, es el problema de salir con los hermanos de tus amigas. —Puse los

ojos en blanco, y él se echó a reír, algo más relajado. Me pareció que suponía que hablaba de Dani. Quizá no se había creído mi excusa tanto como yo pensaba—. Pero no hablemos más de mí —le hice un gesto para restarle importancia con la mano—, cuéntame algo de ti.

—Pues no hay mucho que contar, la verdad. —Me dirigió una sonrisa que me pareció algo tímida—. Entre estudiar y el baloncesto no tengo tiempo para nada...

—¿Por qué estudias periodismo? —cuestioné.

El camarero nos sirvió el vino y pedimos la cena. Los dos sabíamos perfectamente que pedir aunque apenas habíamos mirado la carta. Cooper pidió pasta con tomate y yo pescado. Cuando nos quedamos solos de nuevo, respondió a mi pregunta.

—Vivir del baloncesto no es muy realista. —Me sonrió con algo de pena—. No me malinterpretes, me encanta, pero es poco probable que triunfe con ello, así que pensé en hacerme periodista deportivo. Adoro el deporte, todo él.

—A mí me pareció que jugaste muy bien —traté de animarle.

—Soy bueno —se echó flores con una risa—. Pero algo bajo para ser alero, que es la posición dónde juego —explicó—. En una liga universitaria está bien, pero en las ligas reales no intereso.

—Dani es más bajo que tú —dije, y luego me mordí el labio porque pareció algo desconcertado porque le nombrase, o quizá molesto.

—Él es base y un estratega buenísimo. Se le ocurren pases imposibles y jugadas increíbles. El entrenador no ha planeado una jugada desde que él está en el equipo —se rió—. En fin, no quiero aburrirte hablándote de deporte.

—No me aburres —aseguré.

—¿Y por qué derecho?

—Para atrapar a los malos y encarcelarlos, claro. —Sonreí de forma forzada, porque se me habían llenado los ojos de lágrimas y le di un trago al vino para disimular.

Algún día, si lo nuestro iba bien, le hablaría de Andy, pero hoy no era ese día. El camarero trajo nuestra cena un minuto después. Tiempo que permanecimos en un silencio algo tenso.

—¿Y que aficiones tienes, a parte de combatir el mal? —bromeó, y apreció el cambio de tema.

—¿Te refieres a cuando tenía vida? —Abrí mucho los ojos, con diversión—. Me encanta leer, puedo pasarme horas seguidas con un libro. Y salir de fiesta con Tamy.

Me lo pensé un poco, pero no se me ocurrían muchas más cosas. Desde que era adolescente me había pasado la vida estudiando y mi escasa vida social era con Rick, Paula y Tamy. Y ahora, había pasado demasiado tiempo trabajando, estudiando y discutiendo con Dani.

—Te has olvidado de tomar refrescos en la biblioteca conmigo —recordó, con una sonrisa pícaro.

—Es verdad, es la mejor parte de mi día, y no es broma.

—Pues me alegro de haber hecho un poco mejor tus días, Kath. —Me sujetó la mano sobre la mesa y apretó sus dedos con los míos, de forma cariñosa. El corazón latió desbocado contra mi pecho.



Después de la cena, que había sido increíblemente agradable y nos habíamos contado nuestras respectivas vidas de forma bromista y distendida, Cooper había insistido en acercarme a casa con el coche.

—Iré en autobús, no pasa nada —le dije, pero eso pareció sorprenderle.

—¿Qué clase de hombre dejaría ir a una chica tan guapa en autobús? — fingió horrorizarse y me hizo reír.

Sabía que clase de hombre hacía esas cosas. Rick había pasado de mí mil veces y me había tenido que ir andando a mi casa en medio de la noche, pero la verdad, no quería hablar más de él.

Le di mi dirección a Cooper, que condujo con la radio puesta. No pude evitar ir canturreando la canción que sonaba y eso le hacía sonreír. ¿Sabéis esas chicas perfectas, guapísimas, que todo lo hacen bien? Esa es Tamy. Yo no es que sea la mejor cantante del mundo, ¿vale?

Cuando paró frente a mi casa bajó del coche a toda prisa y se dio la vuelta como si quisiera abrirme la puerta de una forma muy anticuada, que me hizo reír de nuevo a carcajadas.

Me cogió la mano y el corazón se me puso a mil y la cena brincó en el estómago por los nervios. Estaba tan cerca que podía oler su aliento al chicle de menta que me había ofrecido al montar en el coche y que yo había rechazado.

—¿Nos vemos mañana en la biblioteca, Kath?

—¿Es como una cita? —pregunté, con una sonrisilla.

—Sí, exactamente es una cita —admitió, sin rastro de duda.

—Allí estaré.

Y entonces lo hizo, se inclinó sobre mí, porque él podía decir que no era alto, pero era enorme, y pegó sus labios a los míos. La menta me refrescó la boca y sus labios suaves acariciaron con dulzura los míos. Suspiré sin darme cuenta y le rodeé el cuello con los brazos.

Él me sujetó de la cintura y profundizó el beso, introduciendo la lengua en mi boca como si fuera un sensual y cálido baile y a mí volvió a escapárseme un gemido de satisfacción.

El beso se hizo menos intenso poco a poco y Cooper volvió a separarse de mí con un suave y tierno beso en los labios que hizo que me temblasen las rodillas.

—Nos vemos mañana, Kath —se despidió, apartándose de mí.

—Hasta mañana —le dije y tropecé con mis propios pies al intentar irme, por suerte mantuve el equilibrio y tal vez incluso algo de dignidad y pude llegar hasta casa.

Crispación

—Dime que vendrás —me había pedido Cooper, dándome dos entradas para su partido con una sonrisa dulce. Se acababa de sentar a mi lado en la biblioteca y me había saludado con un suave beso en los labios—. Después nos iremos de fiesta para celebrar que hemos ganado.

—¿Ya sabes que vais a ganar? —me metí con él bromista.

—Claro que sí, nena, somos los mejores —celebró, y alguien le mandó callar porque había subido el tono emocionado.

—Está bien, iré —acepté, cogiendo las entradas.

—Mañana, a las seis, no faltes. —Se volvió a levantar y me dio otro beso—. Tengo que ir a entrenar, nos vemos mañana.

—Hasta mañana —me despedí con una sonrisilla.

Y allí estaba, en el partido, sentada junto a Tamy que se limaba las uñas con aire distraído, aunque el partido ya había empezado.

Había dudado mucho si ir, sobretodo después de que Dani la liase la otra vez que lo hice, pero si no iba seguramente Cooper se lo tomaría a mal. Y no quería que nada estropease lo nuestro ahora que iba tan bien.

Llevábamos toda la semana viéndonos en la biblioteca, aunque solo a ratitos cuando él no estaba entrenando. El miércoles había vuelto a llevarme a cenar, y nos lo habíamos pasado genial, y ahora me moría de ganas de ir con él de fiesta.

—No sé —comentó Tamy de pronto, como si estuviera siguiendo una conversación que yo no recordaba haber tenido—. Pero Dani me parece *supermono* —me dijo.

—¿Mono?

Miré al chico de ojos azules. Tenía el pelo completamente revuelto, como si se hubiera pasado la mano sudada por él muchas veces. En ese momento llevaba la pelota y hacía señas a sus compañeros que no logré entender.

Las entradas que Cooper nos había dado eran muy buenas, estábamos prácticamente a pie de pista, viéndolo todo desde muy cerca. Y Dani solo estaba unos cuatro metros más allá de nosotras, así que le podía ver perfectamente, su gesto concentrado, su brazo lleno de tatuajes frikis que se movían al ritmo del bote de la pelota...

Yo no hubiese usado la palabra «mono» para describirle, y mucho menos

acompañada del «súper», pero sí que era guapo, mucho, de una forma muy poco clásica. No se parecía a los ositos con corazones en los ojos que a una le vienen a la cabeza al oír el término «supermono».

Cooper sin embargo era muy diferente, era el chico al que llevarías a casa a conocer a tus padres. Alto, guapo, simpático, deportista... Era un chico al que se le encendían los ojos al mirarme y la sonrisa amable te hacía querer entablar una conversación con él. Si había que definir a alguien como «supermono», era a Cooper.

Pero sabía que mi amiga no lo veía, solo podía mirar a Dani. Y entendía el motivo. Tamy siempre había salido con chicos buenos, estudiosos, su último novio había sido el hijo del mejor amigo de su padre, del club de campo. Tamy siempre había salido con chicos como Cooper, y la parte poco clásica de Dani la atraía como un imán a un metal.

—No es buena idea, Tamy. —Traté de proteger a mi amiga.

—¿Qué? ¡Ya lo sé! Solo digo lo que me parece —me dijo, pero se sonrojó y juro por Dios que nunca había visto a Tamy sonrojarse así.

—Dani no es mono, tía —expliqué—. Es peligroso.

—Solo haces que me guste más —se quejó—. ¿Te acuerdas cuando tu madre te decía que el fuego quemaba? Pues yo quiero que ese chico me quemé entre las piernas...

—Oh, Dios. —Me tapé los oídos fingiendo estar más horrorizada de lo que me sentía.

—Pero es tuyo, así que... jamás haría nada.

—Yo salgo con Cooper —me vi en obligación de recordárselo.

—De momento. —Se encogió de hombros—. ¿Crees que Dani irá a esa fiesta?

—Espero que no —murmuré.

Entonces pasó algo en la pista, estaba tan concentrada en Dani que no pude ver bien lo que sucedía, pero el público empezó a rugir enfadado. Atiné a ver a Cooper en el suelo, agarrándose la nariz y un par de jugadores de su equipo sujetaban a un chaval del otro, que parecía querer ir a por él. ¿Le había pegado? ¿Esas cosas eran legales?

El arbitro pitó y empezó a hacer gestos para que se separaran o para que alguien fuera a socorrerle o algo. Estuve a punto de saltar de mi asiento, pero no me pareció la mejor idea. Dani fue el primero en llegar hasta él y le obligó a quitarse las manos de la cara. Pude ver su rostro ensangrentado un segundo, antes de que un montón de gente se pusiera en medio.

Estaba tensa y me di cuenta de que me había puesto de pie en algún momento, pero no me senté hasta que Cooper se levantó y la gente empezó a aplaudirle. Llevaba una toalla contra la cara y caminaba hacia el banquillo, que estaba justo delante de mí.

Otro jugador salió en su lugar, mientras limpiaban la sangre del suelo. Y me pareció que expulsaban al que le había pegado, que se quejó a gritos que no logré entender, porque me palpitaba tan fuerte la sangre en los oídos que no oía más que ruido.

—¿Estás bien? —Me acerqué a Cooper todo lo que la vaya me permitió, mientras un hombre le examinaba la nariz que no dejaba de echar sangre.

—Sí —aseguró, mirándome un segundo antes de que aquel hombre le sujetase la cabeza para que mirase al frente.

Volví a mi asiento sin quitarme la sensación de preocupación de encima. Nadie debía golpear un rostro tan perfecto como el de Cooper, no era justo. Tamy me apretó la mano en señal de apoyo cuando volví junto a ella.

El ambiente en el estadio cambió tan bruscamente, que hasta yo que no entendía nada de baloncesto me di cuenta de ello. La gente estaba crispada, cabreada, gritaban a voces cada vez que alguno de los del otro equipo hacía «algo», cuando cometían algún tipo de falta o cualquier gesto fuera de lugar.

Y Dani no parecía mucho más tranquilo que el resto. Nunca me había dado la sensación de que Cooper y él tuvieran una amistad como para cabrearse tanto por lo que le sucediera al chico, pero había llegado a conocer bien a Dani. Reconocía su puño libre cerrado como una señal de enfado. Sus hombros tensos y el botar demasiado fuerte la pelota.

Una de las veces le pasó tan fuerte el balón a su compañero que se salió por uno de los laterales del campo y estuvo a punto de dar a los espectadores del lado contrario.

El entrenador le gritó cosas muy poco agradables que esta vez sí que entendí, y le cambió por otro jugador. Lo cual no mejoró el humor de Dani. Se dejó caer junto a Cooper, sin chocar las manos de sus compañeros como ellos parecían esperar, y recogió una toalla que le tendía un chico.

—Ahora no puedes negar que Dani es más guapo —bromeó Tamy.

Habían quitado casi toda la sangre de la cara de Cooper, pero le habían colocado dos taponés dentro de la nariz que la hacían parecer grande y deformada. Golpeé a mi amiga en el brazo sin usar fuerza y sentí lástima por Cooper.

El entrenador se sentó junto a Dani y empezó a decirle algo, que el moreno

solo respondía con encogimientos de hombros y gruñidos que podía oír perfectamente. Me pregunté cual era el verdadero motivo por el que se había cabreado tanto.

Ni Cooper ni Dani volvieron a jugar en los cinco minutos que quedaban, pero ganamos de forma holgada, por más de diez puntos. Cuando el equipo empezó a celebrarlo ellos se quedaron al margen.

El chaval del otro equipo que había golpeado a Cooper se acercó para disculparse, tendiéndole la mano a los chicos. Cooper la aceptó, pero Dani se limitó a darse la vuelta y meterse en los vestuarios.

¿Qué mosca le había picado?

Congelación

Estábamos esperando a Cooper dónde él nos había pedido, en la salida de los vestuarios a la calle. Pero al primero que vimos fue a Dani. Y después de la boda se había creado una extraña tregua entre nosotros, que yo quise conservar, así que me vi en la obligación de preguntarle.

—¿Estás bien, Dani? —Apoyé una mano sobre su brazo, porque parecía querer pasar de largo y me miró con las aletas de la nariz dilatadas.

Estaba claro que seguía cabreado, aunque por su chándal y las gotas que caían de su pelo debía haberse duchado y todo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, con el ceño aún más fruncido de lo que ya lo llevaba.

—Esperar a Cooper —reconocí algo sonrojada.

—¿Tú no vienes a esa fiesta? —cuestionó Tamy.

—¿Te parece que tengo algo que celebrar? —respondió borde.

—Habéis ganado... —le recordé.

—No gracias a mí. —Se liberó de mi mano, que seguía sobre su brazo y dio un paso para alejarse, aunque luego se giró de nuevo hacia mí—. Mañana a las nueve en casa, *Princesa Peach*.

Y ese era Dani. Todo borderías, cabreos y órdenes. No me preguntó, ni se dignó a responder a mis preguntas, solo imponía su ley y ya está. Se largó después, como si ya no le interesara seguir hablando con nosotras.

—Dios, es tan... —Tamy se mordió el labio.

—No entiendo que ves en él —aseguré.

No le había dicho a mi amiga que durante la boda yo también había sentido cosas. Pero era diferente, ese Dani atento, divertido y juguetón no existía el resto del tiempo, así que era como si hubiera sentido cosas por alguien muy diferente.

—Sed sinceras. —La voz de Cooper nos sobresaltó—. ¿Estoy muy mal?

—Peor —exageré con dramatismo, aunque se me escapó una sonrisilla.

Se había lavado bien, y cambiado el uniforme por unos vaqueros desgastados y una chaqueta oscura de tela. Y salvo porque aún llevaba dos bolas dentro de la nariz, y tenía el puente enrojecido, parecía el de siempre.

—Nada que un poco de maquillaje no pueda arreglar —se rió Tamy.

—Ya, déjalo, prefiero llevar mi marca de guerra con orgullo —bromeó, antes

de saludarme con un beso rápido en la mejilla y caminar con nosotras hasta su coche que no estaba muy lejos.

—¿Por qué te ha pegado? —dudé.

—Según él me he metido en su camino. Según Dani quería quitarme de en medio porque era más bajo que yo y no conseguía pasar por encima. Yo creo que simplemente estaba rabioso por ir perdiendo.

—¿Y por eso se ha cabreado tanto Dani? —preguntó Tamy y podría haberla besado por preguntarle a Cooper lo que yo no me atrevía.

—Dani se toma las cosas muy a pecho —explicó—. Para él es su vida, no un juego. —Se encogió de hombros—. Se ha cruzado al chaval al salir de los vestuarios y han tenido que ir tres tíos a separarlos —se rió un poco, abriéndome la puerta del copiloto como un caballero anticuado.

Me pareció que había algo más, pero no lo comenté. Yo no había visto a Dani cabrearse así nunca. Ni siquiera cuando le moví todos sus juegos. Era un cabreo mucho más profundo, y dudaba que fuese porque otro chaval había pegado a Cooper.

—Entonces, ¿Dani no irá a la fiesta? —insistió Tamy desde el asiento de atrás, cuando Cooper arrancó.

Este me lanzó una mirada dudosa, como si pensase que el interés de Tamy en Dani tenía algún motivo oculto. Así que necesité explicárselo antes de que volviese a no hablarme durante una semana.

—A Tamy le gusta Dani —resumí.

—¡No me gusta! —protestó mi amiga—. Solo me parece mono...

—Pues no creo que vaya —respondió Cooper—. Él no suele ir a estas cosas. Fue la semana pasada, pero solo diez minutos y desapareció con Debbie.

¿La semana pasada? Dani había aparecido con la cara llena de pintalabios. ¿De su exnovia? Me contuve con todas mis ganas de preguntar y Tamy tampoco pareció encontrar nada más que decir.

Follow!

Logré olvidarme de Dani y de su animadora al segundo vaso de cerveza. Pese a que la casa estaba llena de ellas y de vez en cuando me preguntaba si alguna sería «Debbie». Cooper había presentado a Tamy a un tal Matt, un mulato enorme que jugaba con él en el equipo, y con el que mi amiga se había ido a bailar encantada.

—Te invitaría a bailar, pero el médico me ha dicho que no haga esfuerzo. — Se señaló la nariz—. No quiero mancharte de sangre.

—Es lo más romántico que me han dicho nunca —bromeé, pero quizá era verdad.

—¿Vamos fuera? —me ofreció, tendiéndome una mano—. Necesito inhalar oxígeno con sangre, aquí solo huele a sudor y sangre. —Puso mala cara y no pude evitar reírme.

Apoyé mi mano sobre la de él y me dejé guiar por la puerta trasera hasta la calle. Había una piscina enorme, dónde se habían metido algunos insensatos.

—¿Vamos a presenciar Titanic dos? —bromeé—. Ya empiezo a ver labios morados y signos de congelación.

—Cena con espectáculo.

Me guió hasta una hamaca que había a un lado, en el porche, sin acercarnos al agua congelada, y me señaló para que me sentase primero. Luego se sentó a mi lado y puso sobre sus piernas una bolsa marrón en la que yo no había reparado.

—La he robado de la nevera —aseguró, con una sonrisa pícara.

Dentro había un táper de ensalada con trozos de pollo y salsa. Me tendió un tenedor que también sacó de la bolsa y picoteamos juntos. Mirando de verdad el espectáculo que daban los de la piscina. Estaban jugando con una pelota a una especie de baloncesto con una canasta infantil hinchable que no dejaban de volcar y lanzar por los aires. Cuando uno iba a marcar otro la tiraba hacia el lado contrario.

—¿Crees que ganará alguno? —me reí.

—El más grande de todos, sin duda. —Se encogió de hombros—. Será el que tarde más en congelarse.

La pelota se les escapó por un lado, y uno de ellos salió por el borde para cogerla. Me di cuenta en ese momento de que solo llevaban la ropa interior puesta. Cooper también pareció percatarse, porque me tapó los ojos fingiendo una exclamación molesta.

—Estos jovencitos sin valores... —bromeó.

—¿Cuántas veces has jugado a eso? —Los señalé aún oculta tras su mano.

—Más de las que reconoceré ante ti —prometió—. Vale, ya no hay peligro, puedes volver a mirar.

—No me interesan tanto —asegué, mirándole a él.

Pegó sus labios a los míos tan de golpe que casi me sobresaltó. Yo aún tenía el táper en la mano, y no podía más que corresponderle a su beso con

inseguridad. Y entonces, los chavales de la piscina, parecieron reparar en nosotros y empezaron a gritar, gruñir y hacer ruidos obscenos.

—¿Jugáis? —nos preguntó uno de ellos lanzándole la pelota a Cooper, que la agarró y la mantuvo lejos de mí.

—Sí, pero no contigo —se rió Cooper antes de devolvérsela.

El resto se burlaron de su amigo y le hundieron en el agua hasta que tocó el fondo seguramente. Luego siguieron a lo suyo, ignorándonos.

—¿Quieres beber algo? —me ofreció Cooper, algo más tímido por la interrupción. Yo me limité a asentir, asediada por la misma timidez.

Solo compañeros de piso

Me despertó la banda sonora del Rey León a todo volumen, pero solo consiguió hacerme sonreír como una idiota. Escondí la cabeza en la almohada y di un gritito emocionada. Mi vida al fin estaba encaminada, todo iba genial. No podía creerme la suerte que tenía.

Cooper era genial. Habíamos estado hasta las tantas charlando animados (no logré encontrar a Tamy así que deduje que estaba bien), y había descubierto muchas cosas de Cooper: al parecer no bebía alcohol; su color favorito era el rojo, que era del color que jugaba su equipo por cierto, y siempre lo hacía con el dorsal número treinta y tres; y «Cooper» era su apellido, pero se había negado a decirme su nombre, así que yo había empezado a llamarle por todos los nombres horribles y anticuados que se me ocurrían.

Me había llevado a casa pasadas las cinco de la madrugada, y según mi móvil, ahora eran las ocho, pero no me importó haber dormido solo tres horas, me sentía en una nube. Nos habíamos besado un par de veces más, pero era incómodo para él por su nariz magullada.

Me levanté de la cama cuando Dani subió el volumen diez minutos después, debía ser su forma de *preocuparse* por mí.

Salí de mi habitación con la ropa limpia en la mano y me fui directa a la ducha, sin molestarme en saludar a Dani. La verdad es que me gustaba la banda sonora elegida para torturarme ese día, así que la canturreé mientras me duchaba.

Me puse los vaqueros, un jersey grueso que me llegaba hasta medio muslo y las botas hasta las rodillas. Hacía mucho frío y no sabía dónde tenía pensado llevarme Dani. Me sequé el pelo y lo recogí en una trenza que me llegaba hasta media espalda y salí de allí.

Dani estaba sentado en la mesa baja, con dos cafés delante y tecleando algo en su portátil. No me miró, pero apagó la música con un mando y me hizo hueco para que me pusiera a su lado.

—Te he hecho el desayuno —me dijo tirándome una magdalena.

—¡Oh, que amable! —Me hubiese gustado tener un cartelito que rezase «sarcasmo» para enseñárselo.

—No hay de qué. —Ignoró mi tono—. Tómate el café también, será un día duro —apuntó, pero se le escapó una sonrisa.

Puse los ojos en blanco, pero me comí la magdalena, solo porque aún estaba envuelta en su plástico, y me bebí el café. Era la primera vez que Dani me hacía el desayuno y no iba a hacerle ascos.

Cotilleé su portátil mientras lo hacía, porque me aburría y él estaba muy inclinado hacia delante. Tenía la pantalla dividida en varias ventanas negras, con letras blancas, y escribía muy rápido con símbolos del teclado que yo no había usado en la vida.

—¿Estás descargando porno? —bromeé, por decir algo.

—Estoy trabajando. —Pese a ello me dirigió una sonrisa.

—¿Trabajas en Matrix? —curioseé, porque pese a todo no sabía nada de él.

—Más o menos —se rió—. Pero te doy un diez por la referencia friki, *Princesa Peach*.

—¿No vas a satisfacer mi curiosidad? —lo intenté de nuevo.

—¿Sientes mucha curiosidad por mí? —Me miró entonces, con una ceja alzada y sus ojos azules brillando de diversión. Definitivamente Dani era un demonio. Aparté la vista de él y la centré en mi café, pero ya era tarde, había abierto la caja de Pandora—. ¿Qué opina tu novio de tu curiosidad por mí?

—Cooper sabe que solo somos compañeros de piso —aclaré.

—Oh, ¿eso somos? —Cerró el portátil de golpe, demasiado fuerte, y se levantó del sofá—. ¿Y dónde le has dicho que vas?

—Con mi familia —reconocí sonrojada.

Me había dicho de quedar ese día, y yo no había encontrado una excusa mejor. Suficiente mosqueado estaba Cooper por Dani, sin necesidad de decirle que iba a pasar el día con él.

—¿Y qué debo decirle yo si me pregunta? —Alzó una ceja, realmente parecía de malhumor, me pregunté si lo del día anterior tendría algo que ver. ¿Seguía cabreado por lo que fuera que le había pasado?

—La verdad, Dani —me levanté para encararme a él—, que solo somos compañeros de piso. Cooper me gusta, me gusta de verdad y si me jodes lo que tengo con él...

—¿Qué? —Esperó mi amenaza.

—No lo hagas —rogué—. Solo tendrás que aguantarme un mes y medio más, Dani. Quizá menos. En navidad estaré fuera de aquí. Por favor —supliqué.

—No me gusta mentir —me dijo, y quizá eso era lo que le había cabreado el día anterior, que yo no le dijera a Cooper... ¿qué? ¿Qué debía contarle de Dani? Ni yo entendía nuestra relación o lo que fuera.

—No tienes que mentir, solo decirle que únicamente compartimos piso —

expliqué.

—Eso es mentir, Katherine... —Se revolvió el pelo, como si estuviera nervioso.

—Entonces miente, joder, pero si me jodes la relación, Dani, te joderé la vida —prometí.

—Genial, ahora vayamos a divertirnos. —Tiró el portátil con fuerza sobre la mesa, haciendo que las tazas de café tintineasen y recogió su chaqueta y una bolsa de viaje.

Me hubiese gustado preguntarle, pero estaba cabreada, así que recogí mi propia chaqueta y le seguí en silencio.

Dani lanzó la bolsa al asiento trasero del coche. Me sonrojé al darme cuenta de que la semana anterior habíamos dormido allí, juntos, abrazados, con la cabeza apoyada sobre su pecho tatuado...

No hablamos en los primeros cinco minutos de silencioso viaje, casi hubiera agradecido incluso que pusiera una de sus estúpidas bandas sonoras. ¿Cómo lo había hecho para cabrearme con lo de buen humor que estaba yo?

—No le voy a decir nada, joder, pero quita esa cara de perrito apaleado —se cabreó.

—¿Qué quite...? —resoplé—. No lo entiendes, Dani. Cooper es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. ¿Está mal que quiera conservarlo?

—No, Kath. Olvidemos el tema, ¿vale? No diré nada.

—¿Me has llamado Kath? —Cambié de tema imitando al cuadro del grito, o el emoticono del WhatsApp.

—Sí, es tu nombre, ¿no? —Parecía algo tenso.

—Sí, pero siempre me llamas por ese absurdo mote...

—¡Eh! No es absurdo —se defendió, rumiando algo más por lo bajo que no logré entender.

Dani estaba rarísimo desde el día anterior, pero decidí que era mejor no comentar nada más. Le dejé conducir tranquilo. Y él encendió la radio y dejó que la música llenase el incómodo silencio.

Película *Snuff*

No hablé y me mordí los labios para no cantar con la radio mientras Dani salía a la autopista y conducía durante un tiempo que se me hizo eterno. Yo solo apartaba la mirada de la carretera para comprobar el reloj del salpicadero, que se movía muy despacio.

Al final me dolieron los labios, el cuello y el culo, y no aguanté más el silencio forzado. Así que mientras Dani tomaba una salida a la derecha y avanzaba por una carretera que fue estrechándose y llenándose de baches tuve que romper el silencio.

—¿Vas a secuestrarme? —bromeé, porque aquella carretera rodeada de árboles tenía una pinta horrible.

—¿A secues...? —Dani me miró boquiabierto, y luego rompió a reír. Casi fue un alivio oírle reír después del cabreo que ya le duraba dos días—. ¿Por qué crees que querría secuestrarte, loquilla?

No encontré respuesta a su pregunta, al menos no una que no fuera a sumirle de nuevo en ese silencio cabreado que yo había descubierto que odiaba.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué no ibas a hacerlo? —pregunté con una sonrisa.

—Te dije que íbamos a jugar. —Pareció algo incómodo de pronto.

—Pensé que lo haríamos desde casa, o en casa de alguno de tus amigos, no que conducirías durante cuarenta y siete minutos. —Vale, había mirado demasiado el reloj.

—No podrás sonsacarme nada, Katherine —negó con los labios apretados, aunque el músculo tenso de su mandíbula me hizo pensar que quería sonreír.

—Me vale con saber que llegaré viva a casa. —Lo intenté de nuevo, la verdad es que me moría de curiosidad.

—Llegaremos —prometió, y me lanzó una mirada azul que me hizo temblar en mi asiento, con el corazón golpeando con fuerza en mi pecho.

¿Qué me pasaba cuando estaba cerca de Dani? Me había sentido genial la noche anterior con Cooper. Había logrado acelerarme el corazón y quería aquello siempre con él. ¿Por qué Dani podía hacerme sentir de esa forma también?

Antes jamás había sentido aquello por nadie, ni siquiera por Rick, y ahora parecía que mi corazón era adicto a acelerarse y que las mariposas habían

acampado en mi estómago. No pude decir nada más, no pude bromear, ni meterme con él, porque sentía la garganta completamente seca. Estaba tan confusa que me picaban los ojos.

Dani sacó su todoterreno de la carretera y avanzó campo a través. De nuevo me pregunté dónde íbamos, pero esta vez no lo hice en voz alta. De cierta forma me fiaba de Dani, aunque era algo que tampoco reconocería ni bajo tortura.

Comprobé que no tenía cobertura en el móvil, solo esperaba que Cooper no me llamase. Sería difícil de explicar por qué no tenía en casa de mis padres. Siempre podía decirle que se me había muerto la batería, supuse. Así que apagué el móvil, por si acaso. No quería que un pico de cobertura echase mi excusa por los suelos.

¿Qué estaba haciendo? Seguramente haberle dicho a Cooper la verdad, o haber dado plantón a Dani hubiera sido la mejor opción, pero mi cerebro parecía una sopa últimamente.

—Hemos llegado —llamó mi atención, como si supiera lo que estaba pensando.

Alcé la vista que aún tenía clavada en la pantalla de mi móvil para ver una casa enorme semiderruida que los árboles y la vegetación estaban reclamando como suya. Había una suerte de cordón policial rodeándola, y un cartel enorme rezaba que allí se iba a realizar un rodaje ese día y que no se podía entrar.

—No vas a secuestrarme, vas a matarme —me reí pese a mis palabras—. ¿Rodarás una peli *snuff*?

—Pero ¿qué concepto de mierda tienes de mí, Kath? —se rió mientras aparcaba detrás de un par de coches que ya había allí.

—¿Qué pasa con mi nombre? —Era muy raro oírle pronunciarlo, ¿vale? No es que me gustase que usase esos motes estúpidos conmigo.

—¿Qué le pasa? —preguntó, bajando de un salto de su coche.

Yo me las ingenie para bajar sin pisar el barro húmedo que había por mi lado. Parecía haberlo hecho aposta para aparcar justo sobre un charco. El resto de la zona estaba relativamente seca, aunque el rocío parecía haberlo mojado todo un poco.

—Lo pronuncias demasiado últimamente —respondí a su pregunta.

—Bueno, parece que ya tienes un príncipe, así que no me parece muy apropiado seguirte llamando así. —Se encogió de hombros sin más y se fue a saludar a sus amigos después de dirigirme una mirada que se me antojó triste. O quizá la triste era yo. Echaría de menos a la *Princesa Peach*.

Caminé tras él en silencio, con las manos metidas en los bolsillos de mi

chaqueta. Saludó con choques de manos a sus colegas y con frases despectivas que no voy a repetir. Y metido entre ellos, pareció olvidarse de mí.

—¡Hola! —Uno de sus amigos se acercó a mí, uno que tenía el pelo y la barba larguísimos. Aunque mirándolos bien, todos eran muy variopintos, había uno con la cara llena de tatuajes y pircing y el blanco de sus ojos era negro. Y otro vestía con pantalones cortos, pese a que hacía un frío horrible—. Yo soy *Gandalf* —se presentó el que me había saludado y me dio dos besos.

—Katherine —respondí, asediada por la timidez.

No es que yo fuese muy tímida, pero me sentía fuera de lugar entre aquella gente. El resto se presentaron también, pero fui incapaz de quedarme con sus notes. Todos se refirieron a Dani como *Virus*, y me quedé con las ganas de preguntar el motivo de sus apodos. No estaba segura de si sería de mala educación.

—¿Estamos todos? —preguntó Dani después de saludos y presentaciones.

—Sí —respondió *Gandalf*.

Ellos eran seis, con nosotros dos éramos ocho. Y no estaba segura del resto, pero yo aún no entendía que hacíamos allí. ¿No había dicho que uno de sus amigos tenía novia? Yo era la única chica allí.

—¿Habéis comprobado que es estable, no? No quiero que se derrumbe encima de nosotros —preguntó, señalando la casa.

—Sí, todo en orden, jefe —bromeó el de la cara tatuada.

—Pero... —empecé y bajé el tono al ver que todos me miraban—. No se puede entrar, pone que hay un rodaje.

—Claro, nuestro —se rió *Gandalf*.

—¿Vamos a rodar algo? —Entrecerré los ojos con desconfianza. No podíamos grabar, mi coartada se iría a la mierda—. ¿Habéis pedido los permisos? —dudé, cualquier excusa era buena para no hacerlo, y yo había hecho un trabajo sobre los permisos para rodar medio mes antes.

—Está todo en orden, agente —se metió Dani conmigo y me lanzó unos papeles que sobresalían de su bolsillo trasero—. Pero no vamos a rodar, vamos a jugar, lo de rodar era una excusa para que no entren curiosos y no nos eche la policía.

Dani pasó de mí, como si no le interesara darme más excusas y se fue hacia el maletero del todoterreno. Yo leí los papeles y parecían estar en orden, incluso habían pagado las tasas para rodar. ¿Por qué alguien pagaría una pasta, que no era poca, solo para jugar? No lograba entenderlo.

—No son de verdad, Katherine —me explicó entonces el tal *Gandalf*—.

Virus ha hackeado el sistema para falsearlos. La última vez que quisimos jugar en un sitio así apareció la policía a los diez minutos. A *Virus* se le ocurrió esto para mantenerlos alejados.

Aquellos papeles eran oficiales, tenían sellos, no eran una fotocopia sin más con los datos cambiados. Porque supuse que la policía podía comprobar si de verdad había un rodaje allí. ¿Dani se había metido en el ayuntamiento y había introducido información falsa?

Además, había otra idea que no dejaba de picarme justo detrás de la ceja izquierda. Yo había hecho un trabajo sobre aquello solo un par de semanas antes. ¿De pronto a Dani se le había ocurrido aquella idea? ¿O se había metido también en mi ordenador?

—¡Katherine, ven a por tu traje! —me llamó Dani desde el maletero de su coche.

Y de pronto me pregunté si lo conocía de verdad. No sabía nada de él. Podía llevar semanas metiéndose en mi ordenador, viendo mi información personal. ¿Acaso no había grabado su número en mi móvil? ¿Cuánto sabía Dani de mí, sin que yo supiera nada de él?

Caminé hasta el maletero de su coche, consciente de que me había quedado terriblemente pálida. Dani sostenía una especie de uniforme militar con la mano, y se había puesto unos pantalones idénticos.

—No te asustes, Kath, yo me ocupo de todo. —Me guiñó un ojo cómplice y me aterró la idea de que podía ser «todo».

¡Yo me había fiado ciegamente de él! Y no sabía absolutamente nada de su vida. Ni de quien era Dani. ¿Dónde me había metido? Y para colmo, no tenía cobertura, ni tenía ni idea de dónde estábamos y había mentido a todos sobre dónde iría.

Norte y Sur

A estas alturas de mi vida no es un secreto para nadie que no soy muy valiente. Me acojona morir ahogada cuando estoy borracha, eso debería ser suficiente para conocerme. Así que cuando me quedé sola en aquel enorme edificio abandonado, que pese a que era de día tenía enormes sombras cubriendo la mayoría de esquinas, y dónde los ruidos se amplificaban provocándome constantes sobresaltos, me quise poner a llorar. O quizá esconderme en un rincón y esperar a que todos acabasen de «jugar».

Estaba segura de que Dani no me habría dejado sola si hubiéramos ido en el mismo equipo, pero sus amigos se habían empeñado en sortearlo y nos había tocado *enfrentarnos*.

Me deslicé pegada a la pared para pasar a la siguiente sala. No había visto a nadie desde que habíamos empezado (una eternidad antes, o eso me pareció). Y para colmo, temía que el techo se me cayese encima. Un miedo muy legítimo, porque estaba desprendido en varias partes.

—¡Cuidado! —Oí un grito, ni siquiera sabía si era a mí, ni de donde venía, pero apreté el gatillo por la sorpresa.

Una bola de pintura roja impactó en un tipo que acababa de entrar por un hueco abierto en la pared. Y un montón más siguieron a la primera bala, manchándole repetidas veces y creando un escenario dantesco a su alrededor. No pude reconocerle, porque llevaba la cara oculta tras un pasamontañas. Se miró el estómago un momento, y luego bajó el arma con fastidio.

La adrenalina me bombeó con fuerza, haciendo que me temblasen un poco las manos y el corazón me doliese contra el pecho. ¡Acababa de eliminar a un enemigo!

—¿Estás bien? —Me sobresaltó otra voz, entrando por mi lado, apunté hacia él—. ¡Soy de tu equipo! —aseguró, alzando el arma.

—Perdona —me reí, porque estaba de los nervios. Al apartar el arma de él, apreté sin querer el gatillo y manché la pared de pintura roja.

—Si no me equivoco, solo quedamos nosotros y Dani —me explicó—. Podremos con él, si nos aliamos.

—Claro —acepté, porque no sabía que otra cosa hacer.

—Diría que está en el último piso, campeando el muy cabrón. —No entendí

ni una palabra, pero asentí—. Hay dos escaleras, una al norte y otra al sur. Mi plan es que le rodeemos. Tú atraerás su atención hacia el norte, y yo subiré por el sur y le dispararé en la puta cara.

—¿Quieres que entre en una planta entera haciendo ruido para que un tío me dispere pintura? —Fruncí el ceño.

A ver, yo podía no entender de aquel juego demasiado, pero tampoco era idiota, no iba a dejar que me disparasen voluntariamente.

—Quiero que seas el cebo —asintió, como si fuera lo más normal del mundo—. Dudará si dispararte, y yo le mataré primero.

—¿Qué dudará?! —Me alteré, y me mandó callar con un gesto.

—Eres su novia, no querrá hacerte daño.

—¿Pero tú conoces a Dani?! —No bajé el tono, pese a su gesto insistente para que lo hiciera—. Me disparará y disfrutará cada segundo de ello. Me rematará en el suelo y si tiene oportunidad, me pateará el estómago.

Vale, quizá me pasé de dramática.

—Está bien, joder, yo lo atraeré al norte, tú sube por las escaleras del sur, pero deja de gritar.

Asentí, conforme con su nuevo plan. Y cuando empecé a andar me regañó porque estaba yendo hacia sus escaleras. ¿Qué sabía yo dónde estaba el norte o el sur? ¿Qué clase de persona hablaba así? ¿No podía haberme dicho que fuera a la derecha o izquierda?

Al final di con unas escaleras, y mira, me daba igual que fueran o no. Alcé el arma delante de mí, dispuesta a disparar a cualquier cosa que se moviese, y subí los escalones con el corazón de nuevo acelerado. Sin embargo, ya no tenía miedo, o no tanto como antes.

El último piso era más pequeño que los demás, como si solo fuese una especie de ático. Aun así, no vi a Dani allí, aunque había un par de habitaciones, sin puertas y en un estado tan deplorable como el resto de la casa.

Me paré un segundo tras una pared, para coger aire que me quemaba en los pulmones por los nervios, y luego crucé un nuevo umbral.

Y me encontré mirando el cañón de un arma de frente. Alcé las manos como una idiota, dejando mi propia arma colgada de mi cuello con una correa. Había sido algo instintivo, pero me sentí bastante tonta.

Tardé solo un segundo en reconocer los ojos azules de Dani. Podía llevar la cara tapada por el pasamontañas, igual que yo, con unas gafas protectoras transparentes, y sus tatuajes ocultos por la ropa militar y los guantes a los que les faltaba solo el dedo índice, pero sus ojos le delataban. Estaba segura de que los

reconocería en cualquier parte.

Me pareció que sonreía, pero era una apreciación personal, porque no podía verle los labios. Oí el sonido de su arma y cerré los ojos, como si eso fuera evitar que me acertase a un palmo de distancia.

Sin embargo no me dolió, así que volví a abrir los ojos, y esta vez estuve segura de que ese idiota sonreía. El muy cretino.

—¡Joder! —Una voz se quejó a mi espalda, y siguió maldiciendo mientras se alejaba.

Ese chaval de mi equipo debía haberme tratado de usar de cebo pese a todo.

—Dispárame —me ordenó Dani, apoyando el cañón de su arma en su hombro.

—¿Qué? —dudé. ¿Me estaba dejando ganarle?

—Hazlo, o lo haré yo, Kath —ordenó, apuntándome de nuevo muy despacio.

Y obedecí, porque no quería recibir un balazo, ni aunque fuera falso. Supuse que yo no tendría muchas dudas a la hora de matar o morir.

Se me secó la boca y el corazón me latió en la garganta, mientras bajaba las manos para sujetar mi arma de nuevo. La alcé, tratando de disimular mi temblor de manos. Apreté el gatillo, que era tan sensible que escupió varias balas de golpe de nuevo. Le empañé de rojo el hombro, el pecho y el brazo.

—¿Estás bien? —dudé, porque se había doblado un poco por el impacto.

Dejé caer el arma de nuevo y él hizo lo propio, moviendo un poco el hombro. Estábamos demasiado cerca, debía haberle dolido.

—Sí, vamos con los demás, has ganado —me felicitó, y sonó algo divertido.

Los demás estaban fuera, y jugaban a dispararse desde diferentes distancias para ver quien fallaba, pero pararon cuando llegamos. Nos miraron con curiosidad y luego mi equipo se lanzó a por mí.

—¡Hemos ganado! —celebró *Gandalf*.

—¡¿Te ha ganado la novata?! —Uno de su equipo se indignó con él.

—Es rápida —mintió.

Yo no me sentí como si hubiera ganado en absoluto, pero *Gandalf* y los otros dos chicos de mi equipo, el de la cara llena de tatuajes, que era el que me había intentado usar de cebo, y otro delgadito y asexuado, me levantaron en brazos y empezaron a celebrarlo.

—¿Podemos no hacer leña de esto? —pidió Dani, quitándose el pasamontañas de un manotazo.

—¡Pero es que te ha ganado una chica! —se quejó el mismo tipo de antes,

uno al que le sobraban kilos y que tenía el pelo pegado a la cara por el sudor y le raleaba por varias zonas.

Dani no le respondió, se limitó a levantar su arma y dispararle tres veces en... bueno en una zona muy sensible. Hasta yo me cubrí ahí con las manos, por un dolor reflejo que hizo quejarse sonora y simultáneamente a los chicos.

—¿Qué coño haces? —se cabreó el otro, aunque se dejó caer de rodillas sujetándose y llenándose las manos de pintura.

—Ya me siento mejor porque me haya ganado una chica —resopló Dani, y me pareció que volvía todo el malhumor del día anterior—. ¿Nos vamos de aquí? —pidió, retirando el cartel del rodaje.

—Kath, ¿vendrás con nosotros? ¡No podemos dividir el equipo rojo ahora! —me pidió *Gandalf*.

—Yo... —dudé.

—Ve con ellos —me cortó Dani, subiendo a su coche y cerrando de un portazo.

Me hubiese gustado ir con él, pero me pareció una buena forma de crear algo de distancia entre nosotros. Además, arrancó antes de darme tiempo a decirle siquiera que se llevaba mi ropa.

—Por aquí. —*Gandalf* me sujetó la mano y me llevó hasta uno de los dos coches que había allí aparcados, uno de color amarillo canario.

Me monté en el asiento de copiloto por petición popular, y los otros tres chicos del equipo se montaron en el coche. Conducía el chico delgadito del que era incapaz de recordar el nombre, o el mote más bien. Me quité las gafas y el pasamontañas mientras salíamos a la carretera de nuevo. Y me peiné usando el espejo del parasol.

—¿Vale, como has hecho para ganar a *Virus*...? —me preguntó *Gandalf* curioso.

—Os lo diré si me decís por qué le llamáis así —probé suerte.

—Porque ese crío insolente se divertía pirateándonos los ordenadores cuando empezamos a jugar con él. —El de los tatuajes en la cara se encogió de hombros.

No quise dejarlo pasar más tiempo y les pregunté el nombre, y así evité responder a como había ganado, porque no quería delatar a Dani. Descubrí que el de los tatuajes en la cara se hacía llamar *Dragon*. Tenía una cola de lagarto tatuada entorno al cuello, como el mismo me enseñó, y la llamarada salía por su clavícula. El otro chico, el pequeño, se llamaba *Shun*. Y no me dio más explicaciones de su nombre, así que no quise preguntar.

—Así que, Dani y tú... —preguntó curioso *Gandalf*.

—Solo somos amigos —aclaré.

—Tú eres la chica que metió en la partida ese día, ¿verdad? ¿Cómo te llamó...?

—*Princesa Peach* —me reí al decirlo. Luego me acordé de que ya no quería volverme a llamar así, y dolió—. Sí, era yo. ¿Hace mucho que sois amigos?

—*Gandalf* desde el *pong*, el resto desde hace un par de años —respondió *Dragon*.

—¿Estudias con él? —tanteé a *Gandalf*.

—¿Ingeniería? —se rió a carcajadas—. Ya quisiera yo ser tan listo, cariño. —Negó con la cabeza, aún riéndose. ¿Dani estudiaba alguna ingeniería?

—¿Qué ingeniería estudia? Siempre se me olvida. —Hice un gesto para restarle importancia—. Es un problema de rubias —bromeé, haciéndolos reír.

—Ingeniería de sistemas —explicó *Gandalf*—. Las empresas se lo rifan ya, y eso que está en tercero. —Sonaba orgulloso de su amigo, y consiguió contagiarme parte de ese orgullo—. De hecho, tú lo sabrás mejor que nosotros, porque compartís piso, ¿no? —Asentí—. Una gran empresa le paga una pasta ya para que ponga a prueba sus sistemas...

Eso tenía sentido, por eso parecía que nunca trabajaba, es que debía hacerlo desde el ordenador cuando yo pensaba que estaba vagueando o jugando. Eso era lo que hacía esa mañana, ¿no?

—Pues no sé, no me habla mucho de su trabajo. —Me las arreglé para sonreír.

—Es un chico reservado, pero muy buen chaval —explicó *Gandalf*.

—Ya. ¿Y dónde vamos ahora? —cambié de tema.

—A mí casa, a comer pizza que van a pagar los perdedores y a jugar —explicó *Dragon*.

¿A Dani le tocaba pagar la pizza encima que me había dejado ganar? Bueno, yo no sabía lo que me estaba jugando, pero aun así quizá podía devolverle ese dinero, porque me sentí muy mal por ello.

En realidad, una vez que se me había pasado el miedo, me lo había pasado bien. No se lo diría a Dani claro, pero no me importaría repetirlo. Sabiendo de que iba aquello y con una brújula para entender lo que era el norte y sur debía ser de lo más divertido.

La cárcel y eso

Me senté en el sofá, justo al lado de *Shun*, dónde me indicó *Dragon*. Y recogí la cerveza que me tendió *Gandalf*. Parecían una secta dónde ocultaban sus nombres verdaderos. Hacían que me sintiese rara cada vez que alguno pronunciaba el mío. ¿Debía haber fingido tener un nombre *superquay*?

Otros dos chavales, los que habían ido en el equipo de Dani, uno que llevaba pantalones cortos y otro con el pelo teñido de todos los colores del arcoiris llegaron un par de minutos después que nosotros. No había ni rastro de Dani, ni del chaval al que había disparado «ahí» y me preocupé un poco.

—¿Y Dani? —pregunté a *Shun*, que era el que estaba a mi lado, con una cerveza en la mano que parecía quedarle grande.

—Debe estar despistando a la poli... —me dijo, tan serio que casi me lo creí, casi. Me reí entre dientes.

—Venga ya...

—¡Qué era un secreto! —le regañó el de los pantalones cortos, lanzándole la chapa de su cerveza, que él cogió al vuelo.

—Pensé que la chica de *Virus* sabría lo suyo... —de nuevo hablaba demasiado serio. En realidad, todos parecían demasiado serios.

—¿Qué suyo? —pregunté, alzando una ceja con desconfianza. Pasando por alto que había dicho que yo era «la chica de *Virus*».

—Que estuvo en la cárcel y eso. —*Shun* se encogió de hombros, con indiferencia.

—¿En la cárcel? —repetí, pero no me lo creí.

—Sí, y no voy a hablar más, no voy a traicionar su confianza —se negó.

—¡A buenas horas! —se rió *Gandalf* de él.

—Me estáis tomando el pelo, ¿no?

Vale, sabía tan poco de Dani que podía creérmelo.

—¿Qué crees que significan todos esos tatuajes? —fue *Dragon* el que habló esta vez.

—¿A cual te refieres? ¿Al Comecocos o a Lara Croft? —Habían sido prácticamente los únicos que había logrado descifrar entre todas las cosas de videojuegos.

—Al otro brazo —aclaró *Gandalf*.

No me creía mucho nada de todo aquello, de verdad, pero una parte de mí... Bueno, no conocía de nada a Dani, solo sabía que era un hacker y que probablemente se había metido en mi ordenador. ¿Era tan improbable que hubiera ido a la cárcel? Quizá le habían pillado hackeando algo. Sus amigos lo contaban demasiado serios como para estarme tomando el pelo. Ninguno se reía y no se oía nada que no fuesen nuestras voces. Todos estaban pendientes de la conversación, en tensión.

Traté de hacer memoria, pero no estaba muy segura de los tatuajes que tenía en el brazo derecho. Sabía que tenía un tribal que subía por su hombro hasta el cuello y cubría su pectoral derecho y parte de la espalda. Y que tenía una calavera y alguna cruz mezcladas. Nada que ver con los tatuajes del otro brazo, pero no podía recordarlos con precisión, aunque estaba segura de que en ninguno ponía: «he estado en la cárcel».

—¿Qué significan? —pregunté con la boca seca.

—Son tatuajes carcelarios. Las calaveras son a la gente que ha matado y las cruces a la gente que ha perdido... —explicó el del pelo de colores.

—¡Venga ya! —me reí, pero como nadie más se rió conmigo volví a ponerme seria. ¿Por qué no reconocían que era broma de una vez? Estaba poniéndome de los nervios—. Dani no ha matado a nadie fuera de un videojuego...

Aún podía recordar el sabor de sus labios sobre los míos y como nos habíamos colado juntos en la cocina del hotel en la boda de mi primo para conseguir pastel rosa. Me había sonreído al ver que yo elegía ese y no el de chocolate. Cuando le pregunté porque se reía me había dicho: «Porque va contigo, *Princesa Peach*».

Alguien que sonreía porque yo combinase con el color rosa no podía ser una asesino. Y sus amigos no le delatarían así, sin más.

—Ya hemos hablado demasiado —insistió el de pantalón corto—. Como *Virus* se entere de que se lo habéis contado, va a tener cinco calaveras nuevas en su brazo.

—No me habéis contado nada —mascullé—. ¿Pretendéis que me crea que ha matado a gente? Y si fuera verdad, ¿estaríais aquí tan tranquilos hablando de ello? Yo correría lo más lejos posible de él...

—No es mala persona —aclaró *Gandalf*—. Las circunstancias de su vida fueron... Adversas.

—No matas a gente porque tu vida sea «adversa».

—Mira, el mal ya está hecho, contémoselo todo —pidió *Shun*—. Será peor

si lo sabe a medias.

—Está bien —tomó el relevo *Dragon*—. *Virus* es hijo de un mafioso. Su padre trató de protegerle toda la vida de sus rivales, pero esas cosas no se pueden mantener lejos. *Virus* creció viendo asesinatos y maldad... Ya has visto la puntería que tiene, es increíble, jamás falla.

—En el instituto *Virus* se enamoró de una chica y se fugaron juntos —siguió hablando *Shun*—. Tuvieron un hijo incluso, una niña llamada Tania. Y entonces su padre los encontró. La chica con la que *Virus* se había fugado era de una mafia rival. Su padre mató a la chica y al bebé. Y *Virus* entró en un estado animal, asesino... Los mató a todos, a la mafia de sus padres y a la de los padres de ella. Fue un verdadero baño de sangre...

El timbre le interrumpió, o quizá ya había acabado de hablar, y yo salté en mi sitio como una idiota. Quise reírme, porque no me creía nada de eso, pero ¿y si el motivo por el que Dani me había rechazado era ese y no que yo me pareciese a su exnovia la animadora? ¿Y si me parecía a su exnovia muerta?

Dani apareció en el salón, delante de *Gandalf* que debía haberle ido a abrir, cargado de cajas de pizzas que dejó sobre la mesa.

—¿Estás bien? —me preguntó, porque no dejaba de mirarle fijamente.

Solo alcancé a asentir, sin apartar la vista de los tatuajes de su brazo derecho, tan diferentes de los coloridos de videojuegos del brazo izquierdo. ¿Había algo de verdad en todo lo que me habían contado?

La verdad sobre Dani

Por más que intenté quedarme a solas con Dani no lo conseguí. Me miró un par de veces como si de pronto me hubiese crecido otra cabeza, y supuse que yo a él no le estaba mirando mucho mejor. Pero ¿qué iba a hacer?

Comimos pizza y jugaron a la play mientras lo hacíamos. Trataron de que yo jugase, pero me negué porque era demasiado mala. Y después de comer y reposar, sin que yo consiguiera quedarme a solas con Dani por más que lo intenté, sacaron unos libros, unos folios, despejaron la mesa principal y me vi sentada entre *Dragon* y *Gandalf*.

—¿Alguna vez has jugado a rol, Kath? —me preguntó *Gandalf*, sacando una bolsita de cuero con un montón de dados.

—No —reconocí—. ¿Eso es lo de ponerse pruebas que hace que la gente acabe matándose? —dudé y seis rostros ofendidos se giraron hacia mí a la vez.

—¿Sabes lo que hace que la gente se mate? —me preguntó Dani con una sonrisa que me heló la sangre. ¿Era una especie de declaración? Me di cuenta de que esperaba una respuesta así que negué con un gesto—. Estar mal de la cabeza.

—Generalmente el amor o el dinero —le corrigió *Dragon*—. Y son cosas que nosotros no tenemos, así que sin miedo.

No pude evitar reírme por su chiste, pese a que aún no me habían aclarado que lo de Dani y la cárcel fuera mentira. ¿Él estaría mal de la cabeza?

—El rol, Katherine —cortó *Shun* la respuesta que iba a dar Dani. Y me lo explicó con mucha dulzura, como si me llevase de la mano a un nuevo mundo—. Es un juego de interpretación. Contaremos una historia entre todos, como si fuera teatro, y el éxito o fracaso de tus decisiones dependerán de esos dos dados de doce caras que te ha dejado *Gandalf*.

Miré los dados con curiosidad, nunca los había visto que no fueran de seis caras. Eran muy llamativos, rosas, con los doce números en negro.

—Vale —acepté, porque parecía esperar que lo hiciera.

—Hay millones de historias que contar, pero yo he elegido para esta sesión mi juego favorito. —Me enseñó un libro con un mapa enorme de color café en la portada—. Son de un mundo mágico, dónde puedes elegir que tipo de criatura ser: vampiro, elemental o hombre lobo. Rellenaremos las fichas, y después os

contaré una historia y deberéis avanzar en la trama para conseguir el objetivo.

Nos pasó las fichas, que eran folios con palabras que apenas logré entender más allá del nombre. *Dragon* empezó a explicarme amablemente lo que significaba cada uno de los huecos a rellenar. Y yo, como buena alumna ejemplar, puse todo mi empeño en hacerlo bien, odiaba fallar en los exámenes, y aquello parecía uno.



Logré atrapar a Dani antes de la cena, que consistía en chino que ya había pedido alguien. Mientras esperábamos que llegase, Dani había subido al piso de arriba del chalet de su amigo para ir al baño porque el de abajo estaba ocupado, y yo le esperé apoyada en la barandilla de la escalera.

Dani salió un minuto después, secándose las manos en la sudadera negra que llevaba puesta. Yo me había quitado el «uniforme militar» poco después de llegar y me había vuelto a quedar con mi ropa, aunque mi chaqueta seguía en su coche.

—¿Me acosas? —bromeó.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté, mortalmente seria, y sin esperar respuesta tiré de su mano para meterle en una habitación que encontré por allí.

—¿Estás bien? Estás muy seria desde esta mañana. ¿Te aburres? ¿Quieres que te lleve a casa? Parecía que te divertías jugando a rol —dudó.

—Me he divertido —reconocí a mi pesar. Jamás me había atrevido a entrar en el club de teatro porque temía que la gente se riese de mí. Además, Paula siempre decía que no era divertido, ni «popular» y yo me lo había creído y no lo había intentado. Jugar a rol había sido como interpretar un papel sin guión y aunque al principio me había costado soltarme, luego me encantó—. Tus amigos me han contado cosas —expliqué incómoda.

—¿Te han molestado? —Frunció el ceño y dio un paso para salir de allí.

—No, no es eso. —Me sonrojé un poco por su forma de protegerme, porque estaba claro que quería ir a regañarlos—. Me han contado cosas de ti...

—¿Qué cosas? —sonó preocupado de golpe.

—Que... —Me sentí estúpida por decirlo en alto, no lo creía del todo, pero a la vez... Necesitaba que él dijese que era una tontería—. Que has estado en la cárcel...

Dani soltó una carcajada, solo eso, y supe que me habían tomado el pelo. Se

apoyó en la pared para reírse a gusto, mucho más relajado.

—¿Qué más te han contado? —preguntó.

—¿Para que te rías de mí? —Me mosqueé y traté de abrir la puerta de la habitación, pero él apoyó su manaza llena de calaveras para impedírmelo.

—Por favor —pidió, mirándome con sus ojazos azules.

Resumí lo que sus amigos me habían contado, y eso le hizo reír aún más fuerte, aunque no apartó la mano de la puerta y se quedó a un paso de mí. Mientras hablaba y le veía reír a carcajadas me daban ganas de darle un puñetazo para que cerrase la boca.

—Sigue riéndote todo lo que quieras, pero estoy segura de que pirateaste mi ordenador —declaré.

—¿Y por qué estás segura de eso, *doña Confianza*? —Dejó de reír, pero la diversión seguía brillando en sus ojos.

—¿Porque yo hice un trabajo sobre rodar en sitios y de pronto se te ocurre esa idea? —No pretendía que fuese una pregunta, pero sonó como tal. Me sentí más insegura en ese momento que en todo el día.

—Te lo dejaste sobre la mesa del salón después de imprimirlo, solo lo leí porque me llamó la atención. —Se encogió de hombros, como si fuera completamente inocente.

—Entonces ¿no has matado a nadie? —insistí.

—No, tonta —se rió un poco otra vez—. Tampoco pateo a gente en el suelo. —Me sonrojé al darme cuenta de que nos había oído hablar esa mañana, mientras planeábamos el *ataque*—. Ha sido *Shun*, ¿verdad? Tiene una imaginación deliciosa, bueno, ya has visto la partida, se la ha inventado sobre la marcha.

—Han sido todos... Está genial saber que se han divertido a mi costa... —resoplé.

—No es así. —Negó con la cabeza, defendiendo a sus amigos.

—¡Tú que vas a decir! Eres el primero que te estás riendo de mí.

—Ahora estás en el otro lado, animadora. —Se esforzó por controlar sus labios, pero se curvaron hacia arriba, bromista—. Aquí nadie te va a juzgar por llevar ropa de marca, o no llevarla. Pero todos nos tomamos el pelo. No se reían de ti, en todo caso lo hacían de mí. Y que lo hicieran, es su forma de aceptarte.

Y quizá, si eso era verdad, me había equivocado en muchas más cosas... Quizá todas esas veces que yo había pensado que Dani se reía de mí, solo me estaba «aceptando». ¿Me había equivocado con él?

De pronto no estaba segura de nada. Dani salió de la habitación, pasando a

mi lado, pero sin tocarme y me dejó allí sola, perdida en mis pensamientos.

Mi karma

Nos fuimos a casa después de cenar. Dani se fue directo a su habitación, parecía de pronto cabreado de nuevo, y yo no pude dormir. Me puse una película en el sofá, pero no dejaba de pensar en lo que había pasado en casa de sus amigos.

Shun se había acercado a mí cuando los demás estaban jugando de nuevo a la consola y yo me había quedado pensativa en la mesa del salón, sola. Y entonces se había disculpado por su «broma». Me había asegurado que no tenía intención de reírse de mí. Supuse que Dani los había regañado por decirme aquellas cosas.

—Lo sé —acepté su disculpa con timidez.

—Me encanta inventar historias, y a mis amigos les gusta seguirme el juego. —Se encogió de hombros—. Quiero regalarte algo —susurró con timidez.

—¿El qué? —dudé sonrojada.

Sacó algo de su bolsillo y me lo tendió con más inseguridad aún de la que yo sentía. Era un collar y de una larga cadena de plata colgaba un dado de doce caras.

—Para que no te olvides de mí —me dijo, antes de levantarse y volver con sus amigos.

Era como el que me había dejado *Gandalf* para jugar, salvo que tenía una veta blanca por en medio. Fue un detalle que me llenó el corazón y me lo puse enseguida.

Sabía a lo que se había referido Dani con lo de: «Ahora estás en el otro lado, animadora» y me fastidiaba mucho saberlo. Si hubiera sido al revés, si cualquiera de ellos hubiera salido con mi grupo de amigos (cuando aún tenía un grupo de amigos) todo habría sido muy diferente.

Paula, Martina, Rick, Tamy y yo nos habríamos burlado de cualquiera de ellos. No les habríamos ayudado, ni les habríamos hecho sentir integrados. *Dragon* con sus tatuajes y sus escarificaciones o *Shun* y su tímida dulzura y su cuerpo asexuado, o *Gandalf* y sus pelo y barbas larguísimos... Cualquiera de todos ellos habrían sido motivo de mofa.

Pero entre ellos se respetaban de alguna forma, se tenían cariño, lo había notado todo el tiempo, y aunque eran los primeros que se burlaban unos de los

otros lo hacían siempre sin cruzar una raya.

Me levanté del sofá después de perder el hilo de la película que estaba viendo y me fui a dormir. Pero no había entrado a mi habitación aún, cuando cambié de idea. Avancé hasta el final del corto pasillo y me planté delante de la puerta de Dani. Iba a abrir, pero me venció la timidez y golpeé la madera dos veces.

Dani abrió un minuto después, cuando yo me había planteado darme la vuelta e irme a dormir. Llevaba solo la ropa interior y pude ver mejor su tatuaje trival cubriendo su pectoral musculoso. Se pasó la mano por el pelo, alborotándose, y parpadeó con pesadez. Me pareció que le había despertado.

—¿Pasa algo? —dudó.

—Lo siento —me disculpé.

Y no encontré la forma de decirle por qué me disculpaba, era por todo, había hecho tan mal tantísimas cosas...

—¿El qué? —Bostezó de forma exagerada—. ¿Has vuelto a tocar mis juegos?

—No —me reí—. No lo he hecho, pero no me he portado bien. —Tomé aire, incómoda. Nunca me había disculpado con nadie así, de forma tan general.

Probablemente no me había portado bien con él, ni con muchísima gente más, y tenía justo lo que me merecía. Quizá el karma si que existía después de todo. La traición de Paula y Rick no eran más que un castigo por haberme portado mal con muchísima gente como Dani.

Marla entró a casa, enrollándose con un tipo, mientras estábamos allí, mirándonos. Tiró las llaves al suelo en el pasillo y se chocaron contra su puerta antes de meterse en la habitación de la chica, tirando más cosas en el proceso.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras mal? —Dani apoyó la mano en mi frente. Y eso me hizo reír de verdad.

—Estoy bien —prometí—. Llevas razón. Yo no era animadora. Pero me sentaba con mis amigos a la hora de comer y miraba al resto con superioridad. Y no dejábamos que nadie se uniese a nuestra *genial* vida. Alejé a todo el mundo de mí, y cuando Rick y Paula me traicionaron me encontré sola. Si no hubiera sido por Tamy... —No quería pensar en lo que podría haber pasado.

—Buenas noches, *Princesa Peach*. —Dani agitó la cabeza, interrumpiéndome, como si tampoco quisiera escuchar mis disculpas, y me cerró la puerta en las narices.

Al menos me había vuelto a llamar *Princesa Peach*. Sonreí un poco mientras me dejaba caer en mi cama. Mi móvil estaba en la mesilla, seguía apagado

porque no había querido enfrentarme a la realidad.

Al encenderlo vi un par de llamadas perdidas de Cooper y varios mensajes suyos, parecía algo preocupado y me contaba que había salido a cenar con sus amigos. Le respondí que estaba bien y me metí en la cama, con la conciencia mucho más tranquila y una sonrisilla.



El domingo me desperté a medio día. Bostecé y me quedé un buen rato en la cama, estaba demasiado cansada como para levantarme. Pero lo hice cuando el hambre venció la batalla y me fui directa a la cocina en busca de algo para comer.

Marla estaba en el salón y tardé un minuto entero en entender por qué la escena no encajaba en mi mente. Los muebles volvían a estar en su sitio, y todo parecía demasiado vacío.

—¿Qué ha pasado, nos han robado? —pregunté a mi compañera, que *desayunaba* mirando su móvil.

—Dani se ha ido... —Se encogió de hombros.

—¿Dónde? —Fruncí el ceño. ¿Se había ido arrasando el salón? Aunque no estaba segura que se pudiera considerar «arrasar» si había dejado todo en orden.

—No sé, creo que ha vuelto con sus padres. Ha dejado este mes pagado, pero debemos buscar a alguien para que nos ayude el mes siguiente. Puedes pasarte a la habitación de Dani, si quieres, es más grande. Alquilarémos la tuya.

No podía creérmelo, sentía que era otra de sus bromas, en las que había incluido a Marla. Fui a la habitación de Dani y empujé la puerta entreabierta. Esperaba encontrarme sus ojos azules mirándome divertidos, pero la habitación estaba tan vacía como el salón. Lo único que quedaba, aparte de los muebles vacíos, era un sobre encima de la cama, con mi nombre escrito en él.

Lo recogí y me senté en el colchón, que no tenía mantas ni sábanas ya, para abrirlo con dedos temblorosos. Tuve que parpadear varias veces para aclarar mi mirada y poder entender lo que ponía en aquel anticuado método de comunicación.

Lo siento. Puede que no lo entiendas, pero es lo mejor para todos. Espero que Cooper te haga muy feliz.

Y ya está, no ponía nada más.

¡Claro que no lo entendía! Se lo quise gritar al estúpido papel, pero me limité a arrugarlo en la mano. ¿Qué le pasaba a ese imbécil? La idea de que había dejado el piso por mi culpa me hizo sentir tan mal que quise vomitar.

Yo había ido a verle la noche anterior con la intención de cambiar, de ser mejor persona, y si él había dejado el piso por mi culpa, mi karma volvería a ser una mierda. Las lágrimas me mojaron las manos y el papel y me quedé allí, sentada, llorando como una idiota.

Avanzar y retroceder

Apreté el nudo de la venda negra justo en la parte de atrás de mi cabeza, con las manos temblorosas y tragando saliva con dificultad. Si alguna vez me hubieran dicho que me metería voluntariamente en un armario, teniendo en cuenta que me acojonaban los espacios cerrados, me habría reído de él. Pero allí estaba...

Será mejor que os expliqué como he llegado a este armario antes de que sepas el ridículo que hice en él...:

El beso de Cooper justo en la mejilla me pilló por sorpresa, tal y como estaba pensando en por qué Dani se habría ido de casa. Llevaba toda la semana preguntándomelo, pero no había sacado nada en claro, salvo que de alguna forma había sido culpa mía.

—Estás muy guapa —me piropeó Cooper, sentándose a mi lado como siempre y pasándome un refresco. Alguien le mandó callar.

—Gracias. —Sonreí un poco, pero no logré hacerlo del todo.

—¿Estás bien? —dudó.

—Sí, me duele un poco la cabeza —reconocí, y era verdad, tenía un dolor justo tras los ojos desde que me desperté el domingo.

Me dio un beso en la frente, como si así pudiera calmarme el dolor. Y ojalá pudiera hacerlo, pero Cooper no era un superhéroe.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me ofreció.

—Cuando acabe con esto, por favor —pedí, mientras señalaba el trabajo que estaba redactando.

—Claro, princesa.

Alcé la cabeza de golpe cuando dijo aquello, y por un segundo me pareció ver los ojos azules de Dani. Pero eran los verdes de Cooper los que tenía justo delante. Le sonreí algo forzada y volví a centrarme en la pantalla.

¡FREE ANTIVIRUS!

—Mi familia quiere conocerte —me dijo Cooper de pronto, cuando nos estábamos despidiendo debajo de mi piso después de que me llevase a casa.

Cooper estaba apoyado en su coche, sobre la puerta del copiloto y me tenía rodeada con sus brazos. Era tan alto que tenía que mirar hacia arriba pese a que yo estaba sobre el escalón de la acera y él en la carretera.

—¿Sí? ¿Y eso? —me reí.

—Puede que les haya hablado de ti. —Se encogió de hombros.

—¿Y que les has dicho? —Me mordí el labio algo nerviosa.

—Cosas horribles —bromeó y me hizo reír un poco. Por primera vez en toda la semana me reí de verdad, sin pensar en Dani. Mierda, por poco.

—Entonces debería conocerlos. —Abrí mucho los ojos fingiendo emoción.

—Sí, deberías. —Pegó sus labios a los míos, mientras deslizaba sus manos hasta mi culo. Gemí contra sus boca, mientras profundizaba el beso, inundando mi boca de sabor a menta de su chicle—. ¿El domingo te viene bien? —susurró, separándose un poco de mí y besándome la nariz y las mejillas con dulzura.

—Claro.

Quería conocer a sus padres. Cooper era genial y sería un paso en nuestra relación, me gustaba mucho de verdad. Y se portaba genial conmigo.

—¿Paso a buscarte a las doce? —sugirió.

—Perfecto —acepté, besándole yo esta vez—. Será mejor que suba, me muero de hambre —sonreí un poco, separándome un paso de él, porque si no ponía distancia no me iría.

—Vale —dijo, pero tiró de mi mano y me pegó contra su pecho de nuevo, haciéndome reír—. Buenas noches, princesa. —Volvió a besarme solo una vez, un roce de labios, y me dejó ir.

Yo me quedé algo fría después de que me llamase «princesa». No podía evitar pensar en mi insoportable compañero de piso, cada vez que lo hacía.

—Buenas noches —me despedí de él alejándome un par de pasos.

—Por cierto, dile a Dani que es un mierda —me pidió, y eso me hizo girarme con la espalda tiesa.

—¿Cómo dices? —dudé, alzando una ceja.

—No ha aparecido en toda la semana por los entrenamientos. Al que partieron la cara fue a mí, no sé que coño le pasa. —Se encogió de hombros. Aún tenía la nariz algo enrojecida, pero le habían quitado los algodones.

—Dani ya no vive conmigo —expliqué, tragando saliva con dificultad—. Tendrás que buscar otra forma de insultarle —traté de restarle importancia.

—No lo sabía. —Frunció un poco el ceño, como si tratase de averiguar que significaba eso—. ¿Desde cuando no vive aquí?

—El domingo cuando volví ya no estaba —medio mentí.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó, y de nuevo me dio la sensación de que eran más amigos de lo que creía.

—No lo sé. —La idea de que fuera así me atormentaba—. ¿Quieres subir a cenar algo? —la invitación salió de mis labios antes de que pudiera retenerla. Ahora que Dani no estaba allí y no podía delatarnos quizá no era tan mala idea cenar con Cooper.

—¿Segura? —dudó.

—Claro. —Le tendí una mano que él aceptó enseguida.

Clique aquí

Cenamos pasta fresca con tomate natural y atún y vimos una película que estaban echando por la televisión (Dani se había llevado su play que estaba enchufada a la tele con Netflix, así que básicamente vimos anuncios) pero aun así fue una cena muy agradable. Cooper siempre conseguía hacerme reír.

En algún momento, después de que cenamos, Cooper tiró de mi cintura y me subió sobre él, para besarme con ganas. Y un molesto recuerdo acudió a mi cabeza. Tras aquella borrachera de la que Dani me había salvado después de jugar juntos a la consola nos habíamos enrollado en esa misma postura, en ese mismo lugar...

La puerta se abrió cuando yo trataba de sobreponerme a mis recuerdos y le devolvía el beso a Cooper, pensé que Marla habría vuelto pronto con su ligue, pero el carraspeo incómodo que nos hizo separarnos fue el de Dani. Al que miré como si fuera una alucinación.

—Perdón, me dejé el portátil y me hace falta para trabajar —se disculpó, sin mirarnos a penas.

—¿Estás bien, tío? Te hemos echado de menos en los entrenamientos. —Cooper fue el primero en reaccionar.

Dani no le respondió mientras recogía su portátil de la mesa grande, en la que yo ni había reparado en esa semana, luego se giró hacia nosotros y clavó sus ojos azules en los míos. Parecían tristes, aunque no logré entender el motivo.

—Estoy bien —dijo, pero supe que mentía—. Toma, Katherine. —Me pasó sus llaves del piso, que yo miré sin cogerlas—. Os harán falta si queréis meter a alguien más.

Como no hice intento de cogerlas las dejó caer en la mesa y luego se fue de allí. Sin volver a mirarnos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó desconcertado.

—No sé, Dani es así de raro —mentí, encogiéndome de hombros. Aunque estaba tan perdida en aquello como él. ¿Qué había pasado?

La familia Addams... digo Cooper

¿Sabéis lo que es más tétrico que una casa enorme abandonada en medio del campo? Un parque de atracciones abandonado por la noche. Sentía que en cualquier momento todo se movería, impelido por una fuerza sobrenatural, y los monstruos aparecerían para devorarme.

¿Y qué hacía yo, que era una cobarde, en un parque de atracciones abandonado por la noche? Lo mismo que con los ojos vendados en un armario: el gilipollas.

Pero eso no pasó aún, aunque al igual que la noria que empezó a girar con las pocas bombillas que quedaban enteras en ese momento encendidas, los engranajes que me llevarían allí, y puede que a la muerte, se pusieron en marcha el lunes después de conocer a la familia de Cooper.

Su familia resultó ser *encantadora* (¿se ha notado el sarcasmo o lo repito?) *encantadora* de un modo frío y siniestro. Tenía tres hermanos pequeños: dos niños y una niña; que permanecieron perfectamente sentados con sus trajecitos impolutos toda la comida. Mi hermano era incapaz de acabar una comida sin lanzarle a alguien un cacho de pan, pero esos tres niños que oscilaban entre los ocho y quince de edad, se mantuvieron correctamente todo el tiempo, con la espalda tan recta que hubiese jurado que les habían metido un palo por... debajo de la camisa, malpensados.

Su madre sirvió la comida de forma perfecta, impecable y su padre mantuvo el gesto adusto todo el tiempo. Ni siquiera la curiosidad brilló en sus rostros. Y Cooper no era muy diferente a ellos en ese ambiente.

Y entendí algo de él en ese momento, no estudiaba periodismo porque él considerase más *seguro* aquello que jugar al baloncesto, ni todas las trolas que me había dicho sobre no ser suficientemente alto. Estudiaba periodismo porque esa familia perfecta no considerarían jugar al baloncesto una carrera. Y me pareció trágico.

A mí, mis padres siempre me habían animado a estudiar lo que yo quisiera, y había acabado en derecho por Andy. Quizá tampoco había sido el motivo acertado para hacerlo, pero no me arrepentía de ello.

Hablamos poco, Cooper me presentó y ellos hicieron algunas preguntas necesarias. Pero no me pareció que sintieran interés de verdad por mí, así que no

me molesté en dar grandes detalles. Sin embargo, cuando Cooper me llevó a casa, lo hizo charlando animadamente sobre lo bien que había ido la comida.

Supuse que había ido «bien», porque no podía ser divertida de ninguna de las formas. Aun así no le corregí, me limité a sonreír y asentir.

Sentí alivio al volver a casa. Esta vez no invité a Cooper a subir, solo quería meterme en la cama, y eso que era media tarde.

No hice mucho más, estudie un poco y me fui a dormir muy temprano y sin cenar. Y aun así, al día siguiente en clase me sentía agotada. Quizá porque no había podido dormir bien pese a todo.

Tamy apareció a la hora de comer, con la cara roja y respirando entrecortadamente. No había estado en clase y me pareció tan raro que mi amiga corriese que me preocupé de verdad.

—No... he podido... evitarlo —me dijo con dificultad.

—¿El qué? —pregunté, sujetándola para que no se cayera.

—Rick me ha oído hablando con tu madre de que te regalaría el coche por salir con Dani. —Tomó aire tras soltar toda la frase de golpe—. Y se piensa que vuestra relación es una farsa...

—Tamy —la regañé—. ¿Qué hacías hablando con mi madre?

—Pues maquillarme, por eso tenía puesto el manos libres. —Hizo un puchero.

—No me refería a eso —murmuré.

Mi amiga me ignoró y tiró de mi mano para encerrarme en el baño de chicas. Se mojó la cara para refrescarse, porque estaba sudando y se la secó con papel higiénico con toda la tranquilidad del mundo. Antes de sacar el maquillaje para retocárselo.

—Rick te va a hacer una fiesta de cumpleaños sorpresa. Felicidades por cierto —recordó de golpe.

Oh, sí, era mi cumpleaños. Felicidades yo.

—Gracias —mascullé—. ¿Por qué me tiene que hacer una fiesta sorpresa ese idiota?

—Para poner a prueba a Dani. —Se encogió de hombros—. Si Dani no va, le contará a tu madre la verdad, Katy, lo siento.

—Tu hermano es imbécil —aseguré.

—Lo sé, pero no he podido dar con Dani, tienes que hacer algo.

—Déjame tu coche.

—Claro, pero acuérdate de estar a las ocho y media en mi casa para que pueda llevarte en plan sorpresa al restaurante. Y Dani tendrá que estar en él a las

ocho —siguió hablando a mi espalda, después de darme las llaves del coche, aunque yo había echado a andar hacia la puerta.

No sabía dónde estaba Dani. No tenía forma de dar con él.

Agradecí que Tamy aparcase siempre en el mismo sitio, porque no me costó dar con el descapotable rojo. Volverse a su casa andado o en bus me parecía un castigo más que apropiado para ella por no haber guardado mejor el secreto de Dani.

Si mis padres se enteraban de que los había mentido no solo me quedaría sin coche, también se me caería el pelo. Conduje con el corazón latiendo contra el pecho con fuerza y la boca seca hasta la comisaría de policía.

Aparqué y corrí dentro de esta. Estaba a punto de entrar cuando un policía uniformado me hizo parar para preguntarme dónde iba.

—Busco a mi primo. —Traté de parecer calmada—. Trabaja aquí. Se llama Tyler.

—¡Ah, sí! —Me sonrió amablemente y suspiré de alivio—. Te acompaño, ven.

Me llevó por un pasillo y caminó entre las mesas que estaban apiladas en una gran sala hasta la de mi primo. Tyler tenía una ensalada y un refresco delante y tecleaba en su ordenador.

—¡Kath! —Sonó preocupado y agradeció al agente que me había acompañado, que se despidió con un gesto educado—. ¿Ha pasado algo?

—No, no del todo. —Traté de poner mi mejor cara de póquer—. Necesito información de esa que solo un poli puede conseguir. —Le guiñé un ojo bromista.

—¿Te has metido en líos? —insistió.

Al igual que mi carrera de derecho, que mi primo favorito fuese policía tampoco era casualidad. A los dos nos había marcado la muerte de Andy. Mi primo, su hermano. Los dos habíamos cambiado para siempre y los dos lo habíamos asumido como habíamos podido, con nuestra necesidad de detener a los malos e impedir que algo así volviese a pasar.

—No, escúchame ¿vale? El imbécil de Rick quiere darme una *fiesta sorpresa* y Dani está pasando unos días con su familia y no sé dónde viven —reconocí y me sonrojé de una forma muy creíble, o al menos eso esperaba—. Dani tiene el móvil apagado y tengo que encontrarle antes de la fiesta de Rick. Porque sabes como son él y Paula, y si Dani no aparece se burlarán de mí eternamente. Solo necesito saber la dirección de los padres de Dani —supliqué—. No es como un delito, es mi novio.

—¿No es como un delito? —se rió él—. Serás una abogada genial. —Me besó el pelo con fuerza y volvió a mirar su ordenador—. Dame sus apellidos — obedecí, asombrada por lo maduro que parecía mi primo allí. No era ese criajo tonto y encantador de las reuniones familiares.

—Y ya de paso puedes mirar si tiene trapos sucios. —Tanteé mi suerte.

—Claro, puestos a delinquir... —resopló.

—Eres el mejor.

Tecléo durante un minuto en silencio. Luego su cara cambió a una de sorpresa, o preocupación, no estaba segura.

—Kath... —Me miró ceñudo y cogió mi mano con delicadeza—. ¿Sabes que Dani ha estado en la cárcel?

¿Todo era verdad? ¿La mafia? No era posible. ¿No me habían tomado el pelo? Pero... habían reconocido que era mentira. ¿Y si solo le habían encubierto porque él los había amenazado? Sentí que me faltaba el aire y que toda la sangre de mi cuerpo caía hasta mis pies. ¿Qué iba a hacer ahora?

Ampliando las mentiras

—¿Qué? —pregunté boquiabierta y me puse de pie para ver su estúpida pantalla.

Mi primo soltó tal carcajada que absolutamente todos sus compañeros se giraron hacia él.

—Tenías que ver la cara que has puesto —siguió, partiéndose de risa.

—¡Serás gilipollas! —Le golpeé el brazo y me dejé caer de nuevo en mi silla. Sentía el corazón latiéndome dolorosamente en la garganta.

—¿Todo bien, Ty? —preguntó uno de sus compañeros.

—Sí, sí, perdón —se disculpó, no supe si con ellos o conmigo—. Está limpio, Katherine, ¿qué esperabas? Mira que eres ingenua a veces... Toma, su dirección. —La escribió en un papel y me lo tendió.

—Ya no sé si darte las gracias o mandarte a la mierda... —Me levanté y me di la vuelta.

—Lo siento, prima —me pidió, pero le ignoré y salí de allí, mientras le oía reírse a mi espalda.



La familia de Dani vivía a las afueras. En una preciosa y enorme casa blanca con un jardín delantero lleno de flores enormes y bien cuidadas. No pude evitar sonreír mientras recorría el caminito hasta el chalet. Aquel lugar era precioso.

Me abrieron la puerta justo antes de que llamase, y me quedé con la mano en alto. Una señora con un moño apretado de color oscuro y unos ojos completamente azules, que no me costó reconocer porque eran iguales a los de Dani, me miró con seriedad.

—¿Eres la nueva empleada?

—Eh, no... —Me sentí tentada a disculparme—. Venía a ver a Dani.

—¿A Dani? —preguntó dudosa. Y si no hubieran sido sus mismos ojos exactos habría pensado que me equivocaba de casa—. ¿A mi hijo Dani?

—Eso creo —me reí con timidez.

—Pasa, querida, no me juzgues duramente, es que no me esperaba que Dani

conociese a chicas tan guapas como tú... Siempre está con esos videojuegos estúpidos... En realidad, no esperaba que Dani conociese a chicas de verdad. — Me dirigió una sonrisa cómplice que me hizo reír—. Espera aquí un minuto.

Me llevó hasta una salita de estar con una chimenea que estaba encendida y me señaló el sofá mientras me pedía que esperase.

Dani llegó medio minuto después, parecía que su madre se había dado mucha prisa en ir a buscarle y él mucha en volver. Me miró como si no entendiese que hacía allí y cerró la puerta doble dejando a su madre fuera.

—¿Qué haces aquí? —Frunció el ceño.

—Necesito un favorcito muy tonto. —Puse el índice y el pulgar muy cerca para que viese lo pequeñito que era ese favor.

—Dime —resopló, parecía poco dispuesto a ello.

—Rick me ha organizado una fiesta sorpresa para esta noche, si no aparecemos como pareja le dirá a mi madre que lo nuestro es mentira... —Me mordí el labio antes de confesar que me quedaría sin coche.

—Llévate a Cooper y diles que cambias de novio como quien cambia de ropa interior —me replicó de malhumor.

—No puedo hacerlo, Dani. —Sujeté su mano, suplicante—. Te necesito, haré lo que quieras...

—¿Que tal si dejas de engañar a Cooper?

—No le engaño. —Me aparté de él enfadada.

Tiró de mi cintura, pegándose a su cuerpo y juntó sus labios con los míos. Yo me dejé besar porque no era capaz de rechazar los besos de Dani. No podría y nunca lo haría. Y me sentí terriblemente mal por ello.

—Le engañas a él y a ti misma, pero no a mí —siseó, apartándose de golpe.

—Por favor —supliqué.

—Está bien, pero vamos a ampliar esta farsa un poco más... —pidió—. Digámosles a mis padres que estamos juntos también, así me dejarán en paz unos días. Y luego iremos a tu estúpida fiesta sorpresa.

Y había aceptado, claro, porque no quería quedarme sin coche, y porque había echado de menos a Dani y no podía irme de su lado sin más. Nunca me había mentido a mí misma y no iba a empezar en ese momento. Sentía algo por Dani.

Mi excompañero de piso volvió a abrir las puertas dobles, y su madre apareció enseguida, como si hubiera estado esperando, pero dejándonos intimidad.

—Mamá, esta es Katherine, mi novia —me presentó Dani, y joder, el

corazón me latió tan fuerte en el pecho que me dolió y se me cortó un poco la respiración—. Kath, ella es Renée.

—Hola. —Le tendí la mano con educación, pero ella me espachurró contra su pecho en un abrazo de oso.

—¡Robert! —gritó la mujer separándose de mí—. ¡Ven a ver lo que ha traído tu hijo!

—Ni que nunca hubiese tenido novia —murmuró Dani cerca de mi oído, sujetándome la mano con delicadeza.

—Espero que no sea una venérea... —Oí la voz de su padre, que se cortó al llegar hasta nosotros.

—Es su novia —le dijo Renée, golpeándole un par de veces el brazo con emoción.

Y en ese momento supe que merecía ser parte de esa familia, aunque fuese de mentira. Eran todo lo contrario a la de Cooper; cálidos y cariñosos. Pese a que su madre me había parecido algo estirada cuando me había abierto la puerta.

Sin embargo, Dani me había dejado, se había ido del piso probablemente para no verme y mi novio era Cooper. Así que tendría que compartir mi vida con la casa de los horrores y no con esa familia encantadora y hogareña.

—Lo siento. —Su padre me tendió la mano, que cogí con la pregunta pintada en mi rostro—. Lo hicimos lo mejor que pudimos, pero nos salió defectuoso.

—¡Ja-ja! —se rió falsamente Dani—. No les hagas caso, soy su mejor hijo.

¿Dani tenía hermanos? Lamenté saber tan poco de él.

—¿Os quedáis a cenar? —nos pidió su madre, me sujetó de la mano y me guió hasta el sofá, para que me sentara a su lado.

—En realidad, mis amigos me van a dar una fiesta sorpresa. —Puse mala cara sin pretenderlo.

—¡Pues vaya sorpresa si ya lo sabes! —se rió la buena mujer—. ¿Es tu cumpleaños? —dedujo.

—Así es. —Fingí una sonrisa, aunque odiaba cumplir años. ¡Me queda un año menos de vida! ¡Bien! Nunca lo había entendido del todo.

—¡Felicidades! —Me envolvió en un nuevo abrazo. Mi familia era cariñosa, pero lo de esa mujer era otro nivel.

—Vas a asustarla, mamá —se quejó Dani.

—¿Yo? ¡Si no la has asustado tú ya es que es la mujer más valiente del mundo! —le regañó su madre, haciéndome reír—. Y encima es guapa. ¿Qué ha hecho mi hijo para que salgas con él?

—Pues... —Me lo planteé seriamente—. Me rescató una noche que me dejaron tirada en medio de la nada —recordé. Quizá ese había sido nuestro primer acercamiento—. Y luego me obligó a bailar, y no me pisó ni nada —bromeé, sonrojada.

—¿Mi hijo baila? —Fue su padre el sorprendido esta vez. Dani se dejó caer incómodo en el sofá, a mi lado.

—¡Uy, sí! —me reí un poco—. Y no solo eso, a veces cuenta chistes y todo —bromeé.

—¡Eh, que yo soy gracioso siempre! —se quejó, aunque vi el chisporroteo divertido en sus ojos—. Lo que pasa es que no entendéis mi humor.

—Pero sin duda, lo que me hizo salir con Dani, fueron esos pequeños detalles suyos. —Aproveché la oportunidad de fastidiarle un poco.

—¿Nuestro hijo detallista? —Robert también se sentó en el sillón que había a nuestra derecha.

—Oh, sí, ¿verdad, Dani? —El chico frunció el ceño, sin saber por dónde iba—. Como todos esos días mientras yo me preparaba para trabajar y me cortaba el agua caliente a las seis de la mañana... O cuando dio la vuelta a todos mis muebles, y por dar la vuelta... Bueno, no podéis imaginaros, mi habitación parecía un campo de guerra.

—Exagerada... —susurró Dani, aunque sus padres se rieron. Pensé que se cabrearía, pero tenía una gran sonrisa en la cara—. ¿Por qué no cuentas que tú moviste primero todos los muebles del salón?

—¡Tú me dijiste que vendía Biblias y me dejaste en la calle! —Era curioso lo mucho que me había cabreado aquello y lo poco que me importaba ahora—. Y empezaste con los cortes de agua caliente.

—Solo jugaba. —Se encogió de hombros.

—Y yo no se jugar. —Hice un pucherito que le hizo soltar una carcajada.

—No, no sabes, *Princesa Peach*. —Se acercó mucho a mí, y sentí que iba a besarme. Cerré los ojos esperándolo, pero la voz de su madre me sobresaltó.

—Pero ¿vivíais juntos...? —dudó.

—Sí, así nos conocimos, compartiendo piso —explicó Dani.

—Oh, ¡que romántico! —aseguró la mujer.

—Y ahora deberíamos irnos, Kath. —Se levantó tirando de mi mano para ayudarme a hacer lo propio.

El otro lado

—¡Sorpresa! —Oí el grito prácticamente al entrar al restaurante.

Fingí mi mejor cara de sorpresa, hasta que vi a mis padres sentados entre Martina y Paula y la sorpresa fingida se convirtió en real. Le lancé una mirada asesina a Tamy, pero ella se limitó a encogerse de hombros, no debía saber que mis padres estarían allí.

—No teníais que haberos molestado. —Me senté junto a mi novio falso, que ya estaba allí, y le saludé con un beso rápido en los labios.

El camarero no tardó en acercarse a nosotros, mientras todos me felicitaban.

—¿Qué quieren tomar?

—Vino, por favor. —Fui la primera en responder. No encontraría la energía para aguantar aquello sin alcohol. El resto estuvo de acuerdo.

—Nos ha parecido un detalle encantador por parte de tus amigos que te montasen una fiesta sorpresa, cariño —expresó mi madre, pero por la cara de mi padre supe que no estaba de acuerdo. Lanzaba miradas asesinas a Rick constantemente.

—Oh, sí, que detallazo, aunque no sé, sabéis que no me gustan los cumpleaños, ni las sorpresas. —Lancé una mala mirada a Rick yo también.

—Bueno, no parecía que tu novio fuese a hacer nada y siempre lo celebramos aquí —expresó con inocencia.

—Íbamos a celebrarlo a nuestro modo. —Dani le guiñó uno ojo descarado, y tuve que codearle porque mis padres estaban delante.

Traté de tranquilizarme, pero sentía que estábamos sentados sobre una bomba de relojería que no tardaría en explotar. Quería largarme de allí cuanto antes. ¿Podría fingir que estaba indispuesta?

El camarero volvió con un par de botellas de vino y otras tantas de casera y las descorchó dejándolas en el centro de la mesa. Mi padre fue el primero en servirse y supuse que lo necesitaba tanto como yo.

—¿Podemos pedir ya? Me muero de hambre... —mentí, por supuesto, estaba segura de que no podría comer nada, pero quería acabar lo más rápido posible.

—No pueden pedir hasta que estén todos los comensales —me indicó el

camarero.

—Estamos todos —le dije con el ceño fruncido, repasando la mesa.

Era una mesa redonda, y hasta ese momento no reparé en que había una silla y un plato vacíos entre Tamy y Rick. Miré al chico y a mi prima con desconfianza, y la sonrisa de ella me presagió cosas horribles.

—Falta alguien aún, no tengas tanta prisa, cariño —pidió Rick, y me hubiese gustado lanzarme sobre la mesa para darle un puñetazo.

—Es que no me encuentro muy bien —insistí—. Os agradezco mucho el esfuerzo, y podéis comer en mi nombre...

—No digas tonterías —se rió Paula—. Si te encanta este sitio. ¿Por qué no nos contáis algo para hacer más amena la espera? ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Pues dos meses y medio —mentí, con un molesto tic en el ojo.

—¿Y vais en serio? —insistió mi *querida* prima.

—Claro, muy en serio —respondí, con la mandíbula tensa.

—Y si lleváis dos meses y medio juntos y vais en serio, ¿quién es él? — Señaló hacia la puerta del restaurante que se acababa de abrir creando una corriente de aire helado.

—¡Joder! —maldije, al reconocer a Cooper, que destacaba por su elevada altura.

—¿Kathy? —me llamó mi madre.

No fui capaz de reaccionar. Me quedé allí, mirando alternativamente a mis padres y a Cooper. Cerré los ojos de forma muy ingenua, como una niña pequeña, pensé que así desaparecería, que Cooper, que cada vez estaba más cerca, no lograría verme.

—Sácalo de aquí —susurró Dani muy bajito cerca de mi oído.

Y fue como el pistoletazo de salida. La voz calmada de Dani me infundó fuerzas, hizo que mi corazón, que se había detenido momentáneamente latiese desbocado contra mi pecho.

Me levanté de un salto y sujeté la mano de Cooper cuando había empezado a sonreír como saludo, algo desconcertado porque Dani estuviese a mi lado, tan cerca de mí, como un novio lo estaría.

Sus dedos calientes envolvieron a los míos enseguida, como un gesto automático que me hizo sentir aún peor conmigo misma.

—Vamos fuera —pedí suplicante, empujándole de nuevo por la dirección que había venido.

—¿Qué pasa? —me preguntó desconcertado, aunque me acompañó—. ¿Qué

hace Dani ahí? Pensaba que ya no vivíais juntos. —Me dirigió una mirada con el ceño fruncido cuando llegamos a la calle.

—Sale con Tamy —mentí.

Yo antes de conocer a Dani nunca mentía, de verdad, aunque entiendo que nadie se lo crea, porque ahora no dejo de hacerlo. Y con cada mentira que salía de mis labios, moría una parte de mí.

—¡Oh, no lo sabía! —Pareció sorprendido por ello—. ¿Y cuánto llevan? Porque Tamy se lió con Matt el sábado...

—Tienen una relación abierta. —Le hice un gesto para restarle importancia. ¿Qué más daba un cacho de alma menos?

—Felicidades, princesa —me dijo de pronto, atrayéndome a él y pegando sus labios a los míos. Solo fue un roce, una caricia—. ¿Entramos a cenar? —dudó.

—No —me negué—. No volvería a entrar ahí ni aunque me matasen —prometí.

—¿Qué sucede? —preguntó. Pasó los pulgares por mis mejillas y me di cuenta de que estaba llorando.

El estúpido coche que me iban a regalar ya no me importaba, ni que mis padres supieran que lo mío con Dani era mentira, pero si tenía que volver a ver la cara de Rick y Paula acabaría ensartándolos con el tenedor. Y no quería que Cooper me dejase por culpa de ellos.

Quizá Dani llevaba razón, yo engañaba a Cooper y me engañaba a mí misma. Dani me gustaba, lo podía aceptar después de la semana de mierda que había pasado porque él se hubiera ido del piso. Pero Cooper también me gustaba y estaba segura de que me convenía mucho más. Le quería, y no quería perderlo.

No era justo, nada de aquello lo era. Paula era mi mejor amiga y Rick mi novio. Y ambos me habían traicionado y engañado, liándose. ¿Por qué me torturaban entonces? Casi me reí con amargura al comprenderlo, casi. «Ahora estás en el otro lado, animadora» Eran las palabras de Dani.

Y eso era lo que sucedía. Ahora estaba en el otro lado. Ahora yo estaba en el lugar de los humillados, de los insultados, de los que debían ser torturados. No entendía en que momento había pasado de estar en el lado *guay* a ser un objetivo de estos, pero había pasado.

Ni siquiera era la primera vez que a mi prima se le ponía entre ceja y ceja fastidiar a alguien, pero antes yo me había limitado a ser una espectadora. Había mirado en silencio y había dejado que impusiese su voluntad de niña mala malcriada. Jamás imaginé que todo aquello pudiera volverse contra mí alguna

vez.

—Kath, te estás perdiendo tu fiesta —me regaña Paula. Ni siquiera la había oído salir del restaurante.

Regalos de cumpleaños

Y de nuevo no pude reaccionar. Miré la mano de Cooper, entrelazada con la mía, y una ardiente lágrima goteó hasta el punto dónde se unían. Mi madre salió un segundo después, seguida de mi padre.

—¿Qué está pasando, Katherine? —preguntó mi padre con tono autoritario.

—¿Por qué lloras, cariño? —cuestionó mi madre, acercándose hasta mí y envolviéndome entre sus brazos protectores.

Podría haberme inventado mil mentiras en ese momento, pero no lo logré. No se me ocurrieron, quizá no me quedaba alma suficiente para seguir mintiendo. Quizá no podía hacerlo cuando mi madre me abrazaba como si fuera una niña pequeña. Y me sentía como tal, llorando en su hombro.

—Yo creo que es hora de que Kath nos cuente la verdad a todos. —La voz de Rick me llamó la atención.

Supuse que todos habían salido ya, pero no quería moverme de la protección de mi madre. Ahí me sentía a salvo.

—¡Yo te voy a contar la verdad, gilipollas! —Oí la voz de Dani un segundo antes de un golpe seco y varias exclamaciones ahogadas.

Me separé de mi madre para ver a Rick en el suelo, sangrando por el labio y a Dani sujetándose la mano con una sonrisa satisfecha. Mi padre se interpuso entre ellos para separarlos, pero ninguno parecía tener intención de pegarse de nuevo.

—¡Dani! —me horroricé, aunque había hecho justo lo que yo quería hacer.

—Y ahora, Cooper y yo vamos a tomarnos una copa para que habléis tranquilos. —Me guiñó un ojo azul y sujetó a mi novio del brazo para empujarle de vuelta al restaurante.

Paula ayudó a Rick a levantarse, que parecía algo desorientado. Y Cooper siguió a mi novio falso dentro del restaurante, con cara de no entender nada, pero en silencio.

—Será mejor que vayamos al hospital. —Tamy observó a su hermano sin mucha simpatía y luego le hizo un gesto para que caminase hacia su descapotable rojo.

Paula y Martina los siguieron, en silencio, sin querer enfrentarse a Dani, supuse. Debían entender que se lo merecía. Cuando me quedé a solas con mis

padres me sentí mucho mejor.

—¿Qué está pasando, Kath? —preguntó mi madre.

—Cooper es mi novio.

—¿Y Dani? —dudó mi padre.

—Un buen amigo, supongo. —¿Lo era? Quizá ahora sí, me había «salvado» y defendido después de todo—. Dani y yo llevamos gastándonos bromas desde que comenzamos a compartir piso —expliqué sonrojada a mis padres, secándome las lágrimas mucho más calmada—. Cuando llamaste aquel día que yo estaba haciendo la colada, Dani solo te dijo que era mi novio para tomarme el pelo. —Sentí que me quitaba un peso de encima y que quizá mi alma sanaba un poco.

—Kathy —se lamentó mi madre—. ¿Por qué no nos lo contaste?

—Iba a hacerlo, de verdad —prometí—. Pero me dijisteis lo del coche y... No sé, me volví loca. —Me tembló la voz y se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez—. Ya no lo quiero, sé que no lo merezco —aseguré—. Me conformo con que me perdonéis, por favor.

—Oh, mi niña. —Mi madre volvió a abrazarme con cariño.

—Ya sabía yo que ese gilipollas de Rick no tramaba nada bueno —me dijo mi padre, abrazándonos a las dos a la vez—. Pero te has quedado sin coche por mentirnos, y quiero que conste que te lo íbamos a regalar igual tuvieras novio o no. De hecho, yo te lo hubiera comprado con más ganas si no hubieses tenido novio, pero a tu madre le pareció una buena excusa para que nos lo presentases.

—Pues ella también mintió, debería quedarme su coche —bromeé, riéndome entre las lágrimas.

—Y tu novio de verdad, ¿no sabe nada de todo esto? —preguntó mi madre, cuando rompió el abrazo.

—No, piensa que Dani y yo solo somos compañeros de piso, bueno lo éramos, porque se ha mudado —expliqué, y eso tranquilizó un poco a mi padre, supuse.

—¿Y por qué no empezamos de cero y nos presentas a Cooper? —sugirió mi madre.

—Yo aún tengo hambre —aseguró mi padre.

Y agradecí mucho tener unos padres tan geniales.

Follow!

—Sigo sin entender que ha pasado —se quejó Cooper cuando me llevó a casa.

—A mis padres les has encantado. —Me salí por la tangente para no responder a su pregunta encubierta.

—¿Está todo bien? —preguntó temeroso.

—Sí, ahora sí —prometí, uniendo mis labios a los suyos con delicadeza y dulzura.

Cooper me rodeó las caderas con sus brazos enormes, como si temiera perderme y profundizó el beso con necesidad. Logró emocionarme de nuevo, al parecer, para él no estaba «en el otro lado». Me bastaba con ser especial para él. No necesitaba a mis primas, ni a Rick.

—Estoy agotada y mañana tengo clase —me disculpé, separándome de él.

—Tengo un regalo para ti, no me ha dado tiempo a comprar mucho, porque me he enterado a última hora de que era tu cumpleaños. —Puso mala cara.

—No tenías que haberte molestado. —Me sonrojé un poco.

Me pasó un paquetito mal envuelto que abrí con timidez, para encontrarme con un collar de oro precioso, con un colgante circular con brillantes. Yo aún llevaba el del dado que me había regalado *Shun*, pero me lo puse también.

—Es precioso, gracias. —Volví a besarle como agradecimiento.

—Y ahora a dormir, princesa, que mañana tenemos que madrugar. —Me dio un último beso con cariño y montó en su coche de nuevo.

Me despedí con la mano y subí hasta mi piso. La puerta estaba entreabierta cuando llegué a él. Supuse que Marla en uno de sus calentones se había vuelto a olvidar cerrar. Y con esa era la tercera vez que pasaba.

—Buenas noches. —Me sobresaltó una voz cuando entré en el salón oscuro después de cerrar tras de mí.

—¡Qué susto me has dado! —me quejé, poniendo una mano sobre el corazón para que latiese con normalidad y encendiendo la luz con la otra—. ¿Qué haces aquí, Dani? —Estaba sentado en el sofá, con cara pensativa.

—Con todo el revuelo se me olvidó darte tu regalo de cumpleaños... —me dijo, muy bajito, como si no quisiera reconocerlo o algo parecido. Yo solo esperaba que no fuese a darme otro collar.

—No tienes que regalarme nada, suficiente has hecho por mí —aseguré, quitándome los incómodos tacones y tirándolos al suelo. Aun así me senté a su lado y me acurruqué en el sofá. Abrazándome las rodillas contra el pecho—. De hecho, que pegases a Rick fue un regalo genial.

—No sé como pudiste salir con semejante gilipollas —suspiró—. Tengo que

irme —susurró.

—No te vayas —pedí.

—Si me quedo, haré una estupidez —se lamentó.

—¿Por qué? —pregunté, y quizá estaba demasiado sensible, pero sentí ganas de llorar otra vez. Me abracé más fuerte, como si eso pudiera protegerme de mis sentimientos—. ¿Tanto me odias?

—¿Odiarte? —Se echó a reír—. Tu regalo está sobre la mesa, *Princesa Peach*.

—¿Qué ha cambiado? —insistí, mientras él se levantaba del sofá.

—Nada, Katherine —me dijo, dándome un beso en la frente—. Por desgracia no ha cambiado nada —suspiró y salió de la casa, cerrando la puerta demasiado fuerte.

Pensé en seguirle, pero no era buena idea. Me levanté del sofá y fui a buscar mi regalo. Había un paquete enorme envuelto perfectamente, de forma casi profesional. Lo abrí con genuina curiosidad, para encontrarme una caja de zapatos que me hizo fruncir el ceño.

Al levantar la tapa vi un montón de DVD de mis pelis favoritas cuando era niña. Eran todos originales, y encontré entre ellas las que había visto con Dani aquella noche que pasamos viendo películas. Estaba claro que no era un regalo que hubiese comprado a última hora. ¿Dani sabía que era mi cumpleaños? Había una nota entre ellas, muy simple y triste que me hizo llorar de nuevo:

Por si quieres pensar en mí.

Culpabilidad

Pese a que lo que teníamos Dani y yo solo era una relación de mentira cuando se fue sentí que habíamos sufrido una ruptura muy real. ¿Alguna vez habéis querido tanto a alguien que cuando os ha dejado su ausencia ha arrasado vuestra vida?

Ni siquiera supe en que momento mi concepto de él había cambiado. ¿Cuándo había pasado de considerarle mi insoportable compañero de piso a algo más? Quizá me había enfadado tanto con él porque siempre me había gustado de alguna forma. Y ahora sentía que no volvería a verle.

Pasé toda la semana como un zombi, de clase a la biblioteca y de allí a casa. Hasta Cooper se daba cuenta de que me pasaba algo, pero no me juzgo, ni me recriminó mi actitud. Y eso me hizo sentir peor persona. Me merecía su odio, pero él no me odió. Me comprendió de alguna forma y me cuidó. Me trajo refrescos cada día y me llevó a casa después de estudiar.

Un día, después de dejarme en casa, cuando yo iba a bajar del coche me sujetó de la mano para impedírmelo. Le miré curiosa porque apenas habíamos hablado últimamente.

—Quizá es pronto para decir esto, o quizá es un error absoluto. No sé que te pasa, Kath, y no voy a preguntarte, porque entiendo que tienes derecho a la intimidad. —Me pasó la mano por la mejilla y arrastró una lágrima con sus dedos. Ni siquiera sabía cuando había empezado a llorar, tal vez no había dejado de hacerlo en todo esos días—. Pero te quiero, te quiero muchísimo y me mata verte tan triste.

—Lo siento —me disculpé, llorando más fuerte. Cooper era lo mejor que me había pasado nunca y no se merecía aquel castigo—. Eres demasiado bueno para mí.

—Quiero estar contigo —prometió, inclinándose sobre mi asiento para besarme—. Aclárate con lo que sea que te pase y vuelve conmigo —me pidió.

No había sabido que decirle a eso, así que le había dado las gracias y había huido hasta mi piso. Que estaba triste y silencioso desde que Dani no estaba allí. Me metí en la ducha, aún con la ropa puesta y lloré bajo el agua helada. Se me había olvidado encender la caldera, pero no me importó.



Sé lo que estás pensando: «esto se está convirtiendo en un drama». Yo también lo pensaba, mi vida había pasado de ser una mierda a ser un drama. Y ahora no estaba segura de lo que prefería. El sábado ni siquiera logré salir de la cama.

Marla golpeteó en mi puerta a media tarde, o al menos pensaba que era esa hora teniendo en cuenta la luz que entraba por la ventana, porque no había mirado el móvil ni la hora en todo el día.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tienes visita —me dijo.

Salí emocionada, pensando que quizá Dani había vuelto. Y la emoción se desinfló al ver a mis padres.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté con toda la dignidad que pude reunir teniendo en cuenta que había salido pensando que era Dani y que llevaba todo el día metida en la cama con mi pijama de conejitos.

—Traerte un regalo de cumpleaños tardío. ¿Por qué no te vististe? —sugirió mi madre

—Claro.

Me puse unos vaqueros viejos y desgastados, la primera sudadera que pillé y las deportivas y pasé por el baño para lavarme rápidamente los dientes y recogerme el pelo en una coleta alta.

—¿Vamos? —me preguntó mi madre cuando volví con ellos.

—Claro —respondí de nuevo, aunque no sabía dónde íbamos.

Les seguí fuera de casa y me quedé mirándoles sin entender que pasaba cuando se pararon un poco más abajo en mi misma calle. Entonces mi padre sacó algo del bolsillo y me lo tendió.

—Ya lo habíamos comprado, así que buscaremos otra forma de castigarte —bromeó.

Vi entonces lo que me daba: eran las llaves de un coche, un coche nuevo de color verde, que estaba aparcado a nuestro lado. Era pequeño, pero lo adoré nada más verlo y salté de alegría abrazándome a ellos.

—Pero no lo merezco. —Lo rechacé después de celebrarlo, devolviéndole las llaves a mi padre.

—¿Y que vamos a hacer con él? —se rió mi madre, empujando mi mano

para que me guardase las llaves.

—Dádselo a Jaime cuando tenga edad de conducir —sugerí.

—No digas tonterías, Kath —me dijo mi padre con gesto serio—. Llévanos a dar una vuelta para probarlo —pidió.

Caminé hasta el coche sabiendo que no me lo merecía, pero me olvidé de todo ello cuando me subí tras el volante. El olor a nuevo me golpeó la nariz y embriagó mis sentidos. La culpabilidad se escondió tras la novedad.



Necesito verte, Princesa Peach.

El mensaje de Dani me llegó mientras conducía, pero no lo vi hasta llegar a casa después de despedirme de mis padres. Al menos suponía que era de Dani, porque nadie más me llamaba así, aunque no tenía el número en la agenda.

Le respondí preguntándole porque no venía a casa, y se limitó a darme una ubicación con el *maps*. Supuse que Dani no podía hacer nada fácil. Aun así cogí un abrigo grueso, porque ya era diciembre y hacía un frío horrible y fui a la dirección que me había dado.

Caminé hasta el bus y luego me di cuenta de que ahora tenía coche, así que me tocó retroceder hasta el lugar donde lo tenía aparcado, como una idiota.

Conduje con los nervios presionándome la garganta hasta la dirección que me había dado Dani, con el *GPS* indicándome, porque no tenía ni idea de dónde iba. Aún no entendía por qué no podíamos reunirnos en casa, o en casa de sus padres, o en algún lugar normal.

Y entendí aún menos cuando aparqué delante de un parque de atracciones abandonado. El ayuntamiento debería hacer algo con tanto edificio abandonado en la ciudad. Después del caserón de la muerte dónde habíamos jugando a *paintball* aquello me pareció aún más tétrico incluso. Y la luz del sol había desaparecido por completo, dejándome sumida en la más completa oscuridad.

Llamé a Dani, pero no me respondió. Sin embargo, cuando colgué me llegó otro mensaje suyo, citándome en una de las atracciones. Una llamada «el reflectario» ¿A qué estaba jugando ese chico?

Recordé lo que me había dicho en casa de sus padres: «Solo jugaba». Pues ese niñato insufrible iba a descubrir que yo había aprendido a jugar. Alcé la cabeza con orgullo y caminé hacia la puerta giratoria que hacía las veces de

entrada.

Claro que, lo que yo no sabía era que no era Dani quien estaba detrás de aquello.

Mi peor pesadilla

Me subí aún más la cremallera de mi abrigo y escondí la cabeza entre los pelitos del borde. El aire frío de diciembre me castigaba la cara. Sentía que se me cortaban los labios incluso.

El hierro de la puerta chirrió cuando lo empujé, pero cedió sin problemas, como si lo hubieran usado hacia poco. Deduje que un parque de atracciones abandonado con tan poca dificultad para entrar era un recurso muy atractivo para ladrones y drogadictos. Y quizá para adolescentes borrachos. Encendí la linterna del móvil y apreté el paso.

Los árboles habían reclamado el lugar como suyo. La mala hierba crecía empujando los adoquines, que chocaban entre sí y sonaban al pisarlos. Lo que antaño fue una fuente de piedra ahora había recogido agua de lluvia que lucía verde, con pájaros e insectos muertos en su interior y olor a alcantarilla.

Me tapé la nariz y la boca con los dedos, que tenía helados y entumecidos por el frío y me acerqué a un mapa enorme del parque, semicubierto de hiedra y desgastado por su exposición a las condiciones meteorológicas. Por suerte a mí no se me daba mal seguir un mapa. Según Tyler iba para exploradora, aunque me había quedado en intento frustrado de animadora (lo último en realidad, debía habérmelo dicho Dani).

Hice un par de fotos al mapa, por si acaso, y después de localizar «el reflectario» y los puntos por los que debía pasar para llegar, como la noria y el tiovivo (las dos atracciones más escalofriantes en una situación así), eché a andar de nuevo.

Siempre había gozado de buena salud, pero aquella noche tuve claro que si no moría de congelación lo haría de un infarto. Aun así le demostraría a Dani que yo sabía jugar. No era ninguna cobarde, podía seguir su ritmo.

Lo primero que vi fue la noria, como para no verla, se alzaba orgullosa entre otras atracciones más bajas, como una montaña rusa y un trenecito infantil. Y cuando pasé por su lado las luces se encendieron de golpe, al menos todas las que quedaban intactas. Cuando estaba mirándola entre asustada y fascinada, o cagada de miedo por completo, aún no lo había decidido, una de las bombillas estalló justo por encima de mi cabeza. Y retrocedí asustada gritando.

Tuve que contar hasta cinco para atreverme a moverme de nuevo. El corazón me latía con tanta fuerza que sentí ganas de vomitar, pero temí echarlo si lo hacía. Respiré despacio y meforcé a calmarme.

—Solo un poco más, paso a paso —me dije, en voz alta para espantar a los fantasmas y comencé a caminar otra vez.

No se encendieron más atracciones a mi paso, por suerte. Toda aquella zona parecía algo infantil, con coches pequeños y recorridos cortos. El tiovivo estaba más allá de una zona que imitaba la jungla y de la que me pareció oír el siseo real de una serpiente. ¿Los animales salvajes habrían tomado aquel lugar?

Me paré a admirar el tiovivo, de pequeña lo adoraba, pedía a mis padres que me montasen una y otra vez. Aquel no era feo, tenía carrozas de princesa, preciosos unicornios (ahora rotos y desgastados por el tiempo) y animales salvajes haciendo las veces de asientos.

Una musiquilla empezó a manar de su interior, tan flojito al principio que creí que lo había imaginado. ¿Aquel lugar tenía sensores de movimiento o era Dani jugando conmigo? Como si hubiera oído lo que pensaba, la música repetitiva subió hasta que me hizo taparme los oídos. La atracción empezó a girar sobre sí misma, subiendo y bajando, de una forma que en otro momento me hubiera parecido hipnótica.

Apreté el paso e insulté mucho a Dani en mi interior por hacerme pasar por aquello. Yo era una cobarde, ¿acaso él no lo sabía?

La puerta de «el reflectario» me pilló casi por sorpresa. Ningún animal, ni fantasma para el caso, me había asaltado por el camino. Ni siquiera un vagabundo o drogadicto.

—¡Já, chúpate esa Dani! —murmuré al aire.

La atracción a dónde iba era un maldito laberinto de espejos. Como si Dani pudiera saber que había odiado esa atracción toda mi vida. Quizá lo sabía, tal vez alguien se lo había dicho. ¿Acaso no sabía que era mi cumpleaños?

En una ocasión, cuando tenía seis años me quedé atrapada dentro de uno de esos. Habíamos ido a un parque de atracciones muy similar a aquel, toda la familia. Paula se había empeñado en entrar, así que cuando nuestros padres nos dejaron haciendo cola en una atracción más apropiada para nuestra edad, ella había tirado de mi mano, se había escaqueado de Andy (que nos cuidaba en ese momento, siendo unos diez años mayor que nosotras), y me había obligado a entrar en el laberinto de espejos.

A ella le había encantado, por supuesto. Paula se adoraba a sí misma desde el día que nació, y mirarse en mil espejos a la vez hacía las delicias de su

hedonismo. Sin embargo, para mí había sido una experiencia muy diferente. Sentía que mil ojos me vigilaban desde la oscuridad. Mi imagen me parecía deformada y horrible y todas esas personas que me miraban no era yo. Había tratado de correr, de huir, de salir de allí. Solo quería encontrar a mi mamá y abrazarme a ella. Pero me había perdido y había acabado llorando aovillada en un pasillo.

Tomé aire y lo solté, muy despacio. El corazón me bombeaba ácido que quemaba mi garganta. La adrenalina hacía que me picasen los dedos. Cerré los ojos delante de la puerta del laberinto de espejos.

Me imaginé los ojos de Dani, mirándome como lo había hecho durante la boda. Su cara apareció sola alrededor de estos, con una sonrisa socarrona. Su cuerpo se autocompletó como por arte de magia. Imaginé sus dedos estirándose hacia mi rostro, acariciándome la mejilla, llevándose las lágrimas inconscientes.

—Estoy aquí —me susurró—. Vamos juntos.

Obviamente no estaba allí cuando abrí los ojos, pero me dio el valor para cruzar la puerta. Una de las maderas que la había mantenido cerrada estaba en el suelo, la otra colgaba de uno de sus goznes y se agitaba por la brisa. Aún oía la música desquiciante del ti vivo. Tragué saliva varias veces, para empujar el ácido de vuelta al estómago, pero cuando el primer espejo me devolvió el destello de la linterna de mi móvil junto con el reflejo de mis ojos aterrados, todo el miedo resurgió.

«No hay puerta, no puedo quedarme encerrada» me recordé. Pero podía perderme y no encontrar jamás la salida. Empezaba a preguntarme si de verdad tenía tantas ganas de ver a Dani como para acojonarme a mí misma de esa forma. Si todo aquello era una broma de las suyas, todo lo que sintiera por él se iba a convertir en odio. Un odio visceral y profundo que no desaparecería jamás.

Sabía que había una entrada y una salida de aquel lugar, solo tenía que avanzar. Ya no tenía seis años, encontraría la forma de salir, y Dani estaría allí, para abrazarme. Avancé entre los pasadizos y pisé cristales rotos, que crujieron bajo mis deportivas. Faltaba uno de los espejos y dejaba ver la zona dónde sucedía la «magia». ¿Dani estaría allí?

Crucé por el espejo roto, a la nave dónde estaba alojado el laberinto. Un montón de telas negras colgaban de todas partes, dejando un hueco grande en el centro que apenas se podía entrever cuando las telas se movían ligeramente, seguramente respondiendo a mi invasión, o quizá, al aire de fuera.

Un grito desgarrador me hizo taparme los oídos. Era un grito femenino.

Miré aterrada a todas partes, pero no vi a nadie. Corrí, moviendo las telas y

me tropecé con un cuerpo que me hizo caer de bruces al suelo, mojándome las manos con sangre caliente.

Encuentro romántico

No tardé en reconocer el cuerpo que me había hecho tropezar. Había crecido con ella, la había querido como una hermana, me había traicionado y roto el corazón.

—Paula —susurré, acariciando su rostro.

Tenía la cara caliente, pero la herida que empapaba su cuello y el suelo de sangre parecía totalmente incompatible con la vida.

—Te toca, Kath. —También reconocí la voz de Rick.

Alcé los ojos para verle, frente a mí, vestido de negro, con chorretones rojos que hacían que su ropa se pegase a su cuerpo de deportista musculoso. Alzó algo que tenía en la mano, que brilló con la luz de la linterna del móvil cuando le apunté. Era un trozo de espejo afilado.

Retrocedí de espaldas, sin poder levantarme, solo quería desaparecer. Y entonces las carcajadas llenaron la extraña habitación. Paula se sentó en el suelo, tirando de la «herida» de su cuello, hasta quitársela. Solo era látex y pintura.

—Lo siento, Rick, no aguantaba más sin reírme —se disculpó mientras lo hacía.

—Tenías que ver tu cara, Kathy —me dijo mi exnovio, tirando el cristal a un lado.

Aun así no me tranquilicé. ¿Qué les pasaba en la cabeza a esos dos? Tenía las manos empapadas de sangre caliente (o lo que fuese aquello que olía a cobre) y la cara llena de lágrimas.

—¡¿Estáis locos?! —grité, levantándome del suelo.

—No nos dejaste divertirnos en tu cumpleaños. Y para colmo ese bestia le dio un puñetazo a mi Rick. —Paula se encogió de hombros, como si de verdad aquello los justificase—. Así que hemos pensado, que podíamos crear un encuentro romántico aquí. Nos morimos de ganas de explicarle a Cooper la verdad. —Me guiñó un ojo y Rick lanzó algo justo a mis pies.

Era una carpeta marrón, que cayó abierta, mostrando un montón de fotos mías con Dani. Eran de la boda de mi primo. Estábamos bailando, besándonos, comiendo pastel bajo las escaleras, incluso durmiendo juntos en su coche. Las cogí, manchándolas de sangre.

—Solo es una copia —me dijo Rick.

—¿Por qué? —pregunté, aún hipando por las lágrimas.

—¿Y por qué no? —replicó Paula.

—Porque necesito saber que la maldad tiene un motivo, que no viene sin más...

—Pues lo siento. Los dos te queríamos, Kath —expresó mi prima—. Pero te has vuelto de un mojigato que no hay quien te aguante... Solo queremos divertirnos.

—¡Pues no lo hagáis a mi costa! —grité, dejando que saliese toda la frustración que sentía.

—¿Katherine? —La voz de Dani sonó en aquel infierno, y logró relajarme un poco. Estaba entre las cortinas negras, mirándome con sus ojos azules que brillaban entre la oscuridad. Solo llevaba el uniforme de baloncesto, dejando a la vista la mayoría de sus tatuajes. Debía estar helado—. Vamos. —Me tendió una mano.

—¿Qué haces tú aquí? —resopló Paula—. Tenía que venir su otro novio... ¿Te has liado, cariño? ¿Te has equivocado de novio? Tiene tantos que lo entiendo —se rió con maldad.

—Kath —me llamó Dani de nuevo, porque me había quedado plantada mirando a mi prima y mi exnovio—. No merece la pena, vamos.

Seguía con la mano extendida hacia mí, la derecha, la de las calaveras y las cruces, la que prometía venganza y muerte. Y aun así, sabía que era mejor que yo, mejor que ellos. Estaba segura de no merecerme sus dedos cálidos.

—¿No te gusta este novio, Katherine? A mí también me gusta más el otro —me picó mi prima. Tuve claro que se estaba divirtiendo mucho a mi costa.

—Por favor —suplicó Dani, apretando la mano izquierda junto a su cuerpo hasta convertirla en un puño. Tenía la mandíbula tensa y los labios en una delgada línea dura. Sus ojos azules brillaban de enfado, pero no contra mí—. *Princesa Peach.*

Y eso me convenció. Dejé caer las fotos y tomé su mano. Me olvidé del odio, la venganza, el dolor y el miedo, y caí en el otro lado. Quería estar en ese lado.

Dejé que Dani me envolviese con calidez con su brazo y me llevase entre los espejos. Maldijo entre dientes cuando nos alejamos de la abertura por la que estaban Paula y Rick y temí que nos hubiéramos perdido.

Y volvió el terror, los ojos observándome desde los espejos. Pasamos por un recodo estrecho en el que Dani me soltó para pasar delante y el miedo me paralizó. Me tapé la cabeza y lloré, como una niña pequeña. Con las manos

ensangrentadas y seguramente manchándome la cara. ¿De dónde habían sacado sangre y por qué estaba caliente?

Sentí los brazos llenos de tatuajes de Dani rodearme por completo y elevarme del suelo. Me pasó un brazo por debajo de las rodillas y el otro por detrás de la espalda y me sacó de allí, como un superhéroe. Mi superhéroe. Y lo supe, lo supe sin rastro de dudas esta vez. Estaba enamorada de Dani.

No saqué la cabeza del hueco entre su cuello y su hombro hasta que llegamos fuera. Me dejó en el suelo con delicadeza y el aire helado me alivió esta vez.

—¿Estás loca?! —me regañó entonces, y todo ese enfado que había visto dentro, el que no había visto nunca antes jamás se volcó contra mí—. ¿Cómo se te ocurre venir a un sitio así?!

—Me llegó un mensaje al móvil y... —empecé, pero me interrumpió.

—No estás loca, eres idiota. —No gritaba, pero su tono debía ser aterrador, aunque no me daba miedo, quizá había perdido la capacidad de sentir miedo, o quizá no era nada comparado con lo que había dentro del laberinto de espejos—. ¿No crees que si Cooper hubiese cambiado de móvil te lo habría dicho?

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Estaba a punto de salir al campo, mis compañeros ya estaban calentando —me explicó—. El entrenador me había pedido que me quedase para darme una charla por haber estado desaparecido días y entonces el móvil de Cooper vibró. No es que lea los mensajes de la gente, pero la pantalla se encendió y lo vi sin querer... Leí tu nombre y... —Me enseñó el móvil que tenía en la mano, era de Cooper—. En el acto supe que no eras tú, que no le hablarías desde otro número de móvil, no así. Y tuve un pálpito. Supe que tú serías tan tonta de venir...

—No soy tonta —me defendí como pude, aunque no tenía defensa. Ahora había más luces encendidas por la zona y oí música discotequera venir de alguna parte.

—No. Harías lo que fuera por amor, ¿no? Estúpida —me riñó—. Te has acojonado ahí dentro, no quiero ni imaginarme como has entrado sola... Y todo por una puta idea romántica. Yo llevaba razón, Katherine, no eres más que una niña, una cría.

—¡Sí, joder! —Me aparté de él un par de pasos, cabreada porque sabía que llevaba razón. El parque no parecía aterrador gracias a su presencia, pero sus palabras dolían más que el miedo—. Tengo terror a la oscuridad y a los espacios cerrados y a todo, y aun así, me encerraría en el sitio más pequeño y oscuro por amor.

—Eres tonta —me acusó apretando los dientes.

Me pregunté que diría si le decía que había sido por buscarle a él y no a Cooper, que por eso me había sometido a mí misma a ese terror, a ese peligro. Quise tirarle las palabras a la cara, como un golpe, pero me acobardé. No quería que me rechazase. Suficiente había sufrido mi corazón esa noche.

—Sí —admití—. Lo soy. —Agaché la cabeza para que no viera mi frustración.

—No te van a dejar en paz, Kath. —Me sujetó la barbilla y me obligó a mirarle. Tenía las manos calientes pese a que estaba en tirantes y pantalón corto en pleno diciembre—. Solo hay una forma de quitarles su poder.

—¿No mirar a los monstruos? —traté de bromear y me vi recompensada por su sonrisa y un beso en la nariz.

—Tienes que contarle a Cooper la verdad. Y vas a hacerlo esta misma noche, después del partido. Al cual, por cierto, tengo que llegar antes de que se de cuenta de que le he mangado el móvil.

—¿Te harán algo por haberte largado?

—El entrenador no me va a dejar jugar en un par de meses —se rió con indiferencia—. Pero me da igual. No iba a dejarte aquí tirada.

—Los héroes no hacen eso —susurré.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó, ignorando mi comentario.

—Tengo el coche fuera.

Me encogí de hombros, tratando de parecer dura, aunque me moría de ganas de que me abrazase y me sacase de allí. No me hubiera quejado ni un poco si me hubiera sacado en brazos.

La verdad sobre mí

Dani se ofreció a acompañarme hasta mi coche y mientras lo hacía llegó un mensaje de mi prima y Rick al móvil de Cooper. Me lo enseñó: era una foto del momento exacto en el que Dani me había besado la nariz. Supe que llevaba razón, no podía seguir alargando aquella farsa, pero por Cooper, él se merecía la verdad.

Habían montado una verdadera fiesta en el parque de atracciones. Me alegré de alejarme de aquel lugar que me ponía los pelos de punta, los adolescentes borrachos lo hicieron menos aterrador, pero no lo suficiente.

Dani me sujetó de la mano cuando iba a subir a mi coche y pegó sus labios a los míos. Con cariño y mucha suavidad. No profundizó el beso, solo fueron su piel contra la mía y de pronto me soltó. Y sentí más frío del que había sentido jamás.

Conduje sin dejar de llorar hasta el lugar dónde se jugaba el partido. Y esperé apoyada en el coche (después de limpiarme la sangre con unas toallitas húmedas que encontré en mi bolso) delante de la puerta por la que debía salir el equipo. No dejé de pensar en que podía decirle a Cooper. Estaba segura de que le quería, aún le quería. Y me dolía en el alma tener que hacer aquello.

Sabía que la verdad que tenía que contarle no era la misma verdad que Dani pensaba. Era muy posible que Cooper entendiese por qué había fingido que Dani era mi novio y me perdonase, pero esa verdad no era mi verdad. Ya no.

Esperé más de media hora, y no me importó el frío esta vez. Era revitalizador. Volví a sentirme viva.

Cooper salió con Matt, uno de sus compañeros de equipo. Bromeaban y se reían juntos. No era justo que yo fuese a borrar la sonrisa de su cara. Yo no quería hacer daño a nadie, no quería ser como Paula y Rick.

—Princesa —me saludó con emoción, aunque enseguida se puso serio—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado—. ¿Eso es sangre?

—No, no lo es. —Me froté la cara, no debía haberme limpiado bien, pero no era un tema del que quisiera hablar—. Tengo que contarte algo —susurré.

—Está bien. —Se giró hacia Matt que le estaba esperando e hizo un gesto de despedida—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio? —dudó.

—No. —Cogí aire y lo dejé salir despacio. Si había sobrevivido al laberinto

de espejos sobreviviría a una conversación con Cooper—. Te quiero, te quiero muchísimo, Cooper.

—Y yo a ti —sonrió confiado.

—Pero estoy enamorada de otra persona. —Volví a tomar aire despacio y me concentré en no llorar ante su rostro desconcertado—. Eres genial y no te mereces algo así, pero no puedo controlar lo que siento.

—¿Es Dani? —dudó.

—No importa quien sea. —Sujeté sus manos para que me mirase, porque parecía concentrado en buscar al chico—. No es justo para ti que sigamos juntos si yo no puedo entregarme tanto en esta relación como tú. Y te mereces lo mejor.

Me quité el collar que me había regalado y se lo devolví. Lo cogió sin mirarme. Parecía dolido. Me hubiese gustado poder consolarle, pero no era buena idea.

—Kath... —murmuró.

—Lo siento —le dije, antes de dar la vuelta a mi coche para entrar en él.



Decidí que no podía seguir así. Era consciente de que Dani no había hecho más que dejarme. Se había alejado de mi vida, me había dicho que nunca podría estar conmigo y se había mudado. Estaba claro que lo mío no era correspondido.

Me di unos días para quedarme tirada en la cama. Para llorar todo lo que tenía que llorar, y luego volver a coger las riendas de mi vida. Dejé el piso, porque allí nunca conseguiría recomponerme de mis heridas y volví a casa de mis padres. En cualquier caso, era el plan para cuando tuviera coche.

Mi madre me había abrazado cuando le dije que había dejado a Cooper, que no éramos compatibles, aunque no quise contarle el motivo.

—¿Y Dani? —me había preguntado ella enseguida.

Las madres debían tener un sexto sentido para esas cosas. Pero me limité a encogerme de hombros, no podría hablar de él sin empezar a llorar otra vez.

Luego me ayudó a colocar mis cosas otra vez en mi vieja habitación. Desde pequeña siempre había querido salir de allí, encontrar un trabajo genial, un marido perfecto y vivir muy lejos, en mi propia casa con un jardín enorme. Y ahora sentía un alivio terrible por estar en casa de nuevo. En mi vieja y segura habitación.

—A mí me gustaba Dani —se lamentó Jaime dejándose caer a mi cama una

mañana, cuando hacía cosa de una semana que estaba viviendo allí. Yo aún no había encontrado las ganas para salir del calor de la cama, aunque olía a deliciosas galletas caseras—. Entendía un montón de videojuegos y superhéroes.

—Lo sé. —Apreté los ojos para que no viese la humedad en ellos.

—Pero tú me gustas más, Katy —me consoló el mocoso, y eso desató las lágrimas sin remedio.

—Gracias, enano. —Le abracé contra mí, para consolarme. Él me devolvió el abrazo con cierta torpeza, pero no trató de apartarse y lo agradecí.

—¿Por qué lo has dejado? —me preguntó con esa curiosidad típica de los niños.

—¿Por qué crees que lo he dejado yo? —dudé, sorbiendo por la nariz.

—¿Estás de broma? —Se separó de mi abrazo y se sentó en la cama—. No te quitaba la vista de encima en la boda. Y me preguntó un montón de cosas de ti después. ¿Te acuerdas cuando te quedaste con papá y mamá y nosotros fuimos a la habitación a recoger las cosas? Me estuvo preguntando todo el rato por ti.

Eso había sido a la mañana siguiente de la boda. Habíamos quedado con mis padres para desayunar y mi madre había estado histérica porque mi hermano no había querido bañarse ni recoger sus cosas. Así que Dani se había hecho cargo del enano y habían vuelto antes de que acabásemos de desayunar incluso, con todo hecho.

—¿Qué te preguntó? —Me senté en la cama con él, secándome las lágrimas.

—De todo: que qué películas te gustaban, que libros leías, cual era tu color favorito. —Se encogió de hombros—. Como si un hermano pequeño tuviera que saber todas esas cosas...

Me reí y le planté un besazo en la mejilla. Él se quejó y se apartó limpiándose, aunque no pudo ocultar una sonrisa.

—Eres el hermano pequeño menos repelente del mundo —prometí.

Y después de esa conversación me sentí mucho más animada de verdad. Volví a buscar trabajo y decidí que quizá no estaba todo perdido.

El armario y la venda

—Y así es como acabé dentro de un armario con los ojos vendados. El sitio más oscuro, pequeño y aterrador que encontré en una...

—Espera, Kath —me corta *Dragon*—. Sabemos como entraste, estábamos sentados justo aquí. Llevamos dos horas escuchándote sin interrumpir, aunque nos has contado cosas que vivimos en persona.

—¡Nos ha contado cosas que hicimos! —le da la razón *Gandalf* con una carcajada.

—Al menos ha vosotros no os ha insultado cada tres frases —resopla Dani.

—Pero las cuenta tan bien que merece la pena, dejad que cuente como ha llegado a casa y me ha dicho que me contará su historia a cambio de que la deje colarse en el armario y avise a Dani —pide *Shun*.

Me cruzo de brazos sobre el pecho y los miro con mala cara, vale, quizá les haya contado más de lo que debería. Busco a Dani, que está apoyado en la mesa de billar, justo a mi lado, en el sótano de *Gandalf*.

—¿Ayuda? —Solo gesticulo, pero veo en su cara que no tienen ninguna intención de ayudarme, se lo está pasando pipa a mi costa.

—Te has metido en esto tú solita, *Princesa Peach* —se burla, pero le chisporrotean los ojos azules.

—Espera un momento. —*Shun* llama nuestra atención de nuevo, y lo agradezco, la verdad, porque me pone de los nervios que todos me miren a mí—. Yo quiero saber por qué te ha parecido mejor idea meterte en el armario que ir a ver al tonto de *Virus* del tirón.

—Pues... He estado llamándole, pero no me ha cogido el teléfono. —Trago saliva con dificultad varias veces, ahora me siento muy tonta por ello, pero en su momento me pareció una idea genial—. Pensé que el misterio de que le mandaseis al armario llamaría suficiente su atención y me perdonaría por ser una idiota. —Aparto la mirada de él, incómoda.

—Ya, tu plan hubiese funcionado mejor, *Princesa Peach*, si mis amigos no fueran tan buenos amigos. —Suelta una carcajada—. Han venido a decirme que te estabas metiendo en un armario para reconciliarte conmigo. Si es que soy irresistible.

—Cada vez menos —aseguro algo enfadada.

—Y cuando esa tía nos ha interrumpido para preguntarme dónde está el baño...

Le doy un puñetazo en el brazo sin usar mucha fuerza.

—¿La has mandado tú?! —le grito—. ¡No me he sentido tan tonta y humillada jamás!

Me doy la vuelta sobre mis tacones negros para salir de allí, pero Dani me sujeta la mano y tira de mí para hacerme caer sobre su pecho. Lleva una camisa blanca y su chaqueta de traje está doblada sobre la mesa de billar.

—¿Nos dejáis solos? Luego seguro que Kath os cuenta todo lo que hemos hablado empezando por su primera comunión —se burla, pero no deja de sonreírme, y no me molesta tanto como debería.

Sus amigos nos dejan solos y Dani se gira para apoyarme sobre la mesa de billar, haciendo que me siente sobre ella. Se queda justo delante de mí, es tan alto que estamos a la misma altura, pese a que mis tacones no rozan el suelo. Pasa sus manos por mis brazos desnudos una y otra vez, de forma casi hipnótica, mi chaqueta está tirada a un lado de mucha peor manera que la suya.

No hablamos ninguno de los dos. Trago saliva, pensando que va a besarme, pero él solo me mira, con una sonrisa que parece que conoce todos mis secretos. Quiero cabrearme por sus pullas, o porque haya mandado a una tía a abrir el armario en lugar de hacerlo él. Al quitarme la venda le vi justo detrás de ella, con sus ojos azules llenos de amor y diversión. Es el mismo capullo de siempre, aunque no le haya visto en un par de semanas y eso me hace sentir muy bien.

—¿No vas a decir nada? —rompo el silencio finalmente.

—Pensé que estabas con Cooper —murmura.

—Le dejé después de la noche en el parque de atracciones. Dani, yo fui allí porque me dijeron que estabas tú —reconozco, agachando la cabeza—. Es curioso que Paula me conozca lo suficiente para saber que iría detrás de ti. No me hubiese metido en un sitio así por Cooper jamás. Pensaba que me estabas gastando una de tus bromas y quería demostrarte que era valiente.

—Yo jamás te habría metido en un sitio así, Kath.

—¿Y cómo tengo que saberlo? A veces creo que me odias, y Jaime me dijo que te habías interesado por mí. Pero tú solo me has dicho que me parezco a tu exnovia...

—Ella jamás hubiera ido por mí a un sitio horrible, ni se hubiera metido en ese armario... —sonríe aún más.

—¿Y bien? ¿Qué has hecho tú por mí? —me echo hacia atrás para cruzarme de brazos—. ¿Acaso sientes algo por mí? ¿Te importo un poco al menos, niño?

insoponible? ¿O solo te hago gracia?

Él duda un momento, pero luego suelta una carcajada.

—¿Quieres ver lo que he hecho por ti, Kath?

Asiento un par de veces, lamiéndome los labios con nerviosismo. Dani sin embargo, parece tan tranquilo como siempre. Se afloja la corbata que aún llevaba puesta, de color azul a juego con sus ojos, y la saca por su cabeza sin deshacer del todo el nudo. Me la cuelga alrededor del cuello, haciéndome reír un poco.

—Sí que me importas un poquito —sigue, desabrochándose los botones de la camisa, tan despacio que empiezo a desesperarme por no saber que pretende y por no decirme lo que siente de una vez.

Me enseña su pecho tatuado cuando acaba de abrir los botones y se saca la camisa de debajo del pantalón. Sería la elegancia en persona, si no llevase unas vans muy gastadas por la punta.

Tardo en ver lo que pretende en enseñarme, el trival del lado derecho sigue igual que siempre, deslizo la mirada al lado izquierdo y lo veo: se ha tatuado a la *Princesa Peach*. ¡El muy tonto!

Paso los dedos por encima, como si fuera a desaparecer por tocarlo. Al alzar la vista de nuevo me encuentro con su mirada azul. Ha dejado de sonreír, pero me mira con mucha intensidad.

Tira de mi corbata entonces, bueno, de la suya que sigo llevando puesta, y me pega a sus labios. Sin embargo, no me besa, me habla de forma que sus labios hacen cosquillas sobre los míos:

—Tengo piso nuevo, *Katychan*. ¿Te mudas conmigo otra vez?

No me deja responder, su lengua invade mi boca y yo solo puedo rodearle el cuello con mis brazos y tratar de pegarme más a él, aunque es difícil porque sigo sentada sobre la mesa de billar.

—Alguien tiene que hacerme la colada —me dice, cuando paramos para respirar.

—¿La colada?! —grito cabreada, pero eso solo le hace reír con ganas.

—He intentado evitarlo, pero no puedo sacarte de mi mente, ni de... aquí. — Señala su pecho, sobre su tatuaje—. ¿Quieres vivir aventuras conmigo? —Me guiña su perfecto ojo azul.

—Me encantaría —aseguro—. Y también vivir contigo, pero si pretendes que te haga la colada, toda tu ropa se volverá rosa.

—Me gusta el rosa...

—Cállate y bésame ya, o me arrepentiré de haberme metido en un armario,

idiota.

No duda en obedecer mi orden. Me pega aún más contra su cuerpo y junta sus labios contra los míos. Siento como si fuera nuestro primer beso y a la vez, reconozco su sabor y su tacto.

Es Dani.

Mi superhéroe.

El niño insoportable.

Epílogo

Sé que te dije que esto no era una historia de amor. Y mentí, lo sé. Pero acaso, ¿no todas las grandes historias son de amor?

Incluso en Harry Potter, todo se soluciona con amor. Hasta Spider-man, todas las películas. Si La Vida es Bella consiguió transformar algo trágico en un romance perfecto. ¿Por qué no podemos disfrutar del romance real, al que todos podemos acceder? Ese romance que está en nuestra vida aunque nos neguemos a él. Aunque seamos tan cobardes que no queramos verlo.

Para Dani y para mí no todo fue un cuento de hadas después de aquello, pero comimos un montón de regaliz. Creo que Jaime le dijo que era mi chuche favorita y Dani se empeñaba en dármela todo el tiempo. Cualquiera le dice que es la chuche favorita de mi hermano.

El primer día de clase después de las vacaciones de navidad, cuando Dani y yo volvíamos a compartir piso, al encender mi ordenador para tomar apuntes los gemidos de una página porno sonaron a todo volumen. Y había hecho algo en mi ordenador para que no funcionase. Cuando traté de apagarlo manteniendo pulsado el botón, bajo la atenta mirada de todos mis compañeros y el profesor, el ruido infernal cesó y un mensaje de Dani saltó a la pantalla:

Feliz primer día, Princesa Peach.

Y no pude, ni quise, evitar una carcajada. Supuse que iba a ser la loca del porno todo el curso, puede que lo que me quedaba en la universidad. Pero ahora no temía estar en el otro lado.

Y me vengué de aquello, por supuesto que lo hice. Pero eso, eso es otra historia.

¿Fin?